LOBSANG RAMPA

YO CREO



Editorial Troquel / Buenos Aires

OBRAS DEL AUTOR

- EL TERCER OJO
- EL MEDICO DE TIBET
- EL CORDON DE PLATA
- LA CAVERNA DE LOS ANTEPASADOS
- MI VIDA CON EL LAMA
- USTED Y LA ETERNIDAD
- EL MANTO AMARILLO
- LA SABIDURIA DE LOS ANCIANOS
- EL CAMINO DE LA VIDA
- MAS ALLA DEL DECIMO
- AVIVANDO LA LLAMA
- EL ERMITAÑO
- LA DECIMOTERCERA CANDELA
- UNA LUZ EN LA OSCURIDAD
- CREPUSCULO
- TAL COMO FUE
- YO CREO
- DESPUES DEL TIEMPO
- EL SABIO TIBETANO

YO CREO

A
John Henderson,
que cree,
y al
doctor Bruce Dummett,
humanitario y orgullo
de la Humanidad.

CAPITULO I

Miss Mathilda Hockersnickler, de Upper Little Puddlepatch, se hallaba sentada junto a la ventana entreabierta. El libro que estaba leyendo acaparaba por completo su atención. Cerca pasó un cortejo fúnebre sin que lo notase siquiera a través de las vaporosas cortinas de encaje que adornaban sus ventanas, y el altercado que sostenían dos vecinas pasó inadvertido para ella por el rumor de la espidistra que adornaba el centro de la ventana interior. Miss Mathilda estaba leyendo.

Por un momento dejó el libro sobre su regazo, se levantó los anteojos de montura de acero hasta la frente y se restregó los ojos enrojecidos. Después volvió a acomodarse los anteojos sobre su bastante prominente nariz, tomó el libro y continuó leyendo un poco más.

Desde su jaula, un loro verde y amarillo, de ojos de cuentas de vidrio, miraba hacia abajo con cierta curiosidad, luego lanzó un bronco chillido:

—¡Polly se fue, Polly se fue!

Mathilda se puso de pie de un salto.

—¡Ay! ¡Válgame Dios! —exclamó— Lo siento mucho, queridito mío: había olvidado por completo llevarte a la percha.

Abrió con cuidado la puerta de la jaula de alambres dorados e, introduciendo la mano, levantó aquel loro viejo y algo maltrecho y lo sacó con suavidad.

—¡Polly se fue, Polly se fue! —chilló otra vez el loro.

—¡Vamos, pájaro tonto! —le contestó Mathilda— Eres tú quien se va. Voy a ponerte en tu percha.

Dicho esto colocó al animal en el travesaño de aquella vara de un metro y medio de altura que en su extremo inferior tenía una especie de platillo o cazoleta. Con cuidado le ató la pata izquierda con una cadenita y luego verificó que el recipiente del agua y el de las semillas estuviesen llenos.

El loro ahuecó las plumas y en seguida puso la cabeza debajo del ala, mientras dejaba escapar unos arrullos.

—¡Ah, Polly! —dijo la mujer— Deberías venir a leer este libro conmigo. Trata de lo que somos cuando ya no estamos más aquí. Me gustaría saber qué es lo que realmente creía el autor.

Volvió a su asiento y con toda minuciosidad y recato se acomodó la falda de manera que ni siquiera se le viesen las rodillas.

Volvió a tomar el libro y se detuvo, dubitativa, a mitad de camino entre su regazo y la posición de leer, hasta que finalmente lo dejó para tomar una larga aguja de tejer con la cual, y con una energía sorprendente para una mujer de sus años, comenzó en seguida a rascarse la espalda, entre los omoplatos, con decidida delectación.

—¡Ah! —exclamó— ¡Qué alivio extraordinario! Sin duda que todo es por causa del corpiño. Me parece que ha de ser una cerda o algo por el estilo que se me ha metido ahí. ¡Qué alivio da rascarse! —concluyó, y volvió a mover la aguja frenéticamente, con una expresión de gusto dibujada en el rostro.

Calmada momentáneamente la picazón, dejó la aguja en su lugar y tomó el libro.

—¡La muerte! —dijo para sí, o quizás al distraído loro— Si al menos supiera qué pensaba *realmente* el autor acerca de lo que hay después de la muerte. . .

Se detuvo un momento y extendió una mano hacia el lado opuesto del tiesto de la aspidistra para tomar unas golosinas que había colocado allí. Después, con un suspiro, se puso de pie una vez más y le dio una al loro, que la miraba ávidamente, la asió con una garra y en seguida se la llevó al pico.

Mathilda, que ahora tenía otra vez la aguja de tejer en

una mano, una golosina en la boca y el libro en la mano izquierda, volvió a sentarse y prosiguió leyendo.

Apenas había recorrido unas líneas cuando nuevamente se detuvo.

—¿Por qué dirá siempre el cura que si no se es buen católico, de esos que asisten continuamente a la iglesia, no se puede alcanzar el reino de los cielos? Me gustaría saber si acaso no estará equivocado y los de las demás religiones no van también allí.

Volvió a sumirse en el silencio, si bien podía oírse el leve rumor que hacía al tratar de leer algunas de las expresiones menos conocidas, como Registro Ascásico, viaje astral, Campos Celestiales, etcétera.

El sol continuaba su marcha por encima de la casa y Mathilda seguía sentada y leyendo. El loro, con la cabeza bajo el ala, dormía. Sólo algún movimiento imperceptible ponía de vez en cuando un toque de vida en la escena.

A lo lejos repicaron las campanas de una iglesia y Mathilda volvió a la realidad con un respingo.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! —exclamó— Me he olvidado por completo del té y de que tengo que concurrir al acto de la Congregación Femenina.

Se puso de pie de un salto y, luego de colocar con sumo cuidado un señalador repujado en el libro, lo ocultó debajo del costurero. Después, mientras preparaba su tardío té, sus labios se movieron en un susurro que quizás el loro haya sido el único en percibir.

—¡Cómo me gustaría saber qué ha querido decir realmente este escritor! ¡Cómo quisiera poder conversar con él! ¡Qué tranquilidad me daría eso!

En una lejana y soleada isla cuyo nombre no he de mencionar —aun cuando podría hacerlo, por supuesto, toda vez que lo que digo es verdad—, un hombre de raza negra estaba echado lánguidamente a la sombra de un gran árbol añoso. Con ademán cansino dejó el libro que estaba leyendo y extendió una mano para alcanzar una apetitosa fruta que pendía tentadora cerca de él; la

arrancó, la miró para ver si tenía algún insecto y la echó en su desmesurada boca.

—¡Vaya! —musitó con la boca llena— ¿A dónde querrá llegar este tipo? Porque yo quisiera saber qué es lo que piensa, *en realidad.*

Volvió a echarse y se acomodó de espaldas contra el tronco del árbol, en una posición más descansada. Espantó una mosca que pasaba y dejó que su mano siguiera su curso, como al descuido, para tomar otra vez el libro.

—La vida de ultratumba, el viaje astral, el Registro Ascásico. . .

El hombre pasó con rapidez algunas páginas pues quería llegar al final del asunto sin tener que tomarse la molestia de leer todas las palabras. O sea que leía un párrafo, aquí, una frase allá, y en seguida volvía la página con indolencia.

—¡Caramba! —repitió— Me gustaría saber qué piensa.

El sol era ardiente y el zumbido de los insectos adormecía. La cabeza del hombre de raza negra se inclinó paulatinamente sobre su pecho y poco a poco sus dedos se aflojaron y el libro se deslizó de sus manos laxas hasta caer sobre la mullida arena. En seguida comenzó a roncar y ya todo cuanto ocurría en el mundo, en torno de él, se esfumó.

Un joven que pasaba miró al negro que dormía y luego el libro. Volvió a observar atentamente al hombre y con los dedos de los pies asió el libro, y doblando la pierna con rapidez, lo aproximó a su mano. Después, con el libro de modo que no pudiese verlo el hombre aquel, se alejó aparentando un aire de total inocencia.

Pasado un montecillo cercano, volvió a salir a pleno sol en un tramo donde la arena blanca reverberaba. El bramar de las rompientes resonaba en sus oídos, pero él no lo advertía porque eso formaba parte de su vida pues el ruido de las olas contra las rocas del canal era cosa de todos los días. Y también era parte integrante de su vida, y por lo tanto no lo notaba, aquel zumbar de insectos y chirriar de cigarras.

A su paso iba removiendo la arena con los pies porque

siempre existía la posibilidad de que quedase al descubierto algo valioso o alguna moneda, como cierta vez le había ocurrido a un amigo suyo que, por hacer lo mismo, encontró una moneda de oro.

Vadeó la estrecha franja de agua que lo separaba de una lengua de tierra donde había tres árboles solitarios, y en seguida se dirigió hacia el espacio que existía entre éstos donde se echó con cuidado y lentamente comenzó a hacer una pequeña excavación para acomodar en ella la cadera. Luego apoyó cómodamente la cabeza sobre la raíz del árbol que había escogido y posó la vista en el libro hurtado al desprevenido durmiente.

Miró en torno atentamente para ver si alguien lo espiaba o lo perseguía y, satisfecho de que todo estuviese en calma, volvió a echarse de espaldas. Pasó una mano por su crespa cabellera mientras con la otra daba vuelta el libro para leer primero la nota editorial de la contratapa, y después lo volvió otra vez para contemplar la cubierta con los ojos entornados, las cejas arrugadas y los labios fruncidos como si estuviese musitando cosas incomprensibles para él.

Se rascó la entrepierna y tiró de los pantalones para acomodarse mejor. Después se apoyó en el codo izquierdo, pasó unas páginas y comenzó a leer.

—¡Formas mentales, mantras! Tal vez, entonces, yo pueda crear una forma mental y Abigail tenga que hacer todo lo que yo quiero... ¡Sí, hombre; caramba! —Se volvió de espaldas y se tomó la nariz por un momento— No sé si creer o no en todo esto —dijo.

De los rincones umbrosos del salón brotaba una atmósfera de santidad. El silencio era absoluto y sólo se percibía el crepitar de los leños que ardían en el amplio hogar de piedra. A intervalos, a causa de la humedad que todavía contenían algunos de ellos, salía una corriente de vapor que silbaba entre las llamas; por momentos, la madera producía pequeñas explosiones que levantaban una lluvia de chispas. Y así, aquel titilante resplandor

añadía una extraña sensación al recinto, una nota de misterio.

A un lado del hogar, de espaldas a la puerta, se hallaba un espacioso sillón, y junto a éste una antigua lámpara de pie, de varillas de bronce, cuya débil bombilla eléctrica emitía una tenue luz desde los pliegues de una pantalla verde. Despues, la luz descendió hasta desaparecer interceptada por el respaldo del sillón.

Entonces se percibio una tos seca y el rumor de las hojas de un libro, y en seguida hubo otros momentos de silencio turbados solo por el crepitar del fuego y el volver de las páginas.

Desde la lejanıa llegó el acompasado repiqueteo de una campana, al que a poco siguió un cansino chancletear de sandalias y un leve murmullo. Una puerta sonó al abrirse y un momento después se oyó el ruido hueco que hacía al cerrarse nuevamente. En seguida comenzaron los acordes de un órgano y un coro de voces masculinas se elevó en un cántico. Cuando al cabo de un rato éste cesó, se oyó otra vez un murmullo y luego siguió un silencio que volvió a interrumpir un rumor de voces que susurraban algo incomprensible, aunque perfectamente recitado.

De pronto, en la sala resonó el golpe de un libro al caer al suelo y una figura oscura se puso de pie de un salto.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó— Debo de haberme quedado dormido. ¡Qué cosa tan extraña!

La figura ataviada de oscuro se inclinó a recoger el libro, lo abrió con cuidado en la página correspondiente y, después de poner en medio un señalador, lo depositó con todo respeto sobre la mesa. Durante unos instantes permaneció sentado con las manos entrelazadas y el ceño fruncido; luego se levantó de la silla y se postró de hinojos frente a un crucifijo que había en la pared. Arrodillado, con las manos juntas y la cabeza inclinada, musitó una plegaria para impetrar consejo, después de lo cual se incorporó y se dirigió al hogar para echar otro leño en los rescoldos que despedían brillantes fulgores. Durante un rato permaneció en cuclillas, junto al hogar, con la cabeza entre las manos.

De pronto, en un impulso, se dio una palmada en el muslo y se incorporó. Atravesó presuroso el oscuro salón y se aproximo a un escritorio oculto entre las sombras. Con un rápido movimiento tiró de un cordón y el lugar del recinto se inundó de una luz cálida. Echó hacia atrás una silla, levantó la tapa del escritorio y se sentó. Por un momento quedó con los ojos en blanco clavados en la hoja de papel que había colocado ante sí, y con aire ausente extendió la mano derecha en busca de un libro que no pudo hallar puesto que no estaba allí. Entonces lanzó entre dientes una exclamación de contrariedad y se levantó para ir a buscarlo a la silla que estaba al lado de la mesa. Volvió al escritorio, se sentó y comenzó a pasar las hojas del libro hasta encontrar lo que buscaba: una dirección. Con presteza la escribió en un sobre y después se quedó pensando, buscando entre sus ideas, sin saber qué hacer y cómo redactar lo que deseaba decir.

En seguida, empero, aplicó la pluma al papel. Nada turbaba el silencio, salvo el rasgar de la pluma y el tic-tac de un reloj a la distancia. La carta comenzaba así:

Estimado doctor Rampa:

Soy sacerdote jesuita, catedrático de nuestra Escuela de Humanidades, y he leído sus libros con un interés que excede el habitual.

Considero que sólo quienes siguen nuestra propia religión pueden alcanzar la salvación por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Así lo siento cuando enseño a mis discípulos y así lo creo cuando estoy en la iglesia. Pero solo, en medio de la oscuridad de la noche, cuando nadie observa mis reacciones o analiza mis pensamientos, tengo dudas. ¿Será cierto lo que creo? ¿Nadie, excepto los católicos, puede alcanzar la salvación? Las demás religiones, entonces, ¿son todas falsas, son todas engendros del demonio? ¿O no estaremos equivocados tanto yo como los demás que pertenecen a mi confesión? Sus libros me han iluminado mucho y permitido resolver las dudas espirituales en las que estoy inmerso. De manera que quisiera preguntarle, señor, si usted me respondería ciertas cuestiones a fin de echar más luz o fortalecerme en lo que creo.

Firmó cuidadosamente al pie y ya estaba colocando la

carta en el sobre, después de doblarla, cuando lo asaltó un pensamiento. Sin pérdida de tiempo, casi con un sentimiento de culpa, extrajo la carta, la desdobló y añadió una posdata:

> Le ruego por su honor de persona consagrada a su propia fe que no mencione mi nombre ni que le he escrito, puesto que ello es contrario a las reglas de mi orden.

Firmó con sus iniciales, secó la tinta y, después de colocar rápidamente el papel en el sobre, lo cerró. Hurgó entre sus papeles en busca de un libro en el cual consultó el franqueo hasta Canadá, y después se puso a registrar los cajones y casilleros hasta dar con los timbres postales correspondientes, que pegó en el sobre. Hecho esto, el sacerdote escondió cuidadosamente la carta entre los pliegues de su hábito, se puso de pie y, después de apagar la luz, salió de la habitación.

—¡Oh, padre! —dijo una voz en el corredor—. ¿Va usted al pueblo o desea que me ocupe yo allí de algo? Debo realizar una diligencia y me agradaría poderle ser útil.

—No; gracias, hermano —replicó el anciano profesor a su subordinado—. Tengo ganas de dar una vuelta por el pueblo para hacer un poco de ejercicio, que buena falta me hace; de manera que iré a dar un paseo por la calle principal.

Así pues, después de una respetuosa media reverencia, ambos emprendieron sus respectivos caminos. El anciano profesor salió del vetusto edificio de piedra gris, descolorido por el tiempo y cubierto de hiedra, y se echó a andar por el camino principal, con las manos juntas a la altura del crucifijo, musitando para sí según la costumbre de los religiosos de su orden.

Ya en la calle principal, una vez traspuesto el gran portal, la gente se inclinaba con respeto a su paso y muchos se persignaban. Así, el anciano profesor se encaminó lentamente por la calle hasta llegar al buzón exterior de la oficina de correos. Con cierto sentimiento de

culpa echó una disimulada mirada en torno para asegurarse de que en las inmediaciones no hubiese ningún clérigo de su orden y, satisfecho de que todo trascurriera con normalidad, extrajo la carta de entre sus hábitos y la depositó en el buzón. Hecho esto, con un suspiro de alivio volvió sobre sus pasos.

De regreso en su estudio privado, y otra vez junto al chisporroteante fuego y con el libro iluminado por la lámpara de pantalla, prosiguió leyendo hasta altas horas de la noche. Por último cerró el libro, lo puso bajo llave, y se marchó a su celda musitando para sí: "¿En qué creer, en qué creer? "

El cielo encapotado contemplaba hosco la noche londinense. La lluvia caía copiosamente sobre las ateridas calles poniendo en fuga a los peatones que, de mal talante, sostenían con fuerza sus paraguas contra el viento. Londres con sus luces y la gente regresando presurosa del trabajo hacia sus casas. Los ómnibus rugían, enormes ómnibus rojos que salpicaban agua sobre las aceras; la gente tiritaba aterida y procuraba eludir las sucias salpicaduras.

En el frente de los comercios había grupos de personas que esperaban que llegara el autobús que debían tomar; a veces ocurría que alguna de ellas salía precipitadamente del grupo al ver aproximarse uno de esos vehículos y en seguida debía volver desalentada porque no era el que correspondía. Londres, con media ciudad regresando a su casa y otra media rumbo a sus ocupaciones.

En Harley Street —corazón del mundo de la medicina londinense—, un hombre canoso se paseaba intranquilo sobre una alfombra de piel frente al fuego del hogar. Iba y volvía con las manos juntas detrás de la espalda y la cabeza inclinada sobre el pecho. De pronto, en un arranque, se echó en un mullido sillón de cuero y extrajo un libro del bolsillo. Pasó rápidamente las páginas hasta encontrar el pasaje que buscaba, en el cual se hablaba del aura humana. Lo leyó una vez más y, cuando concluyó, volvió a leerlo. Por un momento permaneció sentado con

la vista fija en el fuego hasta que al fin hizo un movimiento de cabeza que denotaba resolución y se puso de pie. Salió presuroso de la habitación y se introdujo en otra. Echó llave a la puerta tras él y se dirigió al escritorio, donde apartó una serie de informes y certificados médicos que debía firmar y, luego de sentarse, tomó una hoja de papel de un cajón.

"Estimado señor Rampa", comenzó a escribir con una letra casi indescifrable. "He leído su libro con indudable fascinación, la cual es mucho mayor aún a causa de la seguridad —que tengo por experiencia— de que lo que usted escribe es verdad."

Se echó hacia atrás, leyó cuidadosamente lo que acababa de escribir y, para mayor seguridad, volvió a leerlo antes de proseguir. "Tengo un hijo, un muchacho muy inteligente a quien hace poco le fue practicada una operación en el cerebro. Ahora, desde ese momento, nos dice que tiene la capacidad de ver colores extraños alrededor de los cuerpos de las personas y luces en torno de la cabeza; pero no sólo en torno de la cabeza y el cuerpo de la gente, sino también de los animales. Durante mucho tiempo eso nos preocupó y pensamos qué pudo haber sido lo que habría salido mal en aquella operación, quizás a causa de haber afectado el nervio óptico, pero después de leer su libro ya tenemos un mejor conocimiento del asunto: mi hijo puede ver el aura humana, de modo que sé que usted dice la verdad.

"Mucho me gustaría conocerlo en caso de que usted viniera a Londres, pues considero que podría ser usted de mucha ayuda para mi hijo. Lo saludo atentamente."

Releyó el escrito y entonces —como antes había hecho el sacerdote—, cuando estaba por doblar la carta y ponerla dentro del sobre, sus ojos se posaron en el busto de un médico famoso. Se detuvo como hipnotizado por una abeja y en seguida tomó la lapicera otra vez y añadió una posdata: "Confío en que no revele usted a nadie mi nombre, ni lo que le digo en esta carta, pues ello podría perjudicar mi reputación ante los ojos de mis colegas". Puso sus iniciales al pie, dobló el papel y lo colocó en el

sobre, luego de lo cual apagó las luces y salió de la habitación. Ya afuera, donde se hallaba su lujoso automóvil, el chofer se incorporó con presteza y escuchó que el especialista le decía:

—Al correo de Leicester Square.

El coche se puso en marcha y, a poco, la carta se hallaba ya dentro del buzón. Días después llegó a destino.

Y así se recibieron cartas: cartas de aquí, cartas de allá, cartas de todas partes, del norte al sur y del este al oeste. Cartas, cartas y más cartas; un inacabable alud de correspondencia, todas ellas en demanda de respuesta, todas con aseveración de que sus problemas eran únicos y que nadie los había experimentado jamás. Cartas de censura, de elogio, de súplicas. Desde Trinidad llegó una misiva escrita en una hoja de papel ordinario que usan como anotador los escolares, con una letra que denotaba una absoluta falta de ilustración: "Soy misionero religioso y me dedico al servicio de Dios. Envíeme diez mil dólares y una camioneta. ¡Ah! Y entretanto mándeme, libre de cargo, un juego de sus libros para entonces creer en lo que usted escribe."

Desde Singapur me llegó una de dos jóvenes chinos: "Queremos ser médicos, pero no tenemos dinero. Deseamos que nos pague usted el pasaje de avión, en primera clase, desde Singapur hasta su casa, para conversar y decirle cómo puede hacer para darnos el dinero de manera que podamos seguir estudios de medicina y hacerle bien a la humanidad. Y a la vez podría enviarnos usted un dinero extra para ver a un amigo en Nueva York. Haga esto por nosotros, lo cual significará hacerle un bien a la gente, y entonces creeremos."

Las cartas llegaban por cientos, por millares, todas en demanda de respuesta. Pocas, lamentablemente pocas. . . aunque sólo se piense en el gasto de tiempo para escribir, de papel y sobre, de franqueo. . . Y escribían: "Cuéntenos algo más acerca de qué hay después de la muerte. Díganos más respecto de *qué es* la muerte. No entendemos eso pues no dice usted lo suficiente, no lo aclara. Dígalo todo."

Otros escribían: "Hable de las religiones; diga si podemos esperar algo después de esta vida aunque no seamos católicos". Y aún: "Envíeme un mantra para que pueda ganar el Sweepstake de Irlanda; si obtengo el primer premio de un millón le enviaré el diez por ciento."

E, incluso, hubo otra persona que me escribió: "Vivo en Nueva México, donde hay una mina perdida. Dígame dónde está —puede ir usted al astral y buscarla—; si me lo dice y yo la encuentro y me apropio de ella, le regalaré algún dinero por sus servicios."

La gente me escribía para que le dijera más, para que le dijera todo; para que le comunicara más que todo a fin de saber en qué creer.

La señora Sheelagh Rouse se sentó al escritorio con el ceño fruncido. Sus anteojos de montura de oro apenas se mantenían sobre el puente de la nariz y tenía que empujarlos a cada momento con un dedo para ponerlos en su sitio.

Al ver que la silla de ruedas pasaba por su puerta dijo, no sin cierta acrimonia:

—Sólo ha escrito dieciséis libros. ¿Por qué no escribe otro, el decimoséptimo, y le dice a la gente en *qué* puede creer? Fíjese qué cantidad de cartas ha recibido con el pedido de que escriba otro y les diga en qué creer... ¡Yo se lo mecanografiaré! —concluyó con vivacidad.

Tadalinka y Cleopatra Rampa estaban sentadas en el corredor, frente a la silla de ruedas, y sonreían tranquilas. Taddy, enfrascada en sus pensamientos, tenía que rascarse la oreja izquierda con una pata mientras se concentraba en las complicaciones de escribir todavía un libro más. Satisfecha, se levantó y se fue contoneándose hacia su silla preferida.

Mama San Ra'ab Rampa elevó sus ojos con una expresión de cierto desaliento y confusión y sin decir palabra alguna —quizá se habría quedado muda— me extendió un trozo de cartulina azul con el título de "Mama San Ra'ab Rampa, *Pussywillow*"; en el centro de la página vi mi propia cara en azul, como si hubiera estado muerto

mucho tiempo y me hubieran desenterrado bastante después. Y, debajo, la cara de gato siamés más horripilante que jamás haya visto. Por un momento me quedé sin habla... pero creo que no deja de ser lindo ver la primera tapa de nuestra primera obra... Yo estoy acostumbrado porque éste es mi decimoséptimo libro y ya no es para mí ninguna novedad.

—Mama San —dije—: ¿piensas que debo escribir otro libro? ¿Vale la pena tomarse todo ese trabajo, estando yo postrado en cama como un estúpido, o es mejor que no lo haga?

Mama San destrabó sus ojos —metafóricamente hablando— después del impacto que le había producido la tapa de su primer libro y repuso:

— ¡Claro que sí! Por supuesto que debes escribir otro libro. ¡Yo estoy pensando ya en escribir el segundo!

Miss Cleo y Miss Taddy Rampa olfatearon la cartulina y se fueron con la cola enhiesta. Aparentemente las había satisfecho.

En ese momento sonó el teléfono y apareció la voz de John Henderson, quien llamaba desde los bosques de los Estados Unidos donde confluyen muchas vertientes de agua.

— ¡Hola, viejo! —dijo— Acabo de leer algunos artículos muy buenos con frases elogiosas para ti. Te he enviado una revista en la que hay uno óptimo.

— ¡Vaya, John! —repuse— La verdad es que me importa un comino lo que digan las revistas y los diarios acerca de mí. No leo los artículos, sean buenos o malos. Pero, dime: ¿qué te parece si escribo otro libro, el decimoséptimo?

— ¡Caramba, viejo! —exclamó John— ¡Eso es lo que quería oírte decir! Ya era hora de que escribieras otro, como que todo el mundo está pendiente de eso y sé que la gente consulta a cada momento a los libreros sobre el particular.

Eso, pues, fue lo decisivo: todo el mundo parecía estar complotado, todos querían otro libro. Pero, ¿qué puede hacer un pobre hombre cuya vida va tocando a su fin y

sobre quien pesan tremendos gravámenes en un país por completo indiferente, hasta tal punto que alguna determinación debe tomar para que los leños sigan ardiendo en su casa y los chacales de réditos se mantengan alejados de su puerta?

Si algo hay que me amarga son los réditos. Como soy una persona impedida y la mayor parte del tiempo lo paso en cama, no constituyo una carga para el país, no obstante lo cual debo abonar los más absurdos impuestos, sin descuentos de ninguna especie por ser un escritor que trabaja en su casa. Con todo, hay aquí algunas empresas petroleras que no abonan gravamen alguno porque se dedican a una "investigación" absolutamente mítica y por ello están exentas de réditos. Y, además, pienso en esos pobres diablos de cultistas que se agrupan en organizaciones sin fines de lucro y se pagan —ellos, sus familiares y sus amigos— suculentos salarios, pero no abonan impuestos, porque están registrados como una organización "sin fines de lucro".

De manera que, aunque no lo quisiera, fue necesario que me pusiese a escribir el libro decimoséptimo; y como las opiniones coincidían carta tras carta, el título resultó ser el de *Yo creo.*

Este libro versará sobre la vida antes del nacimiento, la vida en la tierra, su tránsito y el regreso a la vida del más allá. Le he puesto el título de *Yo creo*, pero éste es por completo inapropiado: no es cuestión de creer, sino de *saber.* Por mi parte, puedo realizar todo aquello sobre lo cual escribo. Puedo ir al astral con la misma facilidad con que cualquier persona puede pasar a otra habitación... pero, ¡vaya! , esto último es lo que yo no puedo hacer: ir a otra habitación sin muletas y una silla de ruedas, etcétera. Pero en el astral no hacen falta muletas, ni sillas de ruedas ni drogas. Así pues, cuanto digo en este libro es la verdad, o sea, que no expreso una opinión, sino que relato las cosas tal como son *en realidad.*

Y, como ya es hora de que vayamos al grano, pasemos al capítulo segundo.

CAPITULO II

Algernon Reginald St. Clair de Bonkers cayó sobre el piso del cuarto de baño con un chasquido y allí se quedó, murmurando y lloriqueando. Afuera, en el corredor, una camarera que pasaba se detuvo y sintió que los helados dedos del terror subían y bajaban por su espina dorsal.

—¿Está usted bien, señor Algernon? —preguntó, trémula, desde el otro lado de la puerta— Señor Algernon, ¿se encuentra usted bien? —repitió y, al no obtener respuesta, hizo girar el picaporte y entró.

Inmediatamente se le erizaron los cabellos y, tomando un enorme resuello, prorrumpió en el alarido más tremendo de su vida y siguió chillando cada vez más alto hasta que, ya totalmente sin aliento, cayó desmayada en el suelo, al lado de Algernon.

Entonces se oyó el rumor de unas voces excitadas y el resonar de pasos escaleras arriba y por el corredor. Los primeros en llegar se detuvieron tan abruptamente que arrancaron la alfombra de sus topes; en seguida se agolparon juntos y, como si fueran a comunicarse algún secreto, se pusieron a mirar por la puerta abierta.

Algernon yacía de bruces sobre el piso del cuarto de baño y la sangre que brotaba de un tajo que tenía en la garganta empapaba el cuerpo inconsciente de la camarera tendida a su lado, quien de pronto emitió un breve suspiro, se crispó y abrió los ojos. Durante unos segundos contempló el charco de sangre que se extendía debajo de

ella, se estremeció y en seguida, con un horripilante alarido que hizo crispar los nervios de los que allí se hallaban, volvió a caer desmayada, esta vez con la cara hundida en la supuesta sangre azul de su patrón.

Algernon seguía tendido en el suelo y sentía que todo daba vueltas, que todo era fantásticamente irreal. Oía un rumor agudo, sollozos, y después un horroroso burbujeo que gradualmente se iba tornando menos fuerte a medida que la sangre fluía de su cuerpo malherido.

Sentía que algo muy extraño andaba dentro de él. Después hubo un tremendo alarido y la camarera que caía a su lado con un golpe. Con una repentina sacudida, Algernon salió expulsado de su cuerpo y saltó hacia arriba como una pelota sobre una cuerda.

Permaneció mirando en torno por espacio de unos segundos, asombrado de ese extraño, muy extraño espectáculo. Le parecía flotar en el cielo raso mirando hacia abajo. Entonces, al ver los dos cuerpos que se hallaban debajo de él, vio el cordón de plata que se extendía desde su "nuevo" cuerpo hasta el viejo, que yacía en posición supina. Mientras observaba que el cordón se tornaba gris oscuro, espantosas manchas aparecían en el lugar en que éste se unía al cuerpo que estaba en el suelo, hasta que al fin se marchitó y cayó como si fuera un cordón umbilical. Pero Algernon permanecía allí como pegado al cielo raso. Lanzó fuertes gritos en demanda de auxilio, sin darse cuenta de que se hallaba fuera de un cuerpo muerto y en el plano astral. Y allí continuaba, adherido al decorado techo de aquella vieja casa, invisible para aquellos ojos alelados que miraban dentro del cuarto de baño, permanecían un rato observándolo todo, y después se iban para dejar su lugar a otros. Y pudo observar que la camarera volvía en sí, miraba la sangre en medio de la cual había caído, gritaba y volvía a perder el sentido.

La impostada voz del mayordomo rompió el silencio.

—¡Vamos, vamos! —dijo— No caigamos en el pánico. Usted, Bert —agregó, señalando al lacayo—, vaya a buscar a la policía y al doctor Mackintosh. Y me parece que también sería conveniente llamar a la funeraria.

Dicho esto hizo un gesto imperioso al lacayo y se volvió hacia los dos cuerpos. Levantándose los pantalones para que no se le formaran arrugas en las rodillas, se inclinó y, con mucho cuidado, tomó de la muñeca a la camarera y lanzó una exclamación de enorme disgusto al mancharse su mano de sangre. Rápidamente retiró la mano y se secó la sangre en la falda de aquélla. Después, asiendo a la pobre mucama de una pierna —de un tobillo—, la arrastró fuera del cuarto de baño. Hubo algunas risitas contenidas cuando la falda se enrolló en su cintura y luego a la altura de los hombros, pero pronto se acallaron ante la severa mirada del mayordomo.

El ama de llaves se aproximó, se inclinó con la mayor gravedad y, en homenaje al pudor, acomodó la falda de la camarera. Dos criados la levantaron y la llevaron corriendo por el pasillo, salpicando todo con la sangre que chorreaba de sus ropas.

El mayordomo se abrió paso dentro del cuarto de baño y observó con atención.

—¡Ah, claro! —dijo— Ahí está el instrumento con el cual sir Algernon puso fin a su vida —añadió, al par que señalaba una navaja de afeitar tinta en sangre que había caído al suelo cerca de la bañera.

Permaneció inmóvil como un monolito en la puerta del cuarto de baño, hasta que desde afuera vino el rumor del galopar de caballos.

—Ya ha llegado la policía, señor Harris —dijo el lacayo al entrar—, y el médico está en camino.

Desde el vestíbulo de entrada llegaban voces atropelladas; después se oyó el resonar de unos pasos firmes, muy marciales, por la escalera y el corredor.

—Bien, bien; ¿qué pasa aquí? —preguntó una voz áspera— Tengo entendido que hubo un suicidio, pero ¿están seguros de que de eso se trata? —Quien hablaba era un policía de uniforme azul, que asomó la cabeza en el cuarto de baño al tiempo que extraía automáticamente su anotador, siempre listo, del bolsillo superior de la chaqueta. Tomó un cabo de lápiz, lo mojó con la lengua y abrió con cuidado la libreta. En ese momento se oyó el

trote ligero de un caballo y otra vez hubo una conmoción en el vestíbulo, seguida por el resonar de unos pasos mucho más leves y más rápidos en las escaleras. Un hombre delgado llegaba con una valija negra.

—¡Ay, señor Harris! —dijo el joven que, en realidad, era el médico— Me han dicho que hay un enfermo aquí. . . Quizás algo trágico, ¿no?

—¡Vamos, vamos, doctor! —intervino el rubicundo policía— Todavía no hemos concluido la investigación. Tenemos que averiguar la causa del deceso. . .

—Pero, sargento —replicó el médico—, ¿está usted seguro de que está muerto? ¿No habría que verificarlo antes?

Sin decir palabra, el sargento le señaló el cuerpo y le hizo reparar en el hecho de que casi tenía la cabeza separada del cuello. La herida aparecía bien abierta, ahora que toda la sangre había salido del cuerpo, cubriendo el piso del cuarto de baño y la alfombra del corredor.

—Y bien, señor Harris —dijo el sargento—, ¿qué nos puede decir de esto? ¿Quién lo hizo?

El mayordomo se mojó nerviosamente los labios, molesto como estaba por el cariz que tomaban las cosas. Sentía como si estuviesen por acusarlo de homicidio, pero hasta el más ignorante se habría dado cuenta de que la herida había sido hecha por propia mano. Con todo, había que andar con cuidado con la autoridad, de manera que respondió:

—Como bien sabe usted, me llamo George Harris y soy el mayordomo de la casa. Tanto el personal como yo nos asustamos al oír gritar a la camarera —Alice White—, cuyos alaridos iban subiendo de tono cada vez más hasta tal punto que creímos que nuestros nervios iban a estallar; después se oyó un golpe y nada más. Entonces subimos corriendo hasta aquí y nos encontramos —hizo una pausa dramática y extendió las manos en dirección al cuarto de baño— con esto. . .

El sargento musitó algo para sí y se mordió el bigote, unos enormes mostachos que le caían a los lados de la boca.

—Que venga esa tal Alice White —dijo—. Quiero interrogarla ahora.

—¡Oh, no! —intervino el ama de llaves, quien llegaba por el corredor— No se puede, sargento; tenemos que bañarla, pues está cubierta de sangre, y tiene un ataque de histeria. Pobrecilla, no es para menos. Y no piense usted que va a venir aquí a intimidarnos, porque eso no lo hemos hecho nosotros; y debo recordarle todas las veces que ha venido usted de noche a mi antecocina para que le diese sus buenas comidas. . .

—Bien; mejor será que echemos un vistazo al cuerpo —dijo el médico, adelantándose con suma cautela—. Estamos perdiendo mucho tiempo y así no vamos a ninguna parte. —Dicho esto dio un paso hacia adelante y con cuidado se quitó los gemelos de los puños almidonados, los guardó en un bolsillo y se recogió las mangas, después de darle su chaqueta al mayordomo para que se la tuviera.

Se inclinó y examinó atentamente el cuerpo sin tocarlo. Después, con un movimiento rápido del pie, lo dio vuelta hasta que quedó boca arriba con los ojos fijos.

La entidad que había sido Sir Algernon observaba con asombro todo aquello. Se sentía muy raro. Por un momento no pudo entender qué había sucedido, pero alguna fuerza extraña lo mantenía sujeto al cielo raso, en posición invertida, contemplando los ojos muertos, vidriosos y sanguinolentos del difunto Algernon. Seguía en esa posición, contra el techo, como en éxtasis, hechizado por la extraña experiencia, cuando su atención quedó pendiente de las palabras del señor Harris.

—Sí, el pobre Sir Algernon fue oficial subalterno de la Guerra de los Bóers. Luchó con gran denuedo contra éstos y resultó malherido. Por desgracia lo hirieron en un lugar muy delicado, que no puedo nombrar con más precisión ante las damas presentes, y en estos últimos tiempos su incapacidad cada vez mayor para. . . desempeñarse lo había llevado a ataques de depresión. En muchas ocasiones, nosotros y otras personas le oímos decir que no valía la pena vivir la vida sin sus exigencias y amenazaba con poner fin a todo.

El ama de llaves prorrumpió en un sollozo de conmiseración y lo propio hizo su segunda ama. El primer criado coincidió, en un susurro, en que él también había oído decir tales cosas. En tanto, el médico había advertido unas toallas ordenadamente dispuestas en los toalleros, y con diligencia las extendió sobre el piso del cuarto de baño. Con el pie hizo a un lado la sangre que ya había comenzado a coagularse y, al observar que en una barra había una gruesa estera de baño, la colocó en el suelo, junto al cuerpo, y se arrodilló. Tomó su estetoscopio de madera y, luego de desabrochar la camisa del cadáver, colocó un extremo en su pecho a la vez que apoyaba un oído en el opuesto. Todo el mundo permanecía quieto y contenía la respiración, hasta que al cabo el médico hizo un movimiento de cabeza.

—No, no hay señales de vida. Está muerto.

Dicho esto retiró el estetoscopio, lo guardó en un bolsillo especial de sus pantalones y se puso de pie. Después se limpió las manos con un trapo que le extendía el ama de llaves.

—Doctor —inquirió el sargento, señalando la navaja—, ¿es ése el instrumento que causó la muerte de este hombre?

El médico miró la navaja, la movió con un pie y después la levantó con el trapo.

—Sí —dijo—. Esto le seccionó las carótidas, pasando por las yugulares. La muerte debe de haberse producido casi en forma instantánea. Yo calculo que habrá tardado siete minutos en morir.

El sargento Murdock estaba muy atareado mojando el lápiz y tomando abundantes notas en su libreta. En esos momentos se oyó el pesado andar de un carruaje tirado por caballos y otra vez sonó la campanilla de calle en la cocina. Hubo voces en el vestíbulo y en seguida apareció por las escaleras un hombrecillo elegante que saludó con una ceremoniosa inclinación de cabeza al mayordomo, al médico y al sargento, en ese orden.

—¿Puedo llevar ya el cadáver? —preguntó—. Me pidieron que viniera aquí a buscar un cuerpo, el de un suicida.

El sargento miró al médico y éste al sargento, y luego ambos se volvieron al señor Harris.

—¿Tiene usted algo que decir al respecto, señor Harris? ¿Sabe si va a venir algún pariente del occiso? —inquirió el sargento.

—No, sargento, No tendría tiempo para llegar tan rápido. Creo que el pariente más cercano vive a más o menos media hora de viaje con un buen caballo, y ya he mandado a un mensajero. Me parece que lo adecuado sería que la empresa se llevara el cuerpo al depósito porque, por supuesto, no podemos dejar que los parientes de Sir Algernon lo vean en tan deplorable estado, ¿no es cierto?

El sargento miró al doctor y el doctor miró al sargento; en seguida, los dos dijeron al mismo tiempo que sí; pero el sargento, como representante de la autoridad, añadió:

—Está bien. Llévense el cuerpo, pero debemos contar con un informe muy detallado en la comisaría lo antes posible. El inspector querrá tenerlo antes de la mañana.

—Deberé informar al médico forense, pues es posible que él quiera efectuar la autopsia —dijo el médico—.

El médico y el sargento se retiraron. El hombre de la funeraria hizo salir amablemente al mayordomo, a los criados, al ama de llaves y a las mucamas, y a continuación subieron las escaleras dos de sus empleados con un féretro. Entre ambos lo depositaron en el suelo, fuera del cuarto de baño, y retiraron la tapa. Adentro, éste se hallaba cubierto de aserrían hasta la cuarta parte. Los hombres se introdujeron en el cuarto de baño, levantaron el cuerpo y lo depositaron sin miramiento alguno sobre el aserrín. Luego volvieron a colocar la tapa.

Indiferentemente se lavaron las manos en el lavabo y, como no encontraron toallas limpias, se las secaron con las cortinas. Después salieron al corredor, dejando a su paso manchas de sangre semicoagulada en la alfombra.

Levantaron el féretro refunfuñando y se dirigieron a la escalera.

—A ver si echan una mano aquí, ustedes —pidió el de

la funeraria a dos criados—. Sostengan el extremo de abajo para que no se nos caiga.

Los dos hombres se apresuraron a hacerlo, y así bajaron el féretro con cuidado por las escaleras y lo llevaron fuera, donde lo deslizaron dentro de un carruaje negro. El hombre de la empresa subió al interior y sus dos peones treparon al pescante, tomaron las riendas y los caballos se echaron a andar con paso cansino.

El sargento Murdock volvió a subir las escaleras, pensativo, y se introdujo en el cuarto de baño. Tomó con el trapo la navaja abierta, la puso a un lado, y acto seguido realizó una inspección para ver si podía hallar algo más que sirviese de prueba.

El espíritu de Sir Algernon, pegado al cielo raso, miraba hacia abajo totalmente estupefacto. Entonces, quién sabe por qué, el sargento volvió la vista hacia el techo, lanzó un grito de espanto y cayó con un golpe que rompió la tapa del asiento. Después, el espíritu de Sir Algernon se desvaneció y perdió toda conciencia, salvo la de un extraño zumbido, un misterioso remolino y unas nubes oscuras que giraban como el humo de una lámpara de parafina cuya llama estuviese muy alta y hubiese quedado abandonada en una habitación.

Y así las tinieblas se hicieron sobre él y el espíritu de Sir Algernon ya no tuvo interés por lo que sucedía, al menos por el momento.

Algernon Reginald St. Clair de Bonkers se movió inquieto en lo que parecía ser un profundo sueño producido por algún narcótico. Extraños pensamientos bullían en su semiembotada conciencia. Le llegaban rumores aislados de música celestial seguidos de sonidos infernales. Se revolvió con desasosiego y, en un momento de mayor lucidez, se movió y notó con asombro que sus movimientos eran pesados, torpes, como si estuviese inmerso en una masa viscosa.

Se despertó sobresaltado y trató de sentarse en posición erecta, pero observó que sus movimientos estaban limitados, pues sólo podía efectuarlos con lentitud. El pánico se apoderó de él y se debatió angustiado, pero

advirtió que sus movimientos eran pausados, ampulosos y se calmó bastante. Se tocó los ojos para ver si estaban abiertos o cerrados, porque no veía luz alguna. Bajó las manos para palpar la cama, y entonces se estremeció aterrado porque debajo de él no había lecho alguno: estaba suspendido —como él mismo se dijo— "como un pez metido en un jarabe, en un acuario".

Por un momento se debatió débilmente con los brazos, como si nadara, tratando de empujar contra algo para llegar a alguna parte. Pero con la misma fuerza que él empujaba con sus manos y brazos extendidos y con todo el ímpetu de sus pies, lo mismo hacía un "algo" que lo retenía.

Asombrado, notó que sus esfuerzos no le quitaban el aliento ni lo agotaban; de modo que, al ver que ellos eran inútiles, se quedó quieto y se puso a pensar.

"¿Dónde estaba yo? ", trató de recordar. " ¡Ah, sí! Ya me acuerdo: resolví suicidarme porque no tenía sentido continuar de la manera como iba, sin tener contacto con mujeres a causa de mi incapacidad. ¡Qué desgracia que aquellos malditos bóers acertaran en *ese lugar*! ", murmuró para sí.

Permaneció un momento pensando en el barbado bóer que había levantado su fusil y deliberadamente, muy deliberadamente, le había apuntado, no con la intención de matarlo, sino con el claro propósito —para decirlo con la debida corrección— de privarlo de su hombría. Pensó en el "estimado señor vicario", quien había recomendado su casa como lugar muy seguro para las mucamas que quisieran ganarse la vida. Y pensó, además, en su padre quien, cuando él era un muchachito y aún concurría a la escuela, le dijo: "Bien, Algernon, hijo mío, ya es tiempo de que sepas las cosas de la vida. Tendrás que practicarlas con alguna de las mucamas que aquí tenemos. Verás que es muy bueno hacerlo, pero por cierto no debes tomar las cosas demasiado en serio. Esas clases inferiores están aquí porque ello nos conviene, ¿te enteras? "

"Sí", pensó; "hasta el ama de llaves se sonreía de un modo peculiar cuando alguna mucama especialmente bien

parecida entraba a servir. Entonces, ésta le decía: 'Aquí estará usted segura, querida, pues el amo no la molestará en absoluto. Es como esos caballos que andan por ahí. . . usted me entiende, que han sido tratados por el veterinario. . . De modo que aquí estará perfectamente bien', dicho lo cual se retiraba con una risita socarrona."

Algernon recordó su vida con algunos detalles. El impacto del proyectil y cómo se había doblado y vomitado de angustia. En sus oídos todavía resonaba la bronca risa del viejo campesino bóer —como él decía—: "No más jaleo para ti, hijo. Ya no podrás perpetuar el apellido de tu familia. Ahora serás como esos eunucos de los que se habla por ahí".

Algernon sintió que enrojecía de vergüenza y recordó su plan largamente meditado de suicidarse a partir de la conclusión, a la cual había arribado, de no poder seguir viviendo en tales condiciones. Le habían parecido totalmente intolerables las veladas alusiones a su incapacidad, cuando el vicario lo llamó para decirle que le agradaría contar con un joven como él para colaborar con las congregaciones femeninas y las clases sabatinas de costura, porque —como decía— "Nosotros no tendríamos que preocuparnos demasiado, ¿no es cierto? , ni abogar por el buen nombre de la Iglesia, ¿no es verdad? "

Y, además, estaba aquel médico, el antiguo doctor de la familia —Mortimer Davis—, que solía ir por la tarde en su viejo caballo Wellington. Cuando llegaba, se sentaban en el estudio y tomaban juntos una copa de vino, pero la tranquilidad siempre terminaba cuando el médico decía: "Y bien, Sir Algernon; me parece que debería someterlo a un examen para ver si no le están apareciendo caracteres femeninos. Porque si no tomamos precauciones muy extremas, podría ocurrir que desapareciese el pelo de su barba y. . . ejem. . . se le desarrollasen las mamas. Una de las cosas de las cuales debemos estar pendientes es de todo cambio que pueda producirse en el timbre de su voz; porque, como han desaparecido ciertas glándulas, la química de su cuerpo ha cambiado". Y el médico lo observaba de modo muy zumbón para ver cómo lo toma-

ba. Después añadía: " ¡vaya! Me gustaría beber una copa de vino, porque el que tienen ustedes es buenísimo. Su estimado padre era un buen conocedor de los placeres de la vida, en particular en cuanto a mujeres... ¡Vaya, vaya, vaya! "

Para el pobre Algernon, la medida se colmó cuando cierto día oyó que el mayordomo decía a la casera: "Es algo espantoso lo que le ha ocurrido a Sir Algernon, ¿no es cierto? Un joven tan varonil, tan vital, verdadero arquetipo de hombre. Recuerdo bien —antes que usted viniera aquí y él fuera a la guerra— que solía ir a caballo a cazar con perros y qué impresión inmejorable producía a las matronas del distrito. No hacían más que invitarlo a reuniones y siempre lo consideraban el mejor partido y el hombre más apropiado para sus hijas en edad de merecer. Y ahora..., las madres del lugar lo miran con lástima, pero al menos saben que no hace falta una dama de compañía cuando él sale con sus niñas. Un hombre muy inofensivo, muy inofensivo, en verdad".

"Sí", recapacitó Algernon, "un hombre muy inofensivo. Pero quisiera saber qué habrían hecho ellos en mi lugar, tirado allí en el campo de batalla, sangrando, con los pantalones del uniforme tintos de rojo, y el cirujano que venía para cortarme la ropa y amputar con el bisturí los despedazados restos de lo que a un hombre lo diferencia de una mujer. ¡Oh, qué tortura! Hoy existe lo que se llama cloroformo, que sirve para aliviar el dolor, para que no se sienta el tormento de una operación; pero en el campo... No, allí no hay más que un bisturí que corta y una bala entre los dientes para que uno pueda morderla y no gritar. Y, después, la vergüenza, el oprobio de no tener... ¡*eso*! Soportar la mirada de los compañeros subalternos, que lo observan a uno como turbados, y al mismo tiempo se ponen a decir cosas soeces a nuestras espaldas.

"Sí, ¡qué vergüenza, qué vergüenza! El último descendiente de una familia antigua, los Bonkers, que llegaron con la invasión de los normandos y se establecieron en esa saludable región de Inglaterra para fundar

una gran casa solariega y tener granjeros. Y ahora, él, el último eslabón, impotente por servir a su país, impotente y a merced de las risas de sus iguales. Pero, ¿de qué pueden reírse? ", pensó, "¿de un hombre que queda disminuido por servir a los demás? " Y pensó que ya, por haber luchado por su tierra, su linaje quedaría sin descendencia.

Algernon yacía allí, ni en el aire ni en la tierra. No sabía dónde se encontraba. Se hallaba allí, debatiéndose como un pez recién pescado, y entonces pensó: "¿Estaré muerto? ¿Qué es la muerte? Yo me he visto muerto, entonces ¿cómo estoy aquí? "

Inevitablemente, sus pensamientos volvieron otra vez sobre los hechos ocurridos desde su regreso a Inglaterra. Y se vio caminando con cierta dificultad, observando con atención los gestos y las actitudes de sus vecinos, su familia y sus servidores. La idea de que debía eliminarse, de que debía acabar con esa vida inútil, había ido tomando cuerpo. En cierta oportunidad se había encerrado en su gabinete para tomar una pistola, limpiarla con cuidado, cargarla y dejarla ya preparada. Esa vez había colocado la boca de fuego en su sien derecha, tirando del disparador. Pero ése fue un intento fallido. Durante unos instantes quedó aturdido, incrédulo: su fiel pistola, que había llevado consigo y utilizado durante la guerra, al fin, lo había traicionado, puesto que aún seguía vivo. Extendió una hoja limpia de papel sobre el escritorio y depositó la pistola sobre ella. Todo estaba como debía estar: la pólvora, el proyectil y la cápsula, o sea, perfectamente en orden. Volvió a armar todo y, sin pensar, tiró del disparador. Hubo un fuerte estampido y la ventana se hizo añicos. Entonces se oyeron pasos que llegaban a la carrera y unos fuertes golpes a la puerta. Se levantó lentamente y fue a abrir. El mayordomo, que era quien había acudido, estaba pálido y asustado.

—¡Ay, Sir Algernon, Sir Algernon! Pensé que algo terrible había sucedido —dijo, sumamente agitado.

—¡Oh, no! No ha ocurrido nada. Estaba limpiando la pistola y ésta se disparó. . . Haga que vengan a arreglar la ventana, ¿quiere?

Después de eso, en una ocasión quiso salir a cabalgar. Esa vez él había elegido una vieja yegua tordilla y abandonaba el establo cuando el mozo de cuadra rio entre dientes y le susurró al establero: "¿Qué te parece? Dos viejas yeguas juntas, ahora". El se volvió y le asestó un golpe con la fusta al muchacho, después de lo cual dejó las riendas sobre el cuello de su cabalgadura, se apeó y se dirigió presuroso a su casa para no volver a montar nunca más.

En otra oportunidad pensó recurrir a una extraña planta procedente del Brasil, país poco menos que desconocido, de la cual se decía que provocaba la muerte instantánea a quienes mordieran sus bayas y sorbieran su venenoso zumo. Y así lo había hecho, pues un viajero le había regalado un ejemplar de tal planta. Durante días la regó y la cuidó como a un niño recién nacido; y cuando ya estaba florecida y en su plenitud, tomó las bayas y se llenó de ellas la boca. "¡Ay, qué suplicio! ", pensó; "¡qué vergüenza! No produjeron la muerte, sino cosas mil veces peores. ¡Qué trastornos gástricos! Nunca, en toda la historia", pensó, "ha existido purga que se le parezca, una purga tal que no diera el menor tiempo a nada. Y el espanto de la casera cuando tuvo que recoger sus prendas sucias y dárselas a la lavandera." De sólo pensarlo le subían los colores a la cara.

Y, después, esa última tentativa. Se había dirigido a Londres, al mejor cuchillero de la ciudad, y logrado la mejor y más afilada navaja, un hermoso instrumento con el nombre y el sello de su fabricante. Sir Algernon había tomado esta hoja estupenda y la había asentado y asentado muchas veces. Después, con un rápido movimiento, se cortó la garganta de oreja a oreja, de manera que la cabeza se mantuvo sobre los hombros sólo merced a las vértebras cervicales.

Por eso se había visto muerto. Sabía que estaba muerto porque sabía que se había suicidado, y porque después miró desde el cielo raso y de un rápido vistazo comprobó que estaba en el suelo. Y ahora permanecía en la oscuridad, en una profunda oscuridad, pensando y pensando.

¿La muerte? ¿Qué *era* la muerte? ¿Había algo después de ella? Tanto él como sus subordinados y otros oficiales habían conversado en misa acerca del tema. El sacerdote hablaba de la vida eterna, del ascenso a los cielos, y un ostentoso húsar, un mayor, dijo: " ¡Oh, no, padre! Estoy seguro de que eso es absolutamente erróneo. Cuando uno está muerto está muerto, y eso es todo. Si yo mato a un bóer, ¿me quiere decir que va a ir derecho al cielo o al otro mundo? Si lo mato con una bala en el corazón y le pongo un pie en el pecho, puedo decirle que está perfectamente debajo de mí, muerto, acabado como un miserable cerdo. Cuando estamos muertos estamos muertos, y eso es todo".

Volvió a meditar en todas las discusiones acerca de la vida posterior a la muerte. Se preguntaba cómo alguien podía decir que hubiese vida después de ella. "Si se mata a un hombre. . . pues, éste queda muerto y eso es todo. Si existiera un alma veríamos que algo sale del cuerpo al morir, ¿no es cierto? "

Algernon pensaba en todo eso sin saber qué había ocurrido ni dónde estaba. Y de pronto le asaltó la idea terrible de que quizá todo no fuese más que una pesadilla y que tal vez hubiese padecido una alteración mental y estuviese internado en un asilo de locos. Con cuidado tanteó en derredor de sí para ver si había correas que lo sujetasen, pero no: flotaba nada más, flotaba como un pez en el agua. Y volvió a preguntarse qué sucedería. " ¿Era la muerte? ¿Estoy muerto? Entonces, si estoy muerto, ¿dónde estoy, qué estoy haciendo en este estado extraño, flotando a la deriva? "

Las palabras del sacerdote volvieron a su mente: "Cuando dejes tu cuerpo, un ángel estará allí para recibirte y guiarte. Serás juzgado por Dios en persona y tendrás el castigo que el propio Dios dictamine".

Algernon pensaba en todo eso. "Si Dios fuese un Dios amable, ¿por qué habría de castigar a las personas no bien mueren? Y si la persona está muerta, ¿cómo es posible que la afecte el castigo? Pero allí estaba él", pensó, "echado y quieto, sin ningún dolor en particular,

sin ningún placer especial, sino simplemente echado con toda quietud".

En ese momento, Algernon se sobresaltó temeroso. Algo lo había rozado. Era como tener una mano metida en el cráneo. Tuvo la impresión, no de una voz, sino la sensación de que alguien estuviese pensando en él: "Paz, calma, escucha".

Por unos instantes, Algernon se debatió y trató de huir. Aquello era demasiado misterioso, excesivamente inquietante, pero estaba como clavado. Y entonces tuvo otra vez aquella impresión: "Paz, calma y libérate de eso".

Pensó: "Soy oficial y caballero. No debo sentir pánico. Debo servir de ejemplo a mis hombres". Y así, confundido como estaba, guardó compostura y dejó que la tranquilidad y la paz entraran en él.

CAPITULO III

Algernon sintió de pronto un estremecimiento que lo conmovió y el pánico se apoderó de él. Por un instante le pareció que el cerebro estaba por estallar dentro del cráneo.

En torno, las tinieblas se tornaban cada vez más espesas, pero si bien no podía ver nada en medio de aquella total oscuridad, inexplicablemente *sentía* unas túrgidas nubes, más negras que esa cerrazón, que se revolvían en derredor y lo rodeaban.

En medio de las tinieblas le pareció distinguir un brillante rayo de luz, como una delgada línea, que llegaba hasta él y lo tocaba; y a través de esa fina línea que constituía aquel rayo luminoso tuvo la impresión de que le decían: "Paz, paz, serénate y hablaremos contigo".

Con un esfuerzo sobrehumano, Algernon luchó contra el pánico que lo invadía y gradualmente se fue calmando hasta que otra vez pudo reposar con cierta placidez a la espera de los acontecimientos. Estos no tardaron en manifestarse: "Queremos ayudarte. . . Estamos muy ansiosos por auxiliarte, pero tú no nos dejas. . ."

Sintió que eso le daba vueltas en la cabeza, "tú no nos dejas", pensó: "pero si yo no he pronunciado una sola palabra, ¿cómo pueden decir que no dejo que me ayuden? No sé ni quiénes son ni tampoco qué quieren hacer; no sé siquiera dónde estoy. Si esto es la muerte", pensó, "¿qué es, pues? ¿Es la negación de todo? ¿La nada? ¿Estaré condenado por toda la eternidad a vivir en

una oscuridad como ésta? Pero así, incluso, esto plantea un problema", pensó. "¿Vivir? Pues bien, ¿dónde estoy viviendo? "

Las ideas bullían y su cabeza era un torbellino. Recordaba lo aprendido en su niñez: "La muerte no existe... Yo soy la Resurrección. En la casa del Señor hay muchas moradas... Yo prepararé un camino para ti... Si te portas bien irás al cielo... Si te portas mal, al infierno. Sólo los cristianos tienen la posibilidad de ir al cielo". Muchas cosas contradictorias, muchas cosas equivocadas... Cosas que el ciego enseña al ciego. Los sacerdotes y los preceptores de la Escuela Dominical que, aunque ciegos, querían enseñar a los demás, a los que consideraban aún más ciegos. Y pensó: "¿El infierno? ¿Qué es el infierno? ¿Qué es el cielo? ¿Existe el cielo? "

En mitad de sus reflexiones le interrumpió un pensamiento imposible de dominar: "Estamos dispuestos a ayudarte si antes admites que estás vivo y que hay vida después de la muerte. Queremos ayudarte si estás preparado a creer sin reservas en nosotros y en lo que podemos enseñarte".

Algernon se rebelaba contra esa idea. ¿Qué era eso de aceptar ayuda? ¿Qué, esa disparatada tontería de creer? ¿qué era *lo que tenía* que creer? Si debía creer, eso significaba que había alguna duda. Lo que él quería eran hechos y no cosas en las que creer. El hecho era que había muerto por propia mano; lo segundo, que había visto su cuerpo muerto; y lo tercero, que en ese momento estaba en una total oscuridad, al parecer inmerso en cierta sustancia viscosa y túrgida que le impedía moverse demasiado. Y, ahora, esos tontos que, no sabía de dónde, enviaban pensamientos a su mente para decirle que debía creer. Y bien; pero, ¿qué era lo que tenía que creer?

"Estás en la etapa siguiente a la muerte", le decía aquella voz, pensamiento, impresión o lo que fuere. "En la Tierra has recibido instrucción equivocada, te han enseñado mal y tu orientación ha sido errónea; y si

quieres liberarte de la prisión que te has impuesto a ti mismo, nosotros te sacaremos de ella." Algernon permaneció silencioso y meditó en eso hasta que de pronto pensó con resolución: "Muy bien; si pretenden que crea, antes deben decirme qué me está sucediendo. Ustedes dicen que me encuentro en la primera etapa después de la muerte, pero yo creía que la muerte era el fin de todas las cosas".

" ¡Eso es! ", prorrumpió con gran vehemencia aquel pensamiento o voz. " ¡Eso es! Te hallas rodeado por las negras nubes de la duda, por los densos nubarrones de la sin razón. Te rodean las tinieblas de la ignorancia, y ese aislamiento en que te encuentras te lo has forjado tú, te lo has impuesto a ti mismo y sólo tú puedes destruirlo."

A Algernon eso no le gustaba un ápice. Le parecía que le estuvieran echando la culpa de todo. "Pero no tengo razón alguna para creer", dijo entonces; "sólo puedo atenerme a lo que me han dicho. En las distintas parroquias me han enseñado diversas cosas y desde mi niñez me adoctrinaron las maestras de la Escuela Dominical y una gobernanta. ¿Y ahora creen ustedes que puedo deshacerme de todo eso simplemente porque a mi mente llega una impresión desconocida, que no sé qué es? *Hagan* cualquier cosa para demostrarme que hay algo más allá de estas tinieblas."

De pronto apareció un hueco en medio de la oscuridad. Las sombras se apartaron de improviso, como si se corriese el telón de un escenario para que los actores pudieran comenzar la representación, y poco faltó para que Algernon perdiera el sentido por la impresión que le produjo una luz brillante y las portentosas vibraciones del aire. A punto estuvo de lanzar un grito por el arrobamiento de ese instante; pero en seguida. . . la duda. Y, con la duda, otra vez esa marejada de tinieblas, hasta que de nuevo quedó inmerso en aquella túrgida oscuridad. La duda, el pánico, los reproches a sí mismo, todo se volvía contra las enseñanzas del mundo. Comenzó a dudar de su cordura. ¿Cómo podían ser posibles cosas como ésa? Y entonces tuvo la certidumbre de que estaba

loco, persuadido de padecer alucinaciones. Su pensamiento se volvió hacia aquella potente planta brasileña que había ingerido y supuso que tal vez hubiese producido efectos colaterales. Vio su cuerpo yacente en el suelo. . . pero, ¿lo había visto, en realidad? ¿Cómo podía verse a sí mismo si estaba muerto? Recordó que había mirado hacia abajo desde el cielo raso y visto una porción de pelo ralo en la cabeza del mayordomo. Entonces, de ser eso verdad, ¿cómo no había notado antes ese punto de calvicie? De ser cierto, ¿cómo no se había dado cuenta de que, evidentemente, el ama de llaves usaba peluca? Pensaba en todo eso y se debatía entre la idea de que era posible que hubiese vida después de la muerte y la de que sin duda, estaba loco.

"Dejaremos que tomes tu propia decisión, porque la Ley señala que no se puede auxiliar a nadie a menos que la persona esté dispuesta a aceptar auxilio. Cuando estés pronto a recibir ayuda, dínoslo y volveremos. Y recuerda que no hay razón alguna para que continúes en este total aislamiento que te has impuesto. Esta oscuridad es producto de tu imaginación."

El tiempo no tenía sentido. Los pensamientos iban y venían, pero Algernon se preguntaba qué era la velocidad del pensamiento. ¿Cuántos pensamientos había tenido? De saberlo, podría deducir cuánto tiempo hacía que estaba en esa posición y en tal estado. Pero no; el tiempo ya no tenía sentido. Nada tenía sentido, por lo que podía apreciar. Extendió sus manos hacia abajo y advirtió que debajo de él no había nada. Lentamente, con un esfuerzo infinito, llevó los brazos hacia arriba en toda su longitud, pero no había nada; nada que él pudiese percibir en absoluto. Nada, excepto esa extraña resistencia como si estuviese moviendo los brazos en un jarabe. Después dejó que las manos reposaran sobre su cuerpo y lo palpó. Sí; allí estaban su cabeza, su cuello, sus hombros. . . y por supuesto sus brazos, puesto que usaba sus manos para palparse. Pero en ese momento dio un respingo: estaba desnudo. Entonces, al pensarlo, comenzó a sonrojarse. ¿Y si en ese momento llegaba alguna persona

y lo encontraba desnudo? En su medio social no se debía aparecer así, eso "no era de hacer". Pero, por lo que le parecía, aún conservaba su cuerpo humano. Entonces, sus dedos que tanteaban al azar, se detuvieron de repente y llegó a la absoluta conclusión de que, sin duda alguna, estaba trastornado, loco, puesto que hurgando encontró partes que le habían sido dañadas por los fusileros bóers y sus restos amputados por los cirujanos. ¡Y ahora estaba intacto otra vez! Era evidente que sólo se trataba de su imaginación. Era verdad, pensó, que había contemplado su cuerpo agonizante y que todavía estaba agonizando. Pero entonces lo asaltó el ineludible pensamiento de que había mirado hacia abajo. ¿Cómo *podía*, pues, haber mirado hacia abajo siendo él el cuerpo que agonizaba? Y si había podido mirar hacia abajo era porque, obviamente, alguna parte de él —su alma o como quiera llamársela— debía de haber salido de su cuerpo. Además, el mero hecho de haber podido mirar hacia abajo y verse a sí mismo indicaba que "algo" había después de la muerte.

Pero allí estaba, pensando, pensando y pensando. Su cerebro parecía trepidar como una máquina. Poco a poco, algunos pequeños conocimientos adquiridos en el mundo aquí y allá fueron poniéndose en su sitio. Se acordó de cierta religión... ¿Cómo era? ¿Hinduismo? ¿Islamismo? No lo sabía, pero era una de esas estrambóticas religiones foráneas que sólo los nativos profesaban, pero que no obstante enseñaban que hay vida después de la muerte y que cuando un hombre probo muere va a un lugar donde se dispone de incontables muchachas complacientes. Pero él no veía chicas disponibles ni no disponibles por ninguna parte, sino que estaba sumido en una serie de pensamientos. *Tiene* que haber vida después de la muerte, tiene que haber algo y tiene que haber alguien; porque, de no ser así, ¿cómo podía habérsele cruzado por la mente ese pensamiento luminoso?

Algernon dio un brinco, asombrado. " ¡Oh! ¡Está amaneciendo! ", exclamó. La oscuridad era menos densa en ese momento, por cierto, y también menor la turgencia

que lo rodeaba; y observó que se hundía suavemente, muellemente hasta que sus manos extendidas por debajo del cuerpo tocaron "algo". A medida que el cuerpo se hundía cada vez más sintió que sus manos se aferraban... Pero, ¡no, no podía ser! No obstante, otros tanteos le confirmaron que sí, que sus manos estaban en contacto con un mullido césped. Después, su cuerpo exangüe quedó tendido sobre la hierba recortada.

Tuvo la cabal noción de que al fin se hallaba en algún lugar material y que había otras cosas además de oscuridad; y cuando lo pensó y se dio cuenta de ello, las tinieblas fueron menores y se halló como en una claridad vaporosa. A través de la bruma pudo distinguir vagas figuras, aunque no con nitidez, no lo bastante bien como para saber de qué figuras se trataba, pero sí que eran tales.

Miró hacia arriba y distinguió una figura en sombras, pero con claridad. Pudo ver dos manos que se elevaban como en actitud de bendecir, y después oyó una voz, esta vez, no un pensamiento dentro de su cerebro, sino una verdadera y beatífica voz que hablaba en inglés y que evidentemente pertenecía a alguien que había estado en Eton o en Oxford.

—Incorpórate, hijo —dijo aquella voz—. Incorpórate y tómame las manos. Verás que soy corpóreo como tú, y al notarlo tendrás una razón más que te pruebe que estás vivo... Claro que de otra manera, pero vivo. Y cuanto antes te des cuenta de que estás vivo y de que hay vida después de la muerte, antes podrás entrar en la Gran Realidad.

Algernon intentó débilmente incorporarse, pero las cosas parecían en cierto modo distintas puesto que no acertaba a mover sus músculos como de costumbre. Entonces volvió a hablar aquella voz.

—Imagina que te levantas; imagina que te pones de pie.

Lo hizo y, para su sorpresa, vio que se ponía de pie y que lo sostenía una figura que se tornaba cada vez más clara y nítida hasta que pudo distinguir ante sí a un hombre de mediana edad, de aspecto notablemente inteli-

gente y ataviado de amarillo. Algernon contempló en toda su extensión a aquella figura y, al bajar la vista, se vio a sí mismo. Al notar que estaba desnudo lanzó una repentina exclamación de temor:

—¡Oh! —dijo—. ¿Dónde está mi ropa? ¡No puedo exhibirme así!

—La ropa no hace al hombre, amigo mío —le dijo, amable y sonriente, aquella figura—. Venimos a la tierra desprovistos de ropa y renacemos en este mundo también desnudos. Piensa en las prendas que quisieras tener puestas y las verás en ti.

Algernon se imaginó a sí mismo vestido como un joven despreocupado, de pantalones de corte marinero azul oscuro, largos hasta los talones, y chaqueta de un rojo subido. Se imaginó, asimismo, con un cinturón extraordinariamente blanco, con pistoleras, y pensó en unos botones brillantes y tan pulidos que podía ver su cara reflejada en ellos. E imaginó en su cabeza un casco negro con una tira de cuero cruzada de mejilla a mejilla por debajo de la barbilla, y en el flanco la vaina de un arma blanca. Entonces esbozó para sus adentros una íntima y secreta sonrisa al par que pensaba: "¡A ver, ahora; que lo hagan!" Pero su asombro no tuvo límites cuando se vio el cuerpo ceñido por un uniforme, ajustado con un cinturón y con borceguíes militares. En su flanco había un tahalí del cual pendía la vaina y percibió el peso de la pistolera que tiraba del cinto hacia abajo. Por debajo del mentón sintió la presión del barbiquejo, y después, al volver la cabeza, pudo ver sobre sus hombros unas relucientes charreteras. Eso ya era demasiado... realmente demasiado. Algernon se sintió desfallecer, y a buen seguro habría ido a dar sobre el pasto si aquel hombre de mediana edad no se hubiese inclinado gentilmente para sostenerlo.

Los párpados de Algernon temblaron.

—Creo, ¡oh, Señor!, creo —musitó débilmente— Perdona mis pecados; perdona las culpas en que pueda haber incurrido.

El hombre que estaba con él sonrió con indulgencia.

—Yo no soy el Señor —le dijo—. No soy más que alguien cuya tarea es la de auxiliar a los que llegan desde la Tierra, a esta etapa intermedia; y estoy dispuesto a prestarte esa ayuda cuando tú lo estés a recibirla.

Algernon se enderezó, esta vez sin dificultad.

—Estoy preparado para recibir esa ayuda que tú puedes prestarme —dijo—. Pero dime: ¿has estado en Eton o en Balliol?

—Llámame amigo nada más —repuso la figura aquella con una sonrisa—. Después nos ocuparemos de tus preguntas. Antes tienes que entrar en nuestro mundo.

Se dio vuelta y movió las manos hacia uno y otro lado como si descorriese cortinas, y por cierto que lo que sucedió fue algo así. Las penumbrosas nubes se disiparon, las sombras se desvanecieron y Algernon pudo observar que se hallaba de pie en el césped más verde que jamás se hubiese visto. El aire que lo envolvía vibraba de vitalidad, lleno de vigor. Desde alguna parte que él ignoraba le llegaban impresiones —no sonidos, sino sensaciones— de una música... "Música del aire", se le ocurrió suponer; y observó que era notablemente reconfortante.

Había gente que iba y venía como en los paseos públicos y eso le produjo la impresión, a primera vista, de que él también se hallaba caminando quizá por el Green Park o el Hyde Park de Londres, si bien especialmente embellecidos. Había parejas sentadas en los bancos y personas que deambulaban, pero Algernon volvió entonces a sentirse presa de un formidable espanto al advertir que algunas se movían a unos centímetros por encima del suelo. Una de ellas realmente corría a campo traviesa a cerca de tres metros de la tierra mientras otra la perseguía, y ambas proferían voces de gozosa felicidad. Entonces, de improviso, sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal y se estremeció, pero en ese momento su Amigo lo tomó levemente del brazo.

—Ven —le dijo—; sentémonos aquí, pues quiero hablar-

te un poco acerca de este mundo antes de seguir adelante, ya que en caso contrario lo que veas después podría constituir en verdad un obstáculo para tu recuperación.

—Recuperación... —repuso Algernon—. ¡Vaya con la recuperación! Yo no tengo que recuperarme de nada. Estoy perfectamente sano, perfectamente normal.

—Vamos —le dijo su Amigo con una amable sonrisa—; sentémonos aquí a contemplar los cisnes y las demás aves, y podré darte una idea de la nueva vida que te aguarda.

No sin cierta resistencia, y todavía disgustado por la idea de que podía estar "enfermo", Algernon se dejó conducir a un banco cercano.

—Ponte cómodo —le dijo el Amigo no bien se hubieron sentado—. Mucho es lo que tengo que decirte; puesto que ahora te encuentras en otro mundo, en otro plano de la existencia; de manera que cuanta más atención me prestes, con mayor facilidad podrás conducirte en este mundo.

A Algernon le asombraba enormemente que los bancos del parque fueran tan confortables, como si se adaptaran a la forma del cuerpo, cosa totalmente distinta de lo que ocurría con los de los parques londinenses que él conocía, donde se podía tener la mala suerte de dar con una astilla si uno se deslizaba en ellos.

El agua era de un refulgente azul y los cisnes, de blancura deslumbrante, se deslizaban majestuosamente. El aire, tibio, se movía trémulo. Entonces, de repente, a Algernon le asaltó un pensamiento, una idea tan súbita y alarmante que casi le hizo dar un respingo en el asiento: ¡No había sombras! Miró hacia arriba y tampoco vio sol alguno, sino que todo el cielo brillaba.

—Ahora hablaremos de esas cosas —dijo el Amigo—, porque debo aleccionarte de lo que concierne a este mundo antes que entres en la Casa de Reposo.

—Lo que me llama muchísimo la atención —expresó Algernon— es ese manto amarillo que lleva puesto. ¿Pertenece usted a alguna congregación o sociedad, o a alguna orden religiosa?

—¡Ay, Dios mío! ¡Vaya, las cosas que se te ocurren! ¿Qué importancia puede tener el color de mi manto? ¿Qué puede importar que lleve puesto un manto? Si lo llevo es porque quiero llevarlo, porque me parece apropiado para mí, porque constituye un uniforme para la tarea que desempeño. —Sonrió y luego agregó al par que señalaba las prendas de Algernon—: Tú llevas también un uniforme: pantalones azul oscuro, chaqueta rojo subido y un casco especial en la cabeza. Y, además, un cinturón blanco. ¿Por qué estás vestido de esa manera tan llamativa? Tú te vistes como quieres vestirte, si bien nadie te asignaría aquí tarea alguna a causa de esa manera de ataviarte. Del mismo modo, yo me visto como me corresponde y porque éste es mi uniforme. Pero. . . estamos perdiendo el tiempo. —A Algernon le bastó con eso y, cuando miró en torno, pudo observar a otras personas de manto amarillo que conversaban con hombres y mujeres vestidos con prendas muy exóticas—. Debo decirte —seguía hablando su compañero— que en la Tierra te han informado muy mal respecto de la verdad de la vida y de la verdad de la existencia posterior. Tus orientadores religiosos son una serie de individuos que se han puesto de acuerdo, o un conjunto de anunciantes que pregonan sus propias mercancías y se han olvidado por completo de la verdad de la vida y de la vida posterior. —Miró en torno y, después de una pausa, continuó—: Observa a toda esa gente que anda por aquí: ¿podrías decir quién es cristiano, quién judío, budista o musulmán? Todos son iguales, ¿no es cierto? Y todas las personas que ves en este parque, excepto las de manto amarillo, tienen algo en común: todas se han suicidado.

Algernon se sobresaltó. Si todos se habían suicidado, pensó, entonces era posible que se encontrase en un hogar de insanos y quizás ese hombre de manto amarillo fuese un guardián. Y pensó en todas las cosas extrañas que le estaban sucediendo, que ponían en tensión su credulidad.

—Debes saber que el suicidarse es una falta gravísima. Nadie debe hacerlo. No existen razones que lo justifi-

quen; si la gente supiese lo que debe sufrir después de eso, tendría más sensatez. Este es un centro de atención —prosiguió su compañero— donde a los que se han suicidado se los rehabilita, se los aconseja y se los devuelve a la Tierra en otro cuerpo. En primer lugar, voy a hablarte acerca de la vida en la Tierra y en este plano de la existencia.

Se acomodaron mejor en el asiento. Algernon contemplaba los cisnes que se deslizaban plácidamente en el estanque y observó que en los árboles había multitud de pájaros y ardillas. Y vio, también, no sin interés, que otros hombres y mujeres de manto amarillo conversaban con las personas que tenían a su cargo.

—La Tierra es una escuela de instrucción donde la gente va para aprender por medio de penurias cuando no sabe hacerlo con bondad. La gente va a la Tierra del mismo modo que allí se va a la escuela; y, antes de bajar a la Tierra, las entidades que van a tomar posesión de un cuerpo terrícola reciben asesoramiento acerca del mejor tipo de organismo y de las mejores condiciones que les permitirán conocer lo que han ido a aprender, o, para ser más preciso, a fin de aprender aquello para lo cual en realidad descienden a la Tierra. Porque, por supuesto, se los alecciona antes de partir. Ya lo verás por experiencia propia, de manera que permíteme que te hable de este plano en particular. Aquí estamos en lo que se denomina el bajo astral. Su población está de paso y se halla constituida exclusivamente por suicidas porque, como te he dicho, el suicidio es una falta y quienes incurren en ella son mentalmente inestables. En tu caso particular, tú te suicidaste porque estabas incapacitado para procrear por ser un mutilado; pero para eso fuiste a la Tierra, para soportarlo y aprender a superar ese estado. Con toda seriedad te digo que antes de ir a la Tierra conviniste en que sufrirías esa mutilación, de manera que esto quiere decir que has fracasado en la prueba. Significa que tienes que comenzar de nuevo y pasar otra vez por todos esos padecimientos. . . O más de una vez, si vuelves a fracasar.

Algernon se sentía totalmente abatido. Para él, lo que

había hecho era lo más digno del mundo al terminar con lo que suponía una vida inútil, y ahora le decían que había cometido una falta y que debía expiarla. Pero ya su compañero continuaba hablando.

—Este plano, el astral inferior, está muy cerca del terrestre. Se encuentra lo más bajo posible, pero sin que por ello se pueda volver en realidad a la Tierra. Te pondremos en una Casa de Reposo para llevar a cabo tu tratamiento. Allí se procurará estabilizar tu estado mental, se tratará de fortalecerte para tu definitivo retorno a la Tierra no bien las condiciones lo permitan. Pero aquí, en este plano astral, podrás ir de un lado a otro a voluntad; o, si lo deseas, podrás volar por los aires con sólo pensarlo. Del mismo modo, si llegas a la conclusión de que tu atuendo es absurdo —como por cierto lo es—, puedes cambiar esas ropas con sólo pensar en las que te agradaría llevar.

Algernon pensó en un traje muy lindo que había visto cierta vez en un país tórrido y que recordaba como muy blanco, liviano y de hechura elegante. Hubo de pronto un crujido y, al mirar alarmado hacia abajo, vio que su uniforme se desvanecía y lo dejaba desnudo. Gritó asustado y se puso de pie con las manos en las partes vergonzosas; pero apenas se hubo levantado se encontró con que ya tenía puestas otras prendas: las que él había imaginado. Avergonzado y lleno de rubor volvió a sentarse.

—Aquí verás que no tienes necesidad alguna de comida; con todo, si te asalta algún impulso de glotonería, puedes conseguirla, cualquiera sea la que deseares. No tienes más que pensar en ella y se materializará en el aire. Piensa, por ejemplo, en tu plato preferido.

Algernon reflexionó uno o dos segundos y después pensó en un bistec, patatas asadas, tarta Yorkshire, zanahorias, nabizas, repollo, una buena copa de sidra y un gran cigarro para rematar la comida. No bien lo hubo pensando cuando ante él apareció una forma vaga que se solidificó hasta corporizarse en una mesa cubierta con un inmaculado mantel blanco. Entonces aparecieron también

unas manos que fueron colocando la vajilla frente a él, las fuentes de plata, la cristalería. . . Algernon levantó las tapas una a una y vio la comida que había escogido, cuyo aroma pudo también percibir. Su compañero no hizo más que mover las manos, y tanto la comida como la mesa desaparecieron.

—En realidad no hay ninguna necesidad de estas cosas extravagantes, ninguna necesidad de esta clase vulgar de comida puesto que aquí, en este plano astral, el cuerpo absorbe su alimento de la atmósfera. Como puedes ver, en el cielo no brilla sol alguno, sino que todo el cielo es el que brilla, y de él toman todas las personas el alimento que les hace falta. Aquí no hay gente muy delgada ni muy gruesa, sino que todos son según las exigencias del cuerpo.

Algernon miró en derredor y pudo apreciar que eso era sin duda así: no había personas gordas, no había personas flacas, no había gente muy baja ni excesivamente alta, sino que todos estaban notablemente bien formados. Algunos de los que deambulaban tenían profundas arrugas en la frente porque, sin duda, estaban concentrados pensando en el futuro, doliéndose del pasado y lamentando sus torpes acciones.

—Ahora debemos ir a la Casa de Reposo —dijo su compañero poniéndose de pie—. Seguiremos conversando mientras caminamos. Tu llegada ha sido algo precipitada, y si bien nosotros estamos siempre atentos por si hay suicidas, hacía tanto tiempo que tú lo venías pensando que. . . ¡ay! , nos tomaste bastante desprevenidos cuando te inferiste aquella desesperada cuchillada final.

Algernon se incorporó y siguió de mala gana a su compañero. Lentamente se echaron a andar por el camino que bordeaba al estanque y pasaron junto a pequeños corrillos de gente que conversaba. De tanto en tanto se veía que algún par de personas se levantaba y comenzaba a andar tal como habían hecho ellos.

—Aquí las condiciones son agradables porque en esta etapa del proceso tienes que ser, digamos, reacondicionado para regresar a las penurias y sufrimientos de la

Tierra. Pero recuerda que la vida terrestre no es más que un pestañeo comparada con el Tiempo Real, y que cuando hayas concluido tu vida en la Tierra —y la hayas cumplido con éxito—, verás que no vuelves a este lugar sino que pasarás de largo e irás a otra fase de los planos astrales, es decir, a un plano que depende de lo que hayas adelantado en la Tierra. Suponte que allí vas a la escuela: si meramente pasas el examen, es posible que debas quedarte en el mismo grado; pero si obtienes mejores notas podrás pasar al siguiente, y si alcanzas mención honorífica hasta podrías adelantar dos grados. Lo mismo ocurre en los planos astrales. Puedes salir de la Tierra con lo que llaman "muerte" y ser trasportado a un plano astral determinado; o, si has vivido extremadamente, bien puedes ser conducido a un plano mucho más elevado y, cuanto más alto subas, claro está, las condiciones serán mejores.

Algernon estaba muy entretenido con los cambios de paisaje. Más allá de la zona del estanque penetraron por el claro de una cerca. Ante ellos se extendía un prado hermoso y bien cuidado; un conjunto de personas, sentadas en sillas, escuchaban a alguien que se hallaba de pie y que, como era notorio, pronunciaba una conferencia. No obstante, el compañero no se detuvo sino que prosiguió su camino hasta que al cabo llegaron a una elevación del terreno. Subieron por allí y ante ellos apareció un hermosísimo edificio, no blanco, sino con un ligero tinte verdoso, un color apacible que infundía tranquilidad y paz al espíritu. Llegaron así a una puerta que se abrió automáticamente y entraron en un vestíbulo bien iluminado.

Algernon miraba en torno con enorme interés. Jamás había visto lugar alguno tan hermoso, ni siquiera él, que pertenecía a la clase alta de la sociedad inglesa y pensaba que conocía bastante la belleza de los edificios. Las columnas parecían etéreas y de ese amplio vestíbulo de entrada partían muchos corredores. En medio parecía haber un escritorio circular en torno del cual se hallaban sentadas algunas personas.

—Les presento a nuestro amigo Algernon St. Clair de Bonkers —dijo su acompañante, adelantándose hacia ellas—. Creo que, como lo estaban esperando, le habrán asignado ya su habitación.

Hubo un rápido hurgar de papeles hasta que, al cabo, una joven repuso:

—Sí; así es, señor. Haré que lo conduzcan a su cuarto.

Inmediatamente, un joven se levantó y se dirigió hacia ellos.

—Yo lo acompañaré; por favor, sígame —dijo.

El acompañante de Algernon hizo a éste una leve inclinación de cabeza y luego se volvió para abandonar el edificio. Algernon siguió a su nuevo guía por un corredor muellemente alfombrado hasta llegar a una habitación muy espaciosa en la cual había una cama y una mesa. Anexas a la habitación había otras dos más pequeñas.

—Ahora, señor, tenga la amabilidad de acostarse. En seguida vendrá un equipo de médicos a examinarlo. No puede usted salir de su habitación hasta que el facultativo que se le ha asignado lo autorice. —Sonrió y salió del cuarto.

Algernon miró en derredor y después entró en las otras dos habitaciones. Una parecía un cuarto de estar, provisto de sillas y un confortable sofá; la otra, pues... apenas era un cuarto muy pequeño, de suelo duro, con sólo una silla rústica... y nada más. "¡Oh! Por lo visto no hay aquí cuarto de baño", pensó de pronto; pero al instante advirtió que para qué tendría que haberlo... No había sentido, en realidad, ninguna necesidad de utilizarlo, y quizás en ese lugar nadie tuviese que recurrir a tales instalaciones.

Permaneció de pie junto a la cama pensando qué hacer. ¿Tratar de escapar? Se aproximó a los ventanales y observó que se podían abrir perfectamente; pero cuando trató de pasar... no: alguna barrera invisible se lo impedía. Se sintió poseído de cierto pánico, pero retrocedió hasta la cama y comenzó a quitarse la ropa. "¿Cómo voy a hacer sin ropa de dormir?", pensó entonces; mientras, volvió a oír aquel crujir. Miró hacia abajo y

notó que tenía puesto un largo camisón blanco como los que había usado durante su permanencia en la Tierra. Levantó las cejas lleno de asombro y lentamente, pensativo, se introdujo en la cama. Unos minutos después oyó que alguien golpeaba discretamente a su puerta.

—¡Pase! —dijo Algernon, y entonces entraron tres personas, dos hombres y una mujer, que se presentaron como integrantes del equipo de rehabilitación.

Algernon se asombró de que no hubiera estetoscopio alguno y de que no le tomaran siquiera el pulso, pues aquellas tres personas se sentaron, lo miraron y una de ellas comenzó a hablarle:

—Estás aquí porque has cometido la grave falta de suicidarte, con lo cual todo el tiempo que permaneciste en la Tierra fue vano. De manera que tendrás que comenzar otra vez y soportar nuevas experiencias con la esperanza de que aproveches esta próxima oportunidad y no reincidas.

El hombre continuó diciéndole que se lo sometería a radiaciones tranquilizantes especiales para que recobrase pronto la salud, pues era preciso que retornase lo antes posible a la Tierra. Cuanto antes volviese, más fácil le resultaría todo.

—Pero ¿cómo es posible que vuelva a la Tierra? —exclamó Algernon— Estoy muerto, o al menos mi cuerpo físico está muerto; entonces, ¿cómo consideran ustedes que pueden ponerme de nuevo en él?

—Sí —repuso la joven—; sucede que estás bajo los efectos de graves confusiones a causa de las cosas tan absurdas que te han enseñado en la Tierra. El cuerpo físico no es más que una envoltura que se coloca el espíritu a fin de poder llevar a cabo ciertas tareas inferiores especiales, es decir, con el propósito de poder asimilar ciertas enseñanzas penosas en razón de que por sí solo no puede experimentar vibraciones tan bajas. En consecuencia, debe ponerse una vestidura que le permita captar las cosas. Irás a la Tierra y nacerás de padres que se te han de elegir. Tu nacimiento ocurrirá en condiciones que te permitan extraer el mayor provecho para

tu experiencia en la Tierra; pero recuerda —añadió la mujer— que lo que queremos significarte con eso de extraer provecho no supone necesariamente que se trate de dinero, puesto que algunas de las gentes más espirituales de la Tierra son pobres, en tanto que los ricos suelen ser perversos. Todo depende de lo que cada cual tiene que hacer; y como se estima que en tu caso has fracasado al criarte en un medio de opulencia y bienestar, esta vez tendrás una posición más humilde.

Hablaron durante un rato y Algernon fue captando poco a poco que las circunstancias eran muy diferentes de aquellas en las que le habían llevado a creer. Pronto se dio cuenta de que cristianismo y judaísmo no eran más que nombres, lo mismo que budismo, mahometismo y otras creencias, y de que en realidad sólo existía una religión, una que él aún no llegaba a comprender.

Las tres personas abandonaron la habitación y dentro de ésta la luz se extinguió. Era como si la noche se hubiese cerrado sobre Algernon. Entonces se acostó cómodamente, perdió la noción de todo y durmió, durmió muchísimo, hasta el extremo de no saber cuánto tiempo había pasado. Tal vez hubiesen sido unos minutos, quizás horas, quizá días. Lo cierto es que Algernon durmió y mientras dormía su espíritu se revitalizó y la salud volvió a él.

CAPITULO IV

Cuando despertó, por la mañana, el sol brillaba y los pájaros cantaban en las ramas de los árboles. Pero... ¿brillaba el sol? Sobresaltado, recordó que ésa no era la luz del sol, pues allí no había sol alguno, sino que lo que brillaba era el aire. Apartó las cobijas y apoyó los pies en el suelo. En seguida se aproximó a la ventana y observó que afuera todo estaba tan luminoso y alegre como ayer... ¿Había sido *ayer*? Algernon se hallaba totalmente desorientado, sin saber si había días y noches, puesto que al parecer nada permitía calcular el trascurso del tiempo. Volvió a la cama y se echó sobre las cobijas, con las manos en la nuca, pensando en todo cuanto había sucedido.

Otra vez sonaron unos discretos golpes en la puerta y, al responder, apareció un individuo de aspecto muy grave que daba la impresión de estar perfectamente al tanto de sus propias obligaciones.

—He venido a hablar contigo —le dijo— porque sospechamos que has de tener grandes dudas respecto de la realidad de lo que experimentas.

Algernon colocó sus manos a los costados, y a causa de su adiestramiento en el ejército, adoptó casi la actitud de "atención", como si se encontrara en un hospital militar.

—Todo lo que he visto, señor —repuso—, contradice lo que enseña la religión cristiana. Yo esperaba encontrarme con ángeles, con ángeles que tocaran el arpa. Creí que

iba a ver el cielo y querubines, y en cambio me encuentro con que este lugar bien podría ser un Green Park o un Hyde Park embellecido, o cualquier otro parque bien cuidado. Incluso podría estar sufriendo alucinaciones en el Richmond Park.

—¡Vaya! —dijo sonriendo ese nuevo médico que había llegado a verlo—. No eres un cristiano demasiado ferviente. Si fueras, digamos, católico apostólico romano y realmente *creyeras* en tu religión, habrías visto ángeles cuando llegaste aquí. Y los habrías visto hasta que su presencia engañosa te hubiese llevado a comprender que no eran sino fantasmas, fruto de tu imaginación. Aquí todo es real. Tú eres un experimentado hombre de mundo, y como has sido soldado y has visto de cerca la muerte y la vida, puedes vernos a nosotros tal como en realidad somos.

Algernon meditó en algunas escenas de su pasado.

—¡La muerte! —dijo—. Estoy sumamente intrigado acerca de ella, porque en la Tierra sucede algo tan espantoso que la gente tiene un miedo terrible de morir. Y si hay algo que siempre me ha asombrado mucho es el hecho de que, cuanto más religiosa es una persona, mayor es el terror que siente, incluso ante la mera idea de la muerte. —Sonrió y entrecruzó los dedos— Tengo un amigo muy querido —prosiguió—, ferviente católico, que cada vez que se entera de que alguien está enfermo y próximo a morir, dice siempre que se alegra de que ese pobre hombre se encuentre mejor y tenga tan buena salud. . . Pero, dígame usted, señor —rogó Algernon—, ¿cómo es posible que si hay vida después de la muerte, esa gente tema morir?

El médico sonrió con cierto aire zumbón.

—Pues. . . Yo suponía que un hombre de tu ilustración y experiencia, de tu perspicacia —le dijo—, conocería la respuesta. Pero como evidentemente no es así, permíteme que te lo explique: la gente va a la Tierra para realizar determinadas tareas, aprender ciertas cosas, experimentar ciertas penurias para que el espíritu, el alma o el superyó —llámale como te plazca— se pueda purificar

y fortalecer por esos medios. De manera, pues, que si una persona se suicida, eso constituye un delito contra el programa, contra el orden de las cosas. Y si la gente tuviera idea de lo natural que es la muerte y que no representa más que nacer en otro estado de evolución, estaría ansiosa por morir y todo el sentido de la Tierra y de los demás mundos se perdería.

Este, por cierto, era un nuevo punto de vista para Algernon aunque, claro está, un concepto que no carecía de lógica. No obstante, no se sentía aún satisfecho.

—¿Debo pensar, entonces, que el miedo a la muerte se provoca en forma artificial y es totalmente ilógico? —inquirió.

—Así es, sin duda alguna —respondió el médico—. La naturaleza tiene previsto que todos teman a la muerte, que todos hagan lo posible por preservar su vida a fin de que las experiencias en la Tierra puedan continuar y desembocar en un resultado lógico y predeterminado. Por eso, cuando alguien se suicida, lo que hace es desbaratarlo todo. Ten en cuenta que —añadió—, cuando llega el momento de la muerte natural, por lo común no existe miedo, por lo común no se siente dolor, porque los seres que están en otra esfera del astral pueden advertir cuándo una persona está a punto de morir o —como preferimos decir nosotros— en vísperas de iniciar la transición; y, cuando ese momento se aproxima, se produce cierta anestesia, y en lugar de las angustias de la muerte se tienen pensamientos placenteros, una sensación de calma y la impresió de ir a la verdadera morada.

—¡Oh, eso no puede ser! —exclamó Algernon en un arrebato de indignación—. Los que agonizan suelen retorcerse y debatirse y es evidente que sienten grandes dolores.

—No, no —replicó el médico con un movimiento de cabeza que denotaba desaliento—. Estás en un error. Cuando alguien agoniza no siente dolor, sino que éste cesa. Tal vez el cuerpo se revuelva y se oigan quejidos, pero ésa es una mera reacción espontánea de ciertos nervios que se estimulan. No significa en modo alguno

que la persona sienta dolor. Es común que quien presencia eso no sirva de juez de lo que está sucediendo. La parte consciente que está por penetrar en la transición se divorcia de la parte física, que es el mero ser animal. Es decir. . . Pero, ¡un momento! —se interrumpió—. Cuando tú te suicidaste no sentiste dolor alguno, ¿no es cierto?

Algernon se rascó la barbilla pensativo.

—Pues. . . no. Creo que no —respondió dubitativo—. No recuerdo haber experimentado nada, excepto una extraordinaria sensación de frío y nada más. No, señor; es probable que tenga usted razón, puesto que cuando lo pienso creo que no, que no sentí dolor alguno, sino que me encontré confundido, desorientado.

El doctor sonrió y se frotó las manos.

—¡Vaya; eso es lo que quería oírte decir! —concluyó—. De modo que reconoces que no sentiste dolor alguno, aun cuando, sin embargo, chillabas como un lechón degollado. Y, dicho sea de paso, lo que sucede con el lechón degollado es que el aire de los pulmones sale con fuerza y vibran sus cuerdas vocales de manera tal que emite un formidable berrido. Lo mismo ocurrió con tu reacción: un grito formidable interrumpido por los borbotones de sangre que salían a raudales por el tajo que te habías inferido en la garganta. Y ése fue el alarido que hizo que aquella desdichada mucama entrara en el cuarto de baño.

Todo aquello parecía ya bastante lógico. Algernon comenzaba a darse cuenta de que eso no era ninguna alucinación sino un hecho concreto.

—Sin embargo —dijo—, yo pensaba que al morir, una persona comparecía inmediatamente ante Dios para ser juzgada; que en seguida veía a Jesús e incluso a la sagrada Virgen y a los apóstoles.

El médico meneó la cabeza con desaliento.

—De modo que creíste que ibas a ver a Jesús. . . Dime: suponiendo que hubieras sido judío, que hubieras sido mahometano o que hubieras sido budista, ¿habrías pensado igual que verías a Jesús, o crees tú que el cielo está

dividido en partes diferentes a las que va la gente de cada religión? No; la idea es totalmente absurda, insensata, un gran desatino. La simpleza de los predicadores de la Tierra realmente infecta a la población con sus espantosas leyendas. La gente viene aquí y cree que está en el infierno, pero *no hay* infierno. . . excepto la Tierra.

Algernon dio un respingo. Sentía que su cuerpo se retorcía como en el fuego.

—¡Oh! Pero, entonces, ¿estoy en el cielo? —preguntó.

—No. De ninguna manera —replicó el doctor—. No hay tal. No hay cielo ni hay infierno, pero hay purgatorio. El purgatorio es el lugar donde se purgan los pecados, y eso es lo que estás tú haciendo aquí. En breve comparecerás ante una junta que te ayudará a resolver qué habrás de hacer cuando regreses a la Tierra. Porque tienes que volver a ella para llevar a cabo el plan que tú mismo has elaborado. Para eso he venido aquí ahora, en realidad: para ver si ya estás pronto para presentarte ante la junta.

Algernon sintió que lo acometía el miedo, como si unos dedos helados le recorrieran la espina dorsal. Aquello se le antojaba peor que la junta médica militar, en la que los médicos sondeaban y hurgaban preguntando toda clase de cosas embarazosas respecto a las reacciones de cada uno ante esto o aquello, a cómo es su vida sexual, si es casado, si tiene alguna amiga. . . No; en verdad no podía sentir ningún entusiasmo por comparecer ante la junta. . . ¿una junta *de qué*?

—Bien —respondió—. Supongo que me darán tiempo para que me recupere un poco del gran trauma de haber pasado de la vida a *esto*. Reconozco que, al suicidarme, he venido aquí por propia voluntad, cosa que al parecer es una falta atroz, pero no obstante creo que me concederán algún tiempo para que me reponga y vea qué es lo que quiero hacer. Y ya que lo he mencionado —añadió—, ¿cómo es posible que el suicidio sea una falta tan terrible si la gente no sabe que está incurriendo en ella? Yo siempre creí que si la gente no tiene conciencia de que está haciendo un mal no se la puede castigar por hacerlo.

—¡Oh, qué insensatez! —exclamó el médico— Eres como todos los de tu casta, que piensan que porque provienen de la clase alta tienen derecho a especial consideración. Siempre procuran dar razones. Parece un vicio de los de tu estirpe. Tú sabías perfectamente bien que era malo suicidarse; incluso la forma de religión peculiar de ustedes, según la enseñan allí abajo, les dice que eliminarse es un delito contra la persona, contra el Estado y contra la Iglesia.

Algernon le lanzó una mirada espantosamente hosca.

—Entonces —replicó—, ¿cómo se explica que los japoneses se suiciden cuando les van mal las cosas? Cuando el japonés advierte que ha caído en el desprestigio, se destripa públicamente. Eso es suicidio, ¿no es cierto? ¿No hace, acaso, lo que él cree que debe hacer?

El doctor lo miró compungido.

—En nada altera las cosas el hecho de que en Japón se haya convertido en una costumbre social suicidarse en lugar de enfrentar las contrariedades. Escúchame, permíteme que meta bien esto en tu subconsciente: el suicidio *jamás* es bueno; el suicidio es *siempre* un delito. No hay circunstancias atenuantes de ninguna especie que lo justifiquen. Incurrir en él significa que el individuo no ha evolucionado lo suficiente como para continuar aquello que ha tomado a su cargo por propia voluntad. Pero no perdamos más tiempo —añadió—. No estás aquí de vacaciones; estás para que te ayudemos a aprovechar lo mejor posible tu próxima vida en la Tierra. ¡Ven!

Sin más, se levantó y se plantó frente a Algernon, que gemía de manera lastimera.

—Pero, ¿no van a dejar siquiera que me bañe? ¿No van a permitir que desayune antes de llevarme?

—¡Qué tonterías! —exclamó irritado el médico— Aquí no hay necesidad de bañarse ni hace falta comer. Ya se encarga la atmósfera misma de mantenerte limpio y de alimentarte. Me planteas cosas porque al parecer no eres muy hombre. Lo que buscas es eludir todas tus responsabilidades. ¡Ven conmigo!

El médico se volvió y encaminóse hacia la puerta.

Algernon se puso lentamente de pie y de muy mala gana lo siguió. A poco doblaron a la derecha y entraron en un jardín que Algernon no había visto antes. La atmósfera era maravillosa, pájaros que volaban y multitud de animales echados por todas partes. Después, a la vuelta de una esquina, apareció otro edificio. Por las agujas parecía una catedral; pero esta vez, en lugar de una rampa para subir, había muchísimos escalones. Subieron por ellos y llegaron a las frías puertas de una sólida construcción. La entrada estaba ocupada por muchas personas; había también gente sentada en cómodos bancos distribuidos a lo largo de las paredes. En medio del vestíbulo se veía un escritorio —al parecer para atender a las personas—, circular como el anterior, si bien esta vez lo ocupaban individuos de edad mucho más avanzada. El doctor condujo a Algernon hasta allí y dijo:

—Hemos venido a presentarnos ante el Consejo.

Uno de los asistentes se levantó.

—Acompáñenme, por favor —dijo, y el médico y Algernon lo siguieron.

A poco de andar por un corredor doblaron a la izquierda y entraron en una antecámara.

—Esperen aquí, por favor —pidió el asistente, y se adelantó para llamar a una puerta. Cuando desde el interior le respondieron, entró y la puerta se cerró tras él. Desde adentro llegaba un débil murmullo.

Unos instantes después reapareció el asistente y mantuvo la puerta abierta.

—Ya pueden entrar —dijo.

El médico se levantó, tomó a Algernon del brazo y lo condujo al interior.

Al entrar en la sala, Algernon se detuvo asombrado en un arranque involuntario. Aquél era, por cierto, un salón de grandes dimensiones en medio del cual había un globo que giraba lentamente, una esfera azul y verde. Por instinto, Algernon comprendió que se trataba de una representación de la Tierra. Se sintió fascinado e intrigado, a la vez, al notar que ese globo terráqueo giraba sin sostén visible alguno. Le parecía estar en el espa-

cio contemplando la Tierra iluminada por un Sol invisible.

Había también una gran mesa, muy pulida y con intrincadas tallas, a uno de cuyos extremos se hallaba sentado un hombre anciano, de cabellos y barba entrecanos. Parecía bondadoso, aun cuando a la vez daba la impresión de ser severo. Daba la sensación de que, llegado el momento, podía ser una persona muy dura.

Algernon echó una mirada fugaz y le pareció que había ocho personas más sentadas en torno a la mesa, cuatro hombres y cuatro mujeres. El doctor lo condujo a un asiento situado en un extremo de la mesa y Algernon pudo observar que ésta se hallaba dispuesta de una manera y tenía una forma tal que los demás podían verlo sin volverse siquiera en sus asientos; por un instante pensó en qué artesano habría podido llevar a cabo tan intrincada geometría.

—Presento a ustedes a Algernon St. Clair de Bonkers —dijo el médico—. Hemos comprobado que ha llegado a un estado de restablecimiento que le permitirá aprovechar bien vuestros consejos.

El anciano que ocupaba la cabecera de la mesa hizo un leve ademán para que todos se sentaran.

—Algernon St. Clair de Bonkers —comenzó en seguida—: estás aquí porque has incurrido en la falta de suicidarte. Te has eliminado pese a los planes que te habías trazado y en violación de la Ley Suprema. ¿Quieres decir algo, antes, en tu propia defensa?

Algernon se aclaró la garganta temblando.

—¡Ponte de pie! —le dijo por lo bajo el doctor, inclinándose hacia él.

Se levantó a regañadientes.

—Si me comprometí a realizar determinada tarea —comenzó con tono altanero—, y si las circunstancias, que yo no elegí, me impedían ponerla en ejecución, como dueño de mi propia vida tenía todo el derecho de acabar con ella si tal era mi deseo. Yo no resolví venir a este lugar. Todo cuanto quise fue terminar con mi existencia. —Dicho esto volvió a sentarse con enérgica arrogancia.

El médico lo miró apesadumbrado, en tanto que en los ojos del anciano que ocupaba la cabecera se advertía una gran tristeza. Los demás, es decir, los cuatro hombres y las cuatro mujeres, lo miraron con compasión como si ya hubieran oído eso anteriormente.

—Tú te trazaste un plan —intervino entonces el anciano—, pero tu vida no te pertenece. Tu vida es de tu superyó, es decir, de eso que llamas alma; de manera que has ofendido a tu superyó con tu contumacia y tu descabellada manera de privarlo de su "muñeco". Por eso tendrás que retornar a la Tierra y volver a vivir toda una vida; pero esta vez ten cuidado de no suicidarte. Ahora falta resolver qué momento será más oportuno para que regreses a la Tierra, así como las condiciones que más habrán de convenirte y qué padres apropiados podremos encontrar para ti.

Hubo un revolver de papeles y uno de los integrantes del grupo se incorporó para aproximarse al globo terráqueo. Permaneció unos instantes mirándolo sin decir nada hasta que al fin, siempre en silencio, volvió a su lugar y asentó unas notas en sus papeles.

—Algernon —dijo el anciano—: al ir a la Tierra lo hiciste en inmejorables condiciones. Llegaste al seno de una familia de rancio abolengo donde todo cuanto necesitabas te fue proporcionado. Has disfrutado de todas las consideraciones posibles. En cuanto a dinero, ése no ha sido precisamente un obstáculo para ti y, en lo que se refiere a educación, ha sido la mejor que se te podía dar en tu país. Sin embargo, ¿has pensado en el mal que has hecho en tu vida? ¿Has reparado en tu brutalidad, en la forma en que acostumbrabas acosar a tus servidores? ¿Has pensado en las doncellas que sedujiste?

Algernon se puso de pie indignado.

—¡Señor! —exclamó con vehemencia— Siempre se me dijo que las doncellas estaban para que el soltero de la casa se sirviera de ellas, para que fueran sus juguetes, para iniciarse en las cuestiones sexuales. ¡Nada malo he hecho, aunque hayan sido muchas las mucamas que he seducido!

Se volvió a sentar presa de una gran excitación.

—Algernon —prosiguió el anciano—, tú sabes bien, sabes que la posición, como tú la consideras, es algo meramente artificial. En tu mundo, el hecho de que alguien sea de fortuna o provenga de una familia de estirpe y acaudalada hace que disfrute de una serie enorme de ventajas. En cambio, la persona pobre que se ve obligada a trabajar al servicio de alguna de esas familias no disfruta de beneficio alguno y se la trata como a seres inferiores. Tú conoces la ley tan bien como todos, puesto que has vivido mucho y llevas en tu subconsciente esos conocimientos.

Una de las mujeres que estaban sentadas a la mesa frunció los labios como si acabara de sentir un gusto extremadamente amargo.

—Quiero dejar constancia —dijo ceremoniosa— de que, según mi opinión, este joven debe recomenzar su vida en un ambiente humilde. Ha tenido todo a su disposición y considero que debe empezar de nuevo en calidad de hijo de algún modesto mercader o, quizá, de un pastor.

Algernon se levantó hecho una furia.

—¡Cómo se atreve a decir cosas semejantes! —aulló— ¿No sabe usted, acaso, que por mis venas corre sangre azul? ¿No sabe usted que mis antepasados estuvieron en las Cruzadas? Mi familia es una de las más respetadas. . .

En mitad de su verborragia, empero, el anciano lo interrumpió.

—¡Vamos, vamos! —le dijo— No quiero discusiones aquí. No te servirán de nada bueno, sino que sólo habrán de constituir un peso más que tendrás que sobrellevar. Estamos tratando de auxiliarte y no añadir nada a tu karma: ayudarte a aligerarlo.

—Pues yo no estoy dispuesto a tolerar que nadie diga nada de mis antepasados —prorrumpió Algernon rudamente—. Supongo que los suyos —añadió furioso, señalando con el dedo a la mujer que había hablado— deben de haber regenteado algún burdel, una casa de citas o algo por el estilo, ¡qué caray!

El médico asió fuertemente a Algernon de un brazo y lo obligó a sentarse.

—¡Cállate la boca, mequetrefe! —le dijo— ¡Sólo haces cosas que son mucho peores para ti! Todavía no sabes un ápice acerca de todo esto, así que ¡cállate y escucha!

Algernon se apaciguó pensando en que sin duda debía de encontrarse en el purgatorio, como ya le habían dicho, y se dispuso a escuchar al presidente de la reunión.

—Algernon —dijo éste—; nos tratas como si fuésemos tu enemigos, pero no es así. Tampoco estás aquí en calidad de huésped de honor. . . Lo sabes. Has cometido un delito, de modo que, antes de seguir adelante, en todo esto hay una cosa que quiero dejar claramente establecida: eso de que por las venas corra sangre azul no es verdad, ni tampoco que se herede la clase, la casta o el nivel social. Te han hecho un lavado de cerebro y estás confundido por las leyendas y cuentos de hadas que te han relatado. —El anciano se detuvo un momento para beber un sorbo de agua y, después de echar una mirada a los integrantes de la junta, prosiguió—: Debes tener muy, pero muy presente que hay entes de muchísimos mundos, de muchísimos planos de la existencia, que bajan a la Tierra —que es uno de los mundos inferiores— para aprender con padecimientos lo que al parecer no pueden aprender con bondad. Y cuando alguien va a la Tierra adopta el cuerpo que más conviene para el cumplimiento de su misión. Si fueras actor comprenderías que no eres sino un hombre, ese actor al que se puede llamar para que represente muchos papeles a lo largo de su vida. Así pues, como actor, en tu vida tendrías que caracterizarte a veces de príncipe, de monarca o de mendigo. En el papel de rey tendrías que simular que por tus venas corre sangre de la realeza, pero eso sería sólo ficción. En el mundo de la farándula no hay quien no lo sepa. Algunos actores se posesionan tanto —como has hecho tú— que en realidad creen ser príncipes o reyes y jamás quieren ser mendigos. Ahora bien, quienquiera que seas, sea cual fuere tu grado de evolución, si has venido aquí es porque

has cometido el delito —puesto que en realidad lo es— de suicidarte. Y has venido a expiarlo. Has venido para que nosotros, que estamos, en contacto con los planos superiores así como con la Tierra, señalemos cuál es la mejor manera de llevar a cabo esa expiación.

Algernon no se sentía feliz en absoluto.

—¿Cómo podía yo saber que no había que suicidarse? Y, por otra parte, ¿no se suicidan acaso los japoneses por cuestiones de honor? —inquirió, todavía con gran aspereza.

—El suicidio jamás es admisible —repuso el presidente—. Tampoco se justifica que los bonzos o los sintoístas se prendan fuego, se abran el vientre o se arrojen por un despeñadero. El hombre jamás debe contravenir las leyes del universo. Ahora, escúchame. —El presidente estudió unos papeles y continuó—. Tenías que vivir hasta determinada edad, pero como has puesto fin a tu vida terrenal treinta años antes, tendrás que volver a la Tierra para vivirlos y morir al cabo de ellos. Es decir, que ambas vidas, la que has truncado y aquélla a la cual ahora has de ir, constituyen meramente una. . . ¿cómo diré. . .? Digamos una lección escolar. —Una de las mujeres levantó la mano para llamar la atención del presidente— ¿Sí, señora? —dijo éste— ¿Desea formular algún comentario?

—Sí, señor —repuso la aludida—. Considero que este hombre no se da cuenta en absoluto de su situación, pues supone que es inmensamente superior a todos los demás. Creo que quizá conviniese hablarle de las muertes que causó, recordarle un poco más su pasado.

—Sí, claro; pero como usted bien sabe —repuso algo irritado el presidente—, él va a observar su pasado en el Palacio de las Memorias.

—Pero, señor presidente —insistió la mujer—; el período del Palacio de las Memorias es posterior, y lo que deseamos es que este hombre nos escuche ahora con serenidad. . . si tal cosa es posible para él —concluyó, echando una torva mirada a Algernon—. Opino que ahora habría que decirle algo más acerca de su situación.

El presidente suspiró, se encogió de hombros y dijo:
—Muy bien; si su deseo es ése, alteraremos la rutina. Sugiero que llevemos ahora a este hombre al Palacio de las Memorias a fin de que pueda ver todo cuanto hace que no nos sintamos complacidos en modo alguno por lo que él considera sus hazañas.
Hubo un rumor de sillas que se corren y los integrantes de la Junta se pusieron de pie.
—¡Vamos! Tú lo has querido —dijo el médico a Algernon poniéndose de pie, a su vez, no sin cierto desaliento.
Algernon miraba muy indignado a unos y otros.
—¡Vaya! —dijo con voz tonante— Yo no he pedido ir a ese lugar. No entiendo a qué viene toda esta alharaca. Si tengo que regresar a la Tierra, déjenme ir y sanseacabó.
—Te acompañaremos al Palacio de las Memorias —le dijo el presidente— para que puedas ver todos los hechos de tu vida anterior. De ese modo podrás juzgar si estamos abusando de nuestra autoridad, como al parecer supones, o si somos indulgentes contigo. ¡Vamos!
Dicho esto se volvió y encabezó la marcha por la amplia sala hacia el exterior.
Afuera, en aquel fresco espacio abierto, la atmósfera era vivificante y los pájaros y las inofensivas abejas iban de un lado a otro emitiendo sus sonidos característicos. Allí no había insectos que picaran ni que molestasen, sino que todos ellos se sumaban a lo que podría llamarse la música natural del ambiente.
El presidente y todos los miembros de la junta iban adelante, "como en una excursión escolar" —pensaba Algernon—, "salvo que éste no es un paseo para mí".
—Por lo visto usted es mi carcelero, ¿eh? —le dijo al doctor mirándolo de soslayo, pero éste no respondió. En cambio, tomó a Algernon con más firmeza del brazo y ambos prosiguieron andando.
Cuando a poco llegaron a otro edificio, Algernon exclamó al verlo:
—¡Oh, es el Albert Hall! ¿Cómo hemos venido a dar a Londres?

—No; no es el Albert Hall —dijo riendo el doctor, pues eso en realidad lo divertía—. Fíjate en la arquitectura, que es diferente. ¡Este lugar es *hermoso!*

Ya en el interior del palacio pudo observar que, como había dicho el médico, era "hermoso". El presidente lo condujo por él y Algernon dedujo que, a juzgar por el tiempo que llevaban caminando, debían de hallarse en el corazón mismo del edificio. En ese momento se abrió una puerta. Algernon jadeó y se echó hacia atrás con tanta presteza que fue a dar contra el médico.

—¡Oh, no! —dijo éste, riendo— No creas que es el borde del universo; no te puedes caer. Es algo perfectamente normal. Ten ánimo, que no hay peligro alguno.

El presidente se volvió hacia Algernon.

—¡Adelante, joven, adelante! —le indicó— Ya sabrás cuándo detenerte. Y presta mucha atención.

Algernon permaneció un momento inmóvil, pues realmente temía precipitarse por el borde del universo y caer entre las estrellas que había a sus pies. Entonces sintió que algo lo impulsaba decididamente por la espalda y lo hacía avanzar, después de lo cual ya no pudo detenerse.

Caminaba empujado por alguna fuerza que no alcanzaba a comprender, y mientras avanzaba advertía sombras, formas y colores que se deslizaban alrededor de él. Las sombras paulatinamente fueron tomando cuerpo hasta que al fin se encontró con algo que le obstruía el paso y tuvo que detenerse, esta vez también sin intervención alguna de su voluntad. Miró en torno algo confundido y entonces oyó una voz que le decía: "Entra". Una vez más, sin que mediase ninguna iniciativa consciente de su parte, Algernon avanzó y atravesó lo que le había parecido un muro inexpugnable. Experimentó entonces una tremenda sensación traumática de caída y le pareció que se le desprendía el cuerpo. Ante él apareció una escena en la que una enfermera traía a un bebé que acababa de nacer. Un hombre de aspecto cruel miraba a la criatura, pero de pronto se atusó los bigotes y dijo a la enfermera: " ¡Ejem! Es una criatura horrible, ¿no es cierto? Parece

más una rata ahogada que una persona. Está bien, enfermera, puede llevárselo". La escena se desvaneció y después se vio en un aula donde un profesor le dictaba clases. Observó las viles burlas que solía hacerle y que aquél no podía evitar demasiado porque su padre era un aristócrata extremadamente autoritario que a los preceptores, gobernantes y demás personal los consideraba ciervos indignos de toda consideración. Algernon contemplaba horrorizado algunas de las cosas que había hecho y que ahora lo hacían enrojecer.

La escena volvió a cambiar y entonces se vio ya un poco mayor, más o menos de catorce años (calculó que tendría entre catorce y quince), espiando furtivamente desde la puerta de una habitación apartada de la mansión. En ese momento acertó a pasar por allí una mucama joven y bonita. Algernon se agazapó y, cuando la tuvo cerca, se le echó encima, la asió del cuello y la arrastró al interior del cuarto. Sin soltarla para que no gritase, cerró en seguida con llave y le arrancó la ropa. Algernon enrojeció al pensar en lo que había hecho. En ese instante la escena volvió a cambiar y se vio en el despacho de su padre, donde también se encontraba la doncella anegada en lágrimas. Su padre se atusaba los bigotes mientras escuchaba el relato de la muchacha, hasta que al fin prorrumpió en una risotada.

—¡Por todos los cielos, mujer! —le dijo— ¿No comprendes que un joven noble debe tener sus experiencias sexuales? ¿Para qué crees tú que estás aquí? Si no puedes aceptar una cosa tan insignificante como ésta, ¡fuera de mi casa! —Levantó la mano con un gesto imperioso y abofeteó a la muchacha en pleno rostro. Esta se volvió y salió corriendo de la habitación hecha un mar de lágrimas. Después, el padre se dirigió a su hijo—. ¡Ejem! Así que se ha iniciado usted, jovencito, y ya ha dejado de ser virgen. . . ¿eh? Pues bien, prosiga y hágalo como es debido; practique, que quiero ver muchos niños saludables en esta casa antes de dejar este mundo. —Dicho esto, despidió a Algernon con un ademán.

La escena cambió varias veces más: Eton, remando en

el río; Oxford, el ejército, los ejercicios. . . y, después, la travesía por mar, la guerra contra los bóers.

Algernon observaba horrorizado las secuencias; se veía dando órdenes a sus hombres para que liquidaran a una familia aterrorizada e indefensa que todo cuanto había hecho era no entender una orden en inglés porque no sabían hablar más que el africano. Vio los cadáveres tirados en una zanja a la orilla del camino y se vio riéndose insensiblemente cuando a una muchacha le atravesaban el abdomen de un bayonetazo y la arrojaban a un costado.

Las escenas continuaban. Algernon se sentía bañado por un sudor frío, enfermo y con extraordinarias ganas de vomitar, pero no podía. Contemplaba todas aquellas muertes. . . setenta, setenta y cuatro, setenta y ocho. . . Setenta y ocho muertes; y después, cuando estaba por matar al septuagésimo noveno hombre, sobrevino aquel disparo que lo privó de su hombría.

Las escenas se sucedieron hasta que, al parecer, ya no tuvieron sentido para él. Entonces tambaleó, se apoyó contra una pared y, sin que mediara ningún movimiento consciente de su parte, se encontró de nuevo junto al doctor y a los miembros de la junta, quienes lo miraron con aire zumbón. Por el semblante del presidente pasó en un instante un destello de compasión, no obstante lo cual sólo dijo:

—Bien; prosigamos las deliberaciones.

Dicho esto se volvió y se dirigió a la salida del Palacio de las Memorias para retornar a la sala de reuniones.

—Acabas de presenciar algunos hechos de tu vida —le dijo entonces—. Ya has visto que, sea azul o roja tu sangre, has incurrido en multitud de delitos que concluyeron con el de tu suicidio. Ahora debemos determinar —o, mejor, ayudarte a ti a determinar— qué medio será el más adecuado para purgar el daño que has hecho con motivo de la iniquidad que es la guerra y el delito que has cometido al suicidarte. ¿Tienes alguna noción respecto de qué quisieras ser?

Algernon se sentía peor que nunca, muy abatido y

vacilante. Se tomó la cabeza entre las manos y apoyo los codos en la mesa. En la sala reinaba un silencio absoluto. Permaneció así durante un lapso indefinido, pensando en todo lo que había visto o, peor todavía, en todas las cosas que había visto respecto de sus acciones, y meditando en qué podría ser en lo futuro.

Se le ocurrió que tal vez podría ser cura, sacerdote, quizás obispo y que, con un poco de influencia, hasta podría llegar a arzobispo. En ese momento, empero, sin que supiese de dónde, le llegó una negativa tan imperiosa que tuvo que cambiar de idea inmediatamente.

Tal vez veterinario, pensó. Pero no, su amor por los animales no llegaba a tanto y tampoco esa actividad era de gran jerarquía. Porque, pensó, para alguien de su estirpe era descender mucho ser un mero veterinario.

No sabía por qué, pero tenía la impresión de que había risas contenidas, risas que se burlaban de él y que querían significar que todavía andaba por un camino equivocado. Entonces pensó en que podría ser médico, un buen profesional para atender a la nobleza, y que posiblemente pudiese salvar setenta u ochenta vidas en su carrera y de ese modo tener limpio su legajo para comenzar otra existencia al cabo de aquélla que tenía pendiente.

Se hallaba en estas cavilaciones cuando uno de los hombres, que todavía no había hablado, intervino.

—Hemos estado observando tus pensamientos en este globo —dijo, al par que le señalaba un globo que estaba metido en la mesa y que Algernon no había visto hasta ese momento porque se hallaba cubierto. El globo brillaba al mostrar los pensamientos. Al darse cuenta de que todo cuanto había pensado lo revelaba ese artefacto, Algernon enrojeció mucho, con lo cual la imagen que reflejaba el globo también se puso muy encarnada.

—Sí —dijo el presidente—; puedo aconsejarte sin retaceos que seas médico, pero en modo alguno te recomiendo que te dediques a la alta sociedad. El plan que te propongo en tu caso es éste —añadió mientras revolvía unos papeles—: Has matado y mutilado a los demás. . .

—¡No! —interrumpió Algernon poniéndose de pie— Yo no he matado ni he mutilado. . .

—Sí —le cortó el presidente—; con tus órdenes has matado y mutilado, y esa culpa es tanto tuya como de las personas que en realidad ejecutaron los actos. Pero ahora hablo yo, y mejor será que me escuches con atención porque no volveré a repetir lo que digo. Serás médico, pero en un barrio pobre para que puedas atender a los indigentes, y comenzarás tu vida en un medio humilde, de modo que ya no pertenecerás a la aristocracia sino que habrás de abrirte camino por ti mismo. Y al cumplirse el trigésimo año de esa vida, tu existencia concluirá y volverás aquí si vuelves a suicidarte. . . o, en caso contrario, irás a un plano más alto del astral donde se te preparará con arreglo a lo bien que te hayas conducido en la vida que estás en vísperas de empezar.

Durante un momento hubo una gran discusión, pero el presidente golpeó con el mazo sobre la mesa.

—Volveremos a reunirnos —dijo— para determinar quiénes serán tus padres, el lugar en que has de nacer y la fecha correspondiente. Entre tanto, puedes volver a la Casa de Reposo. ¡se levanta la sesión!

Algernon y el doctor echaron a andar entristecidos por los senderos del parque sin pronunciar palabra alguna hasta que, cuando llegaron a la Casa de Reposo, aquél lo condujo a una habitación apropiada.

—Después, cuando me lo ordenen, vendré por ti —le dijo, y con un leve movimiento de cabeza se volvió y abandonó el cuarto.

Algernon se sentó en una silla con la cabeza entre las manos pensando en aquel cuadro de aflicciones, en todo lo que había visto, en todo lo que había hecho. . . Y se dijo: "¡Vaya! Si así es el purgatorio, ¡gracias a Dios que no hay infierno! "

CAPITULO V

Algernon se revolvía los cabellos con los dedos crispados. Se sentía realmente muy infeliz. Sí; por supuesto se había suicidado. Lo había hecho; pero bien que lo estaba pagando y lo pagaría todavía más. Allí, sentado, se preguntaba dónde y cómo habría de acabar todo aquello, mientras repasaba en su mente cuanto había ocurrido desde su arribo a ese plano, el del purgatorio.

"Así que está mal ser aristócrata, ¿eh? Así que está mal ser de sangre azul, ¿no? ", se decía en voz alta mirando al suelo con el ceño fruncido. Pero en ese momento oyó que la puerta se abría y se volvió para mirar. Al ver quién entraba —una enfermera sumamente atractiva— se puso de pie con el rostro radiante como un sol.

—¡Ah! —exclamó alborozado— ¡Un ángel que viene a sacarme de este lugar sombrío! —Contempló a la enfermera con no disimulada avidez y agregó—: ¡Qué pulcritud para un sitio como éste! ¡Qué. . .!

—¡Alto! —lo interrumpió la enfermera— Soy totalmente inmune a sus halagos. Ustedes, los hombres, son todos iguales y piensan nada más que en una cosa cuando llegan a este plano. Pero puedo asegurarle que nosotras, las mujeres, estamos bastante hartas de todos los lazos que pretenden tendernos. De manera que ¡siéntese! Tengo que hablar con usted y llevarlo a otro lugar. Antes que nada, sin embargo, debo decirle que no pude evitar oír lo que estaba murmurando cuando llegué.

—¡Después de usted, señorita! —rogó Algernon con suma galantería.

La enfermera se sentó y Algernon se apresuró a ocupar un lugar junto a ella. Esta, sin embargo, retiró en seguida su asiento de manera de colocarse frente a él, lo cual a Algernon le incomodó mucho.

—Muy bien, Cincuenta y Tres —comenzó a decirle, pero él levantó una mano.

—Se equivoca usted, señorita —corrigió—; yo no soy Cincuenta y Tres. Soy Algernon Saint Clair de Bonkers.

La enfermera inspiró con fuerza y meneó la cabeza.

—¡No sea usted necio! —replicó ella— Ahora no está en una función, sino en lo que podríamos llamar un entreacto en este plano. —Levantó una mano para impedir que él replicase y prosiguió—: Hay dos cosas en particular de las cuales quiero hablarle primeramente. Una de ellas es que usted no es aquí Algernon no sé qué, sino el número cincuenta y tres. Es casi un condenado, pues es culpable del delito de suicidio, y aquí se lo llama a usted por las últimas dos cifras de su frecuencia básica que, en su caso, forman ese número.

El pobre Algernon se sentía confundido.

—¿Frecuencia básica? —preguntó—. La verdad es que no entiendo nada de lo que dice. No tengo la más remota idea qué es lo que quiere significar. Yo me llamo Algernon y no Cincuenta y Tres.

—Mucho es lo que le falta aprender, joven —replicó la enfermera con cierta acrimonia—. Al parecer, es usted bastante ignorante para ser un individuo que afirma que su sangre pertenece casi a la realeza. Veamos esto en primer lugar. Por lo que parece, usted supone que, como para una función especial en la Tierra fue necesario que tuviera un título nobiliario, debe llevarlo también aquí. ¡Pues, no!

—¡Oh! —estalló Algernon— Usted es comunista o algo así; porque si piensa que nadie tiene que tener un título, ése es uno de los principios del comunismo. . . ¡todos los hombres son iguales!

La enfermera suspiró con resignada exasperación.

—¡Vaya que es usted ignorante! —exclamó hastiada— Permítame que le diga redondamente que el comunismo es un delito cuando menos idéntico al suicidio; porque si cuando una persona se suicida comete un crimen contra sí misma, el comunismo es un crimen contra toda la especie, un crimen contra la humanidad. Es, en realidad, un cáncer en el cuerpo del mundo. No estamos a favor del comunismo que, con el tiempo —después de mucho tiempo—, será aplastado, puesto que se funda en falsos principios. Pero no nos apartemos de nuestro tema. —Después de mirar unos papeles que tenía en la mano levantó la cabeza y encaró directamente a Algernon—. Tenemos que sacarle esa idea nefasta de la cabeza —dijo— de que, como en un momento tuvo algún título, habrá de tenerlo siempre. Veamos las cosas según se las ve en la Tierra. Piense en aquel escritor que descendió a ese mundo, hace tiempo, y que se llamaba Shakespeare. Escribió tragedias que usted conoce muy bien y hay gente que encarna a sus personajes. Algunas veces el retratado es un villano; otras, un rey. Pero con toda franqueza le diré que la gente se reiría hasta el escarnio si un actor, por haber representado al rey en *Hamlet*, siguiera creyendo toda su vida que en realidad continúa siendo rey. La gente va a la Tierra a representar en la comedia de la vida el papel particular que le permita compenetrarse de las tareas que debe conocer; pero, una vez que las ha asimilado y retorna al mundo astral, se desprende, por supuesto, de su imaginaria identidad y vuelve a tomar la que le es propia, que es la determinada por su superyó.

Algernon —o, mejor dicho, el Cincuenta y Tres, como sería en adelante— se estremeció.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó— Realmente detesto a las marisabidillas. Cuando una muchacha bonita empieza con prédicas y cátedras, mis emociones se desvanecen por completo.

—¡Oh, vaya; qué bien! —replicó la mujer— Porque sus intenciones no me agradaban en absoluto. Me alegra, por cierto, haber aplacado su evidente concupiscencia.

Volvió a consultar sus anotaciones y a confrontar sus papeles.

—Lo han enviado a usted a una casa de reposo que no es la que corresponde —prosiguió—. Tengo, pues, que llevarlo a otra donde la permanencia es provisional, dado que debe usted retornar a la Tierra lo antes posible. Aquí, en realidad, está de paso, y poco es lo que podemos hacer por usted, como no sea trasferirlo cuanto antes. Tenga la bondad de venir conmigo.

Dicho esto se levantó y se encaminó hacia la puerta. Cincuenta y Tres —ex Algernon— se apresuró a tomar la delantera y mantuvo la puerta abierta con una reverencia levemente burlona.

—Después deusted, señora; después de usted —dijo.

La enfermera pasó con aire muy digno y fue a dar contra el médico, que en ese momento estaba por entrar.

—¡Oh, perdone usted, doctor! ¡No lo había visto! —exclamó.

—¡No es nada, enfermera, no es nada! Venía a buscar al número Cincuenta y Tres porque la Junta desea verlo nuevamente. ¿Tiene algo que decirle antes?

—No —repuso la enfermera sonriendo—. Será un placer deshacerme de él. Es un hombre bastante atrevido para la situación en que se encuentra. He procurado hacerle entender que aquí no cuenta la sangre azul, sino que es apenas un poquito mejor que la comunista. Pero, doctor —se apresuró a agregar—; después que la Junta haya concluido, habrá que conducirlo a la Casa de Tránsito. Se han confundido las órdenes y creo que por eso lo trajo usted aquí. ¿Puede usted disponer que lo lleven a la Casa de Tránsito?

—Sí, enfermera —dijo el médico con un movimiento de cabeza—; yo me encargaré de eso. —Después se dirigió al Cincuenta y Tres para decirle—: ¡Vamos, que se hace tarde!

En seguida se volvió y se encaminó por un corredor que Algernon —es decir, Cincuenta y Tres— no había visto hasta ese momento. El pobre, muy abatido, musitaba: "¿El purgatorio? Si es, estoy seguro de que cuan-

do salga de aquí voy a tener unos cuantos centímetros menos de estatura. ¡Ya casi me he gastado hasta las rodillas caminando! ”

El médico, que alcanzó a oír esas murmuraciones, rio de buena gana.

—Sí, sin duda —replicó—. Serás mucho más pequeño cuando te vayas de aquí, tanto como un bebé dentro de su madre. . .

Cuando llegaron a una entrada, después de doblar por un largo corredor, hallaron a dos guardias sentados uno a cada lado.

—¿Es el Cincuenta y Tres? —preguntó uno de ellos.

—Sí. ¿Nos va a acompañar usted?

—Yo soy quien va a acompañarlos —repuso el de la derecha poniéndose de pie—, así que no perdamos más tiempo.

El guardia echó a andar a toda prisa por el corredor y ambos tuvieron que apretar bastante el paso para seguirlo. Anduvieron un largo trecho, pero Cincuenta y Tres se sentía espantado al notar que, por mucho que caminaran, aquel corredor parecía prolongarse indefinidamente. Llegaron así a una bifurcación. El guardia —o guía, pues el Cincuenta y Tres no sabía bien qué era— tomó hacia la izquierda y siguió un trecho más hasta que al fin golpeó en una puerta y se hizo a un lado. “Adelante”, dijo una voz desde el interior, y el guardia abrió la puerta para ceder el paso al doctor y al Cincuenta y Tres. Detrás entró él.

—Ven, siéntate aquí —dijo la voz, y el Cincuenta y Tres avanzó para hacer lo que se le indicaba—. Ahora vamos a hablar acerca de tu futuro. Deseamos que regreses a la Tierra lo antes posible, en el momento compatible con las funciones biológicas de alguna mujer.

El Cincuenta y Tres observaba en torno, encandilado por la luminosidad del edificio que en verdad era de una claridad deslumbrante y tenía muchas luces que producían destellos. No sin cierto asombro vio que una de las paredes parecía de vidrio esmerilado y que a intervalos pasaban rápidamente por ella algunas luces de colores

que fluctuaban y se desvanecían. Advirtió que se hallaba en un salón nada semejante a cuantos había visto hasta entonces, de una austeridad parecida a la de las salas de las clínicas y de un color, no ya blanco, sino verde pálido muy apacible. Cerca de él se hallaban cinco o seis personas —no pudo contarlas con exactitud— vestidas con trajes verdosos. No podía saber cuántas eran porque parecía que por momentos entraban unas en tanto que otras salían, pero de cualquier manera no era ése el momento de reparar en trivialidades, pues ya el Principal había vuelto a tomar la palabra.

—He estudiado y considerado con suma atención la información que se me ha proporcionado. He indagado profundamente en tu pasado —el pasado anterior a tu descenso a la Tierra— y veo que, si bien según tus propias luces has hecho todo bastante bien allí, según las costumbres y los penates de la real vida has sido un fracaso y terminaste de serlo al caer en el delito del suicidio. De modo que ahora queremos ayudarte.

El Cincuenta y Tres se sentía sumamente irritado y no pudo evitar un arranque de furor.

—¿Ayudarme? ¡Vaya, ayudarme! Desde que llegué aquí no han hecho más que criticarme, no han hecho más que reprenderme por todo, no han hecho más que censurarme por pertenecer a la clase alta y hasta por decir que quizá debía haber sido comunista. ¿En *qué* debo creer? Si estoy aquí para recibir castigo, ¿por qué no empiezan de una vez?

Un anciano delgado y canoso que estaba sentado frente a él pareció incomodarse verdaderamente y sentir notable compasión.

—¡Cómo lamento que te sientas de ese modo! —le dijo— Tu manera de ser es la que está tornándolo todo muy difícil, puesto que hemos llegado a la absoluta conclusión de que, como has ido a la tierra para representar un papel de una condición más bien elevada, se ha afectado tu psiquis de suerte que eso obliga a que cuando vuelvas tengas que desenvolverte en condiciones más bien humildes, porque de no ser así serías por

completo intolerable y le darías a tu superyó impresiones absolutamente falsas. ¿Me explico?

—No; de ninguna manera —repuso el Cincuenta y Tres lleno de ira—. No sé en absoluto qué quieren decir ustedes cuando hablan del superyó y todas esas cosas. Hasta ahora, todo cuanto me han dicho es una serie de galimatías y, por lo que a mí se refiere, no tengo sentimiento alguno de culpa por lo que he hecho. De manera que, según el derecho inglés, no he hecho nada malo.

El anciano advirtió que su determinación se tornaba difícil. Le parecía que aquel hombre —ese tal Cincuenta y Tres— entorpecía las cosas sólo por el hecho de entorpecerlas.

—Estás totalmente equivocado en lo que dices acerca de la legislación inglesa —le dijo—. Si supieras algo acerca del derecho inglés estarías enterado de que hay algo que dice que la ignorancia de la ley no constituye eximente; de manera que si violas una ley en Inglaterra y después alegas que no sabías que existiese tal ley, lo mismo se te puede declarar culpable porque debiste haber estado al corriente de su existencia. Y hazme el favor de no ponerte agresivo conmigo porque yo soy uno de los que tienen en sus manos tu destino, y si nos atacas demasiado podemos hacer que todo sea peor para ti. De modo que presta atención y pon coto a tu belicosidad.

El Cincuenta y Tres se estremeció al oír aquel tono y se dio cuenta de que estaba derrotado.

—Pero, señor —dijo—, ¿qué voy a hacer si ustedes emplean términos que no tienen sentido para mí? Por ejemplo, ¿qué es el superyó?

—Después se te aleccionará acerca de eso —repuso el inquisidor—. Por ahora baste decir que tu superyó es lo que tú llamarías el alma eterna, inmortal, y que tú ahora no eres más que una marioneta o prolongación de él; podríamos decir, casi, un pseudopodio. . . un apéndice de tu superyó materializado en una sustancia concreta, de manera que puedas aprender por medio de una ardua experiencia física aquello que al superyó le es inalcanzable por ser mucho más tenue.

El desdichado Cincuenta y Tres sentía que la cabeza le daba vueltas. En realidad, no entendía nada de aquello; pero pensaba que, como ya le habían dicho que después le explicarían, lo mejor era abreviar las cosas y prestar atención. Así pues, al ver que el inquisidor tenía las cejas levantadas como quien espera una respuesta, se concretó a hacer un tonto movimiento de cabeza.

El inquisidor —aunque quizá lo mejor sea emplear la palabra consejero— echó un vistazo a sus anotaciones.

—Has de regresar en calidad de hijo de personas pobres, de ínfima condición social, puesto que el papel que has debido representar en tu vida anterior parece haber trastrocado seriamente tu entendimiento y tus percepciones, situándote en un plano social que no te corresponde. Te sugerimos —pero tienes el derecho de no aceptar— que nazcas en el seno de un hogar londinense, en la zona conocida con el nombre de Tower Hamlets, donde hay ciertos posibles padres muy a propósito para ti en las proximidades de Wapping High Street. Tendrás la suerte de nacer muy cerca de la Torre de Londres y del Mint, así como de los famosísimos muelles donde la pobreza y los padecimientos son espantosos. Allí, si aceptas —y si tienes la debida fortaleza moral y mental— podrás llegar a ser médico o cirujano, de manera que al salvar la vida de quienes te rodean podrás expiar el hecho de haber matado y hacer matar. Pero tendrás que decidirte sin tardanza, puesto que las mujeres que hemos elegido como posibles madres para ti ya están encinta, lo cual significa que no tenemos tiempo que perder. Voy a mostrarte —añadió— el lugar en que vas a vivir.

Se volvió e hizo un ademan en dirección a la pared que al Cincuenta y Tres le había parecido de vidrio esmerilado, y ésta tomó vida y colorido. Pudo ver entonces una parte de Londres en la que antes no había reparado mayormente. Se veía el Támesis, el puente de outhwark, el de Londres y el levadizo de la Torre, cuyo movimiento pudo observar en la pantalla. Allí, sentado, miraba muy absorto aquellas escenas tan nítidas y contemplaba el tránsito de las calles. Lo que más lo intrigaba

era ver que los vehículos no eran de tracción animal y que, en realidad, muy escasos eran los carros de caballos, cosa que comentó al consejero

—¡Ah, sí! —repuso éste—. Los carruajes de caballos casi han desaparecido. Las cosas han cambiado mucho desde que estás aquí, y ya llevas bastante tiempo en este lugar. Has estado inconsciente alrededor de tres años. Ahora está todo motorizado: hay ómnibus, camiones, autos, y todos tienen motor. Suele decirse que todo ha progresado, pero por mi parte deploro que ya no haya caballos por las calles.

El Cincuenta y Tres volvió a prestar atención a la escena: Mint Street, Cable Street, Shadwell, East Smithfield, la autopista, Thomas Moore Street, St. Catherines, Wapping High Street y Wapping Wall.

—Bien —continuó el consejero—; disponemos de cinco mujeres grávidas. Tienes que decir qué lugar prefieres de todos los que has visto. De las cinco mujeres, una es la esposa de un mesonero o, diríamos, de un hotelero. La segunda esta casada con un verdulero. La tercera es la mujer de un ferretero. La cuarta es la de un chofer de ómnibus. Y la quinta es también la mujer del encargado de una casa de huéspedes. Y digo "también" porque es como la primera. Tienes, pues, el derecho de elegir, y nadie habrá de influir en tu decisión. Puedo darte una lista de ellas y dispondrás de veinticuatro horas para pensar en el asunto; pero si necesitas algún asesoramiento no tienes más que solicitarlo.

El Cincuenta y Tres se echó hacia atrás en su asiento y observó las vívidas escenas que se sucedían en aquella pared —gente que iba y venía, las extrañas vestimentas de las mujeres de esos tiempos— asombrado por aquellos vehículos que andaban sin caballos y, también, por la cantidad de edificios en construcción.

—Señor —dijo, al cabo, volviéndose hacia el consejero—; permítame que le pida en particular que se me deje ver a las diez personas, es decir, a los cinco padres y a las cinco madres entre quienes debo elegir. Me gustaría verlos y enterarme de cómo viven en sus casas.

El consejero meneó la cabeza con verdadero pesar.

—¡Ay, amigo mío! —se lamentó— Ese es un pedido que no tengo atribuciones para satisfacer porque jamás hacemos tal cosa. Lo único que puedo hacer es suministrarte algunos detalles para que elijas. No se te permite ver a tus padres porque eso constituiría una violación de su intimidad. Ahora te sugiero que regreses a tu Hotel de Tránsito y pienses en todo esto. —En seguida hizo una leve reverencia a él y al doctor, tomó sus papeles y abandonó el salón.

—Vamos; ven conmigo —dijo el médico poniéndose de pie. El Cincuenta y Tres se levantó de mala gana y lo siguió por el salón para retornar en compañía del guardia por aquel corredor interminable que ahora, incluso, parecía más largo.

Al cabo salieron, por fin, al cielo descubierto, donde el Cincuenta y Tres respiró profundamente, con lo cual aspiró energía y vida.

Una vez allí el guardia los dejó para volver a su puesto y ambos continuaron hasta llegar a un edificio gris pálido que al Cincuenta y Tres le había pasado casi inadvertido por carecer de interés.

—Tercero, a la izquierda —les dijo al entrar un individuo que se hallaba en un escritorio, y no se ocupó más de ellos.

Se dirigieron, pues, al "tercero, a la izquierda" y entraron en una sencilla habitación con una cama, una silla y una mesita sobre la cual había una gran carpeta con el número 53 estampado, que al Cincuenta y Tres le llamó la atención.

—Bien; ahí está —dijo el doctor—. A partir de este momento dispones de veinticuatro horas para tomar una decisión. Después vendré por ti y tendremos que ir a ver qué se puede hacer y prepararte para volver a la Tierra. ¡Adiós!

Dicho esto, el doctor abandonó la habitación y cerró la puerta tras de sí en tanto que, en medio del cuarto, desconsolado, quedaba el Cincuenta y Tres repasando con aprensión las hojas de la carpeta señalada con su

número. Con el ceño fruncido, miró la puerta cerrada y se echó las manos a la espalda. Después, con la cabeza hundida en el pecho, comenzó a pasearse por la habitación una y otra vez. Así anduvo hora tras hora hasta que, agotado por el esfuerzo, se desplomó en la silla y se puso a mirar obstinadamente por la ventana. "Así que Cincuenta y Tres, ¿eh? ", murmuró. "Como si fuera un preso. . . . Y todo por hacer algo que creí que estaba bien. Porque, ¿qué sentido tenía vivir una vida que no era de hombre ni de mujer? " Cruzado de piernas y con el mentón entre las manos era la verdadera imagen de la desolación. "¿O es que *creí* que hacía lo debido? ", pensó después. "Algo tiene que haber en lo que ellos dicen, después de todo. Me parece que es muy probable que me haya dejado llevar por mi autoconmiseración; y ahora aquí estoy, con un número como un condenado de Dartmoor y con la carga de tener que decir qué quiero ser después. Yo no sé qué quiero ser. Además, no creo que eso valga de nada, pues es probable que acabe otra vez aquí".

Volvió a levantarse y se dirigió a la puerta con el propósito de dar un paseo por el parque. Empujó con cuidado y ésta se abrió sin resistencia al tocarla, pero cuando intentó dar unos pasos hacia el exterior sintió que avanzaba contra una sutil e invisible lámina de goma que se estiró lo suficiente como para evitar que él se hiciese daño; después notó, lleno de asombro, que aquella lámina se contraía y lo impulsaba suavemente y sin esfuerzo alguno hacia el interior del cuarto. "Con que preso al fin y al cabo, ¿eh? ", se dijo, y volvió a sentarse en la silla.

Durante horas permaneció allí, pensando y formulándose conjeturas en un estado de total indecisión. "Yo creía que al morir iría al cielo", musitó para sí; pero en seguida añadió: "Aunque, no; creo que no lo pensaba en absoluto. No sabía qué pensar. He visto morir a mucha gente y nunca hubo señales de que el alma saliese del cuerpo, de modo que llegué a la conclusión de que todo eso que dice la gente de la vida después de la muerte no era más que habladurías."

Se levantó de nuevo y reanudó sus inacabables paseos de un lado a otro de la habitación sin dejar de pensar y hablar inconscientemente consigo mismo. "Me acuerdo que una noche, a la hora del rancho, cuando hablábamos de esto, el capitán Broadbreeches* dijo que estaba absolutamente persuadido de que cuando uno muere, muere y no pasa nada más. Habló de hombres, mujeres, niños y caballos que había visto morir y jamás —nos dijo— había notado que se levantase ningún alma del cadáver y saliese volando al cielo."

Volvió a ver en su memoria la vida tal cual era en Inglaterra en sus tiempos de colegial y después, cuando cadete. Se vio de alférez recién graduado, marchando orgulloso hacia el barco para luchar contra los holandeses. Solía considerar holandeses a los bóers por ser ése el grupo étnico del que descendían. No obstante, a medida que iba recordando, advertía que los bóers eran meramente un conjunto de granjeros que luchaban por lo que consideraban el derecho de escoger su propia forma de vida, libres de la dominación inglesa.

En ese momento se abrió la puerta y entró un hombre.

—Le sugiero, número Cincuenta y Tres, que trate de descansar un poco. Lo único que está haciendo es agotarse con ese continuo ir y venir. Apenas unas horas más y tendrá usted que pasar por una experiencia muy traumática. Cuanto más descanse ahora, más sencillo le será todo después.

El aludido se volvió malhumorado hacia el extraño y con su mejor estilo militar le dijo:

—¡Retírese de aquí!

El recién llegado se encogió de hombros y salió de la habitación, en tanto que él proseguía rumiando y paseándose.

* En ésta, como en otras obras suyas, el autor suele asignar nombres caricaturescos a ciertos personajes cuya traducción no siempre tendría el efecto que se procura producir en el original. En este caso, el apelativo sería, en español, *pantalones* o *asentadera grandes.* (*N. del T.*)

"¿Qué era aquello del reino de los cielos? ", se dijo. "La gente hablaba siempre respecto de otras moradas, de otros planos de la existencia, de otras formas de vida. Recuerdo que el padre decía que antes del advenimiento del cristianismo todo el mundo estaba condenado por toda la eternidad a sufrimientos y tormentos eternos, y que sólo los católicos romanos podían ir al cielo. Yo me pregunto, ahora, cuánto hace que existe el mundo y por qué toda la gente anterior al cristianismo tenía que estar condenada cuando no sabían que vendrían a salvarla."

Y seguía andando y andando, de un lado a otro, en un ir y venir interminable por toda la habitación. De haberse tratado de una noria, pensó, ya habría recorrido unos buenos kilómetros, aunque el trabajo habría sido más duro que ese deambular por el cuarto.

Al fin, irritado y frustrado, se echó en la cama y allí se quedó con las piernas y los brazos extendidos. Esta vez no descendieron las tinieblas, sino que se quedó lleno de odio, de amargo resentimiento, sintiendo la salobre tibieza de las lágrimas que caían de sus ojos. Las enjugó furioso con el dorso de las manos y se volvió de bruces sobre la almohada con un llanto espasmódico.

Después de lo que le pareció toda una eternidad, oyó un golpe en la puerta, pero lo ignoró. El golpe se volvió a repetir y otra vez lo ignoró. Entonces, al cabo de un lapso razonable, la puerta se abrió lentamente y apareció el doctor.

—¿Estás preparado? —le preguntó después de observar un momento—Ya han pasado veinticuatro horas.

El Cincuenta y Tres sacó una pierna por un costado de la cama y después, como aletargado, sacó la otra y se sentó pausadamente.

—¿Has resuelto a qué familia quieres pertenecer? —inquirió el doctor.

—¡No, qué diablos; no! Ni siquiera lo he pensado.

—¡Ah! Así que sigues luchando por cada palmo de terreno, ¿eh? Bien; pero debes saber, aunque te cueste, que eso a nosotros nos tiene sin cuidado. Estamos, eso sí, dispuestos a ayudarte; pero si tú, por tus dilaciones,

desprecias esta oportunidad, ya verás que tus posibilidades son cada vez menores y deberás elegir entre menos familias. —El médico se dirigió a la mesa, tomó la carpeta señalada con el número 53 y la sacudió— Aquí tienes para elegir entre cinco familias —le dijo—; a algunos no se les da esa ocasión, sino que directamente se les remite de vuelta. Permíteme que te diga una cosa —añadió acomodándose en la silla y echándose hacia atrás con las piernas cruzadas—. Eres un niño malcriado —le dijo mirándolo con severidad—que da rienda suelta a sus arranques de inmadurez. Has cometido una falta, has arruinado tu vida y ahora tienes que pagar por ello. Pero estamos tratando de que lo purgues de la mejor manera posible; de manera que si no colaboras con nosotros y si todo cuanto haces es obstinarte en actuar como una criatura malcriada, acabarás por no tener ya ninguna posibilidad de elegir a dónde ir. O sea, que tal vez tengas que ser hijo de algún matrimonio negro indigente de Mombasa o, quizá, se te remita como hija a algún hogar de Calcuta. Allí las niñas no valen mucho puesto que la gente quiere tener varones que puedan ayudar; de modo que si eres mujer podría ser que te llevasen a la prostitución o te sometiesen a condiciones de verdadera esclavitud.

El pobre Cincuenta y Tres estaba rígido, sentado a la orilla de la cama, con las manos fuertemente crispadas en el borde del colchón, la boca muy abierta y la mirada fija y salvaje. Parecía un animal feroz, recién atrapado, dentro de su jaula. El doctor lo observó, pero no vio en él señal alguna de lucidez, de que hubiera oído sus advertencias.

—Si persistes en tu recalcitrante y tonta actitud y nos tornas todo mucho más difícil, como último recurso podemos enviarte a una isla donde sólo viven leprosos. Ya sabes que tienes que vivir los otros treinta años que no has vivido antes y que no hay otra salida; no hay manera de evitarlo, puesto que es la ley natural. Así que es mejor que vuelvas a tus cabales.

Como el Cincuenta y Tres seguía sentado en un estado casi catatónico, el doctor se levantó, fue hacia él y le dio

unas palmadas en el rostro, primero de un lado y después del otro. Se incorporó furibundo, pero en seguida se aplacó.

—¡Está bien! ¿Qué *puedo* hacer? —dijo— Me van a devolver a la Tierra para que pase una vida deplorablemente inferior, y yo no estoy acostumbrado a desenvolverme en un nivel tan bajo.

—Escucha, muchacho —le dijo el doctor sentándose a su lado en la cama y con aire pesaroso—. Estás cometiendo un grave error, ¿sabes? Supón que estás en la Tierra y que formas parte de una compañía teatral. Supón que te han ofrecido el papel del Rey Lear, el de Hamlet o cosa parecida. Pues bien; posiblemente te entusiasmaría que te diesen esa oportunidad. Pero, una vez finalizada la representación, después que el público se ha retirado, si los productores resuelven poner en escena otra obra, ¿te aferrarías tú a la idea de que eres el Rey Lear, Otelo o Hamlet? Y, si te ofrecieran la oportunidad de encarnar al jorobado de Notre Dame o a Falstaf o a algún personaje de menor nivel, ¿dirías que no es propio de una persona que ha sido el Rey Lear, Hamlet u Otelo?

El doctor guardó silencio. El Cincuenta y Tres, sentado en la cama, pasaba el pie por el suelo restregando la alfombra como si no supiese qué hacer.

—Pero ésta no es una representación —dijo al cabo— Yo he vivido en la Tierra, pertenecía a la clase alta, y ahora ustedes quieren que sea. . . ¿cómo es. . .? ¡El hijo de un hotelero, de un chofer de ómnibus o no sé que!

El doctor suspiró.

—Estuviste en la Tierra para representar tu papel —le dijo—. Antes de ir allí elegiste las condiciones que, según tú, eran las mejores para permitirte llegar a ser un buen actor. Y bien; has fracasado. La función fue un fiasco, de manera que vuelves en una situación diferente. Y te han dado a elegir; en realidad te han dado cinco posibilidades. Algunos no tienen elección posible. —Se puso de pie y añadió—: ¡Vamos! Ya hemos perdido demasiado tiempo y el consejo ha de estar impaciente. ¡Ven conmigo!

Se encaminó hacia la puerta, pero se volvió de pronto para tomar de la mesa la carpeta rotulada con el número 53. Se la colocó bajo el brazo izquierdo y, con la mano derecha, sacudió rudamente de un brazo al Cincuenta y Tres.

—¡Vamos! —insistió— ¡Sé hombre! ¡No haces más que pensar a cada momento en que eras un oficial importante! Por cierto que un oficial y un noble no se comportarían como el cobarde y quejoso individuo que eres tú ahora.

El Cincuenta y Tres se levantó con gesto huraño y ambos se dirigieron a la puerta. Ya afuera, se encontraron con un hombre que venía por el corredor.

—¡Oh! —dijo éste— Venía a ver qué ocurría. Pensé que quizá nuestro amigo estuviese tan apesadumbrado que no pudiera levantarse de la cama.

—Paciencia, amigo, paciencia. Tenemos que ser tolerantes en un caso como éste —le amonestó el doctor.

Los tres emprendieron la marcha por el corredor y por aquel largo túnel hasta dejar atrás a los dos guardias —que esta vez sólo los miraron— y en seguida llegaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo la voz, y los tres entraron en el salón.

Esta vez el anciano canoso se hallaba sentado a la cabecera de la mesa con dos personas a sus lados, un hombre y una mujer, ataviados con sus largas casacas verdes. Los tres se volvieron para mirar al Cincuenta y Tres cuando éste entró, y el hombre que ocupaba la cabecera levantó las cejas al par que decía:

—¿Y bien? ¿Has decidido qué vas a ser?

El Cincuenta y Tres permanecía silencioso y con gesto hosco.

—¡Habla! —le dijo el doctor con un hilo de voz dándole un leve codazo— ¿No te das cuenta que les estás haciendo perder la paciencia?

Entonces el aludido avanzó y, sin que se lo invitara, se dejó caer en una silla.

—No —dijo—. No he podido. No cuento más que con

escasísimos detalles de esas personas. No puedo formarme ninguna idea de las condiciones en las que podría encontrarme. Lo que sé es que un hotelero me resulta en extremo desagradable y que quizás un ferretero lo fuese todavía más. No conozco en absoluto a esa clase de gente, pues jamás he tratado con ella en mi vida, dentro de mi círculo. Tal vez usted, señor, con su indudable experiencia, esté en condiciones de aconsejarme.

El Cincuenta y Tres miró insolentemente al hombre de la cabecera de la mesa, pero éste se concretó a sonreír con indulgencia.

—Tienes una extremada conciencia de clase —le dijo— y coincido contigo en que la honrosa ocupación de posadero u hotelero, o la de ferretero, han de ser demasiado para tu subconsciente. Con todo, realmente te podría recomendar a pie juntillas ese buen hotel de Cable Street; pero para quien, como tú, es tan presuntuoso, más bien le sugeriría otra familia, la del verdulero. El marido es Martín Bond y su mujer, Mary, se halla a punto de dar a luz; para que puedas ocupar el cuerpo de su hijo por nacer no debes perder más tiempo. Decide con sensatez, puesto que sólo tú puedes hacerlo.

"¡Verdulero!", pensó el Cincuenta y Tres. "Papas podridas, cebollas malolientes, tomates pasados... ¡Puaf! ¿Cuándo he comido yo nada semejante?" Se estrujó los dedos, se rascó la cabeza y se revolvió apesadumbrado en su silla. Los demás permanecían silenciosos, pues sabían el estado de desesperación en que se encuentra quien debe tomar una decisión como ésa. Por fin, el Cincuenta y Tres levantó la cabeza y espetó con tono agresivo:

—Pues bien; me quedo con esa familia. ¡Ya verán que han de tener con ellos a un hombre mejor que todos los que ha habido en su seno!

La mujer sentada a un costado de la mesa dijo:

—Señor presidente: creo que debemos someterlo a una serie de exámenes otra vez para ver si es compatible con la madre. Sería tremendo para la mujer si, después de todo lo que ha sobrellevado, su hijo naciera muerto.

—Sí —dijo el hombre que se hallaba del otro lado, y se volvió para mirar al Cincuenta y Tres—. Si el niño nace muerto, eso no te serviría de nada puesto que regresarías aquí con el cargo de que tu falta de colaboración y tu intransigencia han hecho que la madre perdiera a su hijo. Por tu bien te sugiero —aunque en realidad no es asunto que a nosotros nos importe— que cooperes más, que procures tener un carácter más apacible, porque de lo contrario ya verás que tendremos que enviarte a cualquier lado como quien arroja desperdicios.

La mujer se puso de pie, titubeó un momento y se volvió hacia el Cincuenta y Tres.

—Ven conmigo —le dijo.

El presidente hizo un movimiento de cabeza afirmativo y también se levantó.

—¡Anda! Tienes que ir —lo urgió el doctor, tocándole el brazo.

A regañadientes, como si fueran a ejecutarlo, se levantó pesadamente y siguió a la mujer hasta una habitación contigua. Allí las cosas eran muy diferentes. En todas las paredes parecía haber luces fluctuantes detrás de los vidrios esmerilados y gran cantidad de perillas, botones e interruptores. Por un instante el Cincuenta y Tres supuso que se hallaba en una planta de energía eléctrica, pero en seguida vio que frente a él había una mesa de forma especial, muy especial, por cierto, pues tenía el contorno de una figura humana con brazos, piernas, cabeza, todo.

—Tiéndete en la mesa —le indicó la mujer.

Vaciló un momento, pero se encogió de hombros y se trepó a ella desprendiéndose bruscamente de la mano amable que le tendía el doctor para ayudarlo. Echado allí, percibió que lo invadía una sensación muy peculiar y que la mesa era tibia y se amoldaba a él. Jamás en su vida se había sentido más cómodo. Miró hacia arriba y notó que su visión no era tan buena como antes, sino borrosa. Veía formas confusas, indefinidas, en la pared que se hallaba frente a él. Vagamente y sin interés —cosa extraña —fijó la vista en aquella pared y creyó distinguir una forma humana, al parecer de una mujer que, según

entrevió, estaba en la cama. Después, en tanto miraba con sus ojos velados, tuvo la impresión de que alguien retiraba las cobijas.

Oyó entonces una voz distorsionada que decía: "Todo está bien, por lo que parece para mí es compatible". Por cierto que era muy, pero muy extraño. Tuvo entonces la impresión de estar bajo los efectos de un anestésico. No se debatía, no tenía ninguna aprensión y ni siquiera su mente estaba clara. Todo cuanto ocurría era que estaba allí, tendido en aquella mesa que se adaptaba a las formas, y que miraba sin comprender a la gente a la que antes había conocido tan bien: el doctor, el presidente y la mujer.

Entendió vagamente que algo estaban diciendo: "frecuencia básica compatible", "inversión de la temperatura", "período de sincronización y estabilización. . ." Y entonces sonrió entre sueños y el mundo del purgatorio se desvaneció y ya no supo nada más de él.

Hubo un largo y profundo silencio; pero un silencio que no era silencio, sino algo en que podía sentir aunque no oír las vibraciones. Y después, de improviso, se sintió como arrojado en un dorado amanecer. Contempló ante sí un resplandor como jamás había visto; parecía hallarse, confuso y semiconsciente, en un hermoso lugar campestre. A la distancia asomaban chapiteles y torres y alrededor de él había muchas personas. Tuvo la impresión de que se acercaba a él una figura muy hermosa que le decía: "Ten buena disposición, hijo mío, puesto que vas a ir otra vez al mundo de las aflicciones. Ten buena disposición porque no perderemos contacto contigo. Recuerda que nunca estás solo, que nunca se te olvida, y que si haces lo que te dicta tu conciencia interior, ningún mal caerá sobre ti, salvo los que han sido dispuestos, y que cuando concluya con éxito tu período en el mundo de las aflicciones volverás aquí triunfante, con nosotros. Descansa, sosiégate, ten paz." La figura se alejó, el Cincuenta y Tres se volvió en su cama, su mesa o lo que fuere, y durmió en paz. Y ya no tuvo más conciencia de cuanto había sucedido.

CAPITULO VI

Algernon se estremecía violentamente en sueños. . .es decir, Algernon, el Cincuenta y Tres o quienquiera que ahora fuese. El hecho era que se sacudía bruscamente mientras dormía. Pero, no; aquello no era dormir, sino la más espantosa pesadilla de cuantas recordaba haber tenido en toda su vida. Se acordó del terremoto que hubo cerca de Mesenia, donde los edificios se derrumbaron y la gente que cayó en las grietas que se formaron en la tierra murió aplastada al cerrarse éstas.

Aquello era terrible, espantoso. Era lo peor que jamás hubiese podido experimentar, lo peor que imaginarse pueda. Sentía que lo apretujaban, que lo aplastaban. Por un momento, en su confusa pesadilla, supuso que tal vez lo hubiese atrapado alguna boa en el Congo que trataba de hacerlo pasar por su garganta quieras o no quieras.

Le parecía que el mundo estaba cabeza abajo y que todo temblaba. Tenía dolores y convulsiones y se sentía deshecho y aterrorizado.

Desde la distancia le llegó un grito sordo, como si lo oyese a través de agua o de gruesos paños. Apenas consciente por el dolor, oyó: "Martín, Martín; rápido, un taxi. Ya empieza".

"¿Martín? ¿Martín? ", se puso a cavilar. Tenía una vaga, pero sólo una muy vaga idea de que alguna vez, en alguna parte, quién sabe en qué vida, había oído ese nombre. Pero, no; por mucho que se esforzara no podía recordar qué sentido tenía ese nombre para él ni a quién pertenecía.

Todo cuanto le estaba sucediendo era terrible. Los apretujones no cesaban y había un horrible gorgoteo. Por un instante creyó haber caído en algún albañal; la temperatura, entretanto, iba subiendo. Realmente atravesaba por una experiencia espantosa.

De pronto, violentamente, se sintió desfallecer y percibió un dolor agudísimo en la nuca. Tenía una sensación peculiar de movimiento que en nada se parecía a las que había experimentado con anterioridad. Se sentía sofocado, ahogado, como inmerso en un líquido. "Pero esto no puede ser", pensó, "puesto que el hombre no puede vivir sumergido en un líquido. . . por lo menos desde que emergió de los mares. . ."

Las sacudidas y zarandeos continuaron durante un rato hasta que entonces percibió un salto y una voz muy apagada, como entre un fluido, que decía disgustada: " ¡Cuidado, hombre, cuidado! ¿Quiere que lo tenga aquí, en el taxi? " Hubo una especie de murmullo por respuesta, pero todo lo oía en forma muy tenue.

Algernon sentía que casi estaba perdiendo el juicio con aquella confusión, pues todo eso carecía de sentido para él, no sabía dónde estaba ni tampoco qué estaba ocurriendo. En esos momentos la situación se estaba tornando espantosamente intolerable y ya no le era posible actuar como un ser racional. En su conciencia flotaban borrosos recuerdos: algo acerca de un cuchillo. . . o de una navaja de afeitar. . . pero no sabía dónde. ¡Qué sueño espantoso! Soñó que casi se había decapitado y que después se contemplaba a sí mismo desde el cielo raso. . . y que se hallaba cabeza abajo, además, mirándose allí tendido en el suelo y muerto. Claro que todo eso era ridículo, absurdo por completo; pero. . . ¿y esta otra pesadilla? ¿Qué era él, ahora? Por lo que parecía, algo así como un reo acusado de cierto delito que no sabía en absoluto en qué podía consistir. Así pues, el pobre estaba a punto de perder la razón sumido en aquella confusión, en esa angustia y en ese miedo espantoso a una inminente condena.

Los sacudimientos, entretanto, proseguían. "Con cui-

dado, ahora. ¡Con cuidado, he dicho! A ver si anda tranquilo." Los sonidos eran muy apagados, irreales y el tono, ordinario, le recordaba el acento de un verdulero ambulante que había oído alguna vez en una calle apartada de Bermondsey, en Londres. Pero, ¿qué tenía ahora que ver Bermondsey con él? ¿Dónde estaba? Quiso restregarse la cabeza, los ojos, pero advirtió horrorizado que estaba prisionero de algún cable o algo parecido. Una vez más pensó que debía de estar en el astral inferior porque sus movimientos eran restringidos, lo cual era espantoso. Le parecía hallarse en un estanque. Ante él parecía haber una masa viscosa cuando se hallaba en el astral inferior... pero, ¿había estado en el astral inferior? Aturdido, trató de hacer que su mente dolorida y apática rebuscase en los meandros de su memoria. Pero, no; nada andaba bien, no podía ver con claridad.

"¡Ay, Dios! ", se lamentó. "Debo de haberme vuelto loco y estar en un asilo de alienados. Debo de estar padeciendo tremendas pesadillas, porque no es posible que esto le suceda a nadie. ¿Cómo puede ser que yo, descendiente de una familia tan antigua y respetable, haya descendido así? Siempre hemos sido acreedores de respeto por nuestra ecuanimidad y sensatez. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué me ha pasado? "

De repente se produjo otra convulsión, algo sumamente inexplicable, un repentino sacudimiento, y otra vez comenzaron los dolores. Tuvo la noción confusa de que alguien gritaba. Pensó que, normalmente, debía de ser un alarido impresionante; pero en esos momentos todo le llegaba apagado, todo era increíblemente extraño y ya nada tenía sentido alguno. Se hallaba echado de espaldas, si bien no sabía dónde, pero en ese momento estaba de bruces. Sin embargo, la repentina contracción de *algo* hizo que girase sobre sí mismo y entonces volvió a encontrarse de espaldas, temblando con todas las fibras de su ser, lleno de espanto.

"¿Estoy temblando? ", se preguntó aterrado. "El miedo me lleva casi al borde de la locura. Pero, ¿no soy, acaso, un noble y un oficial? ¿Qué es esto tremendo que

me sucede? En verdad debo de estar padeciendo alguna grave afección mental. ¡Tengo miedo del futuro! "

Trató de poner orden en sus pensamientos y procuró, con todas las fuerzas mentales que le restaban, pensar qué era lo que había sucedido, qué estaba sucediendo. Todo cuanto logró, empero, fue experimentar extrañas y confusas sensaciones, algo acerca de comparecer ante un tribunal, acerca de tener que trazar planes respecto de lo que debía hacer. Y, después, algo acerca de haber estado echado sobre una mesa. . . Pero, no; todo era inútil: su mente se negaba a pensar y por un momento quedó en blanco.

De nuevo sobrevino una violenta convulsión y una vez más tuvo el convencimiento de que lo apretaba una boa para triturarlo y deglutirlo. Con todo, nada podía hacer para impedirlo. Se hallaba en un estado de terror extremo y le parecía que todo marchaba mal. ¿Cómo era posible, en primer lugar, que hubiese caído en poder de una boa, y cómo pudo dar en un paraje donde existían semejantes criaturas? No alcanzaba a comprenderlo.

Un formidable alarido, apenas amortiguado por lo que lo rodeaba, lo sacudió hasta las entrañas. En seguida sintió un violento tirón y una desgarradura, y le pareció que le separaban la cabeza del cuerpo.

—" ¡Ay, Dios mío! ", pensó. "De modo que *es verdad* que me rebané el cuello y ahora se me está separando la cabeza. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué hacer? "

De improviso hubo un fluir espantoso de agua y notó que lo depositaban sobre algo muelle. Sentía que jadeaba y se revolvía, y le pareció tener sobre la cara una manta húmeda y tibia. Después, horrorizado, percibió pulsaciones y más pulsaciones, fuertes impulsos que lo obligaban a pasar por un canal muy estrecho, atascado y en pendiente, y algo —le parecía que era un cordón que lo sujetaba por el medio— que trataba de retenerlo. Sintió que tenía enredado aquel cordón en un pie y entonces pataleó con fuerza para desprenderse de él, puesto que ya se sofocaba en medio de una húmeda oscuridad.

Volvió a patalear y en seguida oyó un espantoso au-

llido, ahora más fuerte, de alguien que se hallaba encima y por detrás de él. Hubo otro formidable espasmo y retortijón, y salió despedido de la oscuridad aquella hacia una luz tan deslumbrante que le pareció que iba a dejarlo ciego allí mismo. No podía ver nada; después de haber estado en aquel medio tan cálido se encontraba ahora con que lo depositaban sobre algo áspero y frío, un frío que le calaba los huesos y lo hacía tiritar. Notó con asombro que estaba mojado, pero en ese momento *algo* lo tomó de los tobillos y lo levantó en vilo cabeza abajo.

Le dieron unas fuertes palmadas en las nalgas y entonces abrió la boca para protestar por el escarnio, por el ultraje que se perpetraba contra el cuerpo indefenso de un oficial y todo un caballero. Con el primer grito de cólera, todo recuerdo se esfumó como se borran los sueños al comenzar un nuevo día. . . y nació un niño.

Claro está que no todos los bebés tienen experiencias como ésta, puesto que el niño común no es más que una inconsciente masa de protoplasma hasta que nace y sólo en ese momento aparece la conciencia. En el caso de Algernon, empero —o del Cincuenta y Tres o como quiera que se lo llame—, todo era diferente puesto que había sido un suicida y un "caso" realmente difícil, de manera que había un factor extra: esa persona —ese ente— tenía que regresar con un propósito especial en su espíritu; debía dedicarse a una profesión particular y, por consiguiente, el conocimiento de lo que tal profesión significaba debía ser transmitido desde el mundo astral al feto y directamente a la sustancia cerebral del recién nacido.

Durante un rato el niño permaneció allí; a lo sumo, lo movían un poco. Entre las cosas que le hacían, una era cortarle algo que tenía unido a su cuerpo, pero la criatura no se dio cuenta de nada. Algernon había desaparecido. Ahora existía un niño que no tenía nombre. Al cabo de unos días, sin embargo, se presentaron en el hospital unas formas vagas que se movían ante la visión borrosa del niño, una de las cuales dijo con voz algo áspera:

—¡Ajó! ¡Miren qué diablillo chiquitito! ¿Qué nombre le van a poner? ¿María?

La madre miró arrobada a su primogénito y luego levantó la vista con una sonrisa.

—Pues. . . —contestó a su visitante—, me parece que le vamos a poner Alan. Si era una niña pensábamos ponerle Alicia; pero, si era varón, Alan. De modo que se llamará así.

Después de unos pocos días más, Martín fue al hospital a buscar a su mujer y ambos partieron con aquel pequeñuelo que nacía a una nueva vida en la Tierra, vida que en aquel momento nadie sabía que estaba destinada a finalizar trascurridos treinta años.

Llevaron, pues, al niño a una casa situada en una zona regularmente presentable de Wapping, en medio del estridor de los remolcadores del Támesis, donde los grandes barcos de las compañías navieras de Londres llegaban y hacían oír su bienvenida al regresar al puerto, o sonar sus sirenas a modo de despedida al abandonarlo para emprender una nueva travesía tal vez hacia el otro extremo del mundo.

Y en aquella casita, no muy lejos de Wapping Steps, un niño despertó en una habitación situada sobre una tienda donde más adelante habría de lavar patatas, desechar fruta en mal estado y quitar las hojas podridas a los repollos. Mas, por el momento, el bebé tenía que descansar, debía crecer un poco y aprender una forma de vida diferente.

El tiempo trascurrió como de costumbre (como que nadie sabe que jamás se haya detenido) y el niño cumplió cuatro años. Aquella cálida tarde de domingo se hallaba sentado en las rodillas del abuelo cuando éste se inclinó de pronto hacia él y le preguntó:

—A ver, dime: ¿qué piensas ser cuando seas grande, hijo?

El niño musitó algo entre dientes y se miró detenidamente los dedos hasta que al fin, con su atiplada voz infantil, repuso:

—Dotod, dotod.

Después se deslizó de las rodillas del abuelo y echó a correr avergonzado.

—¿Se fijó, *abue*? —dijo Mary Bond— Es algo extraño, ¿no es cierto? No sé por qué, pero al parecer le atrae mucho todo lo que tiene que ver con la medicina, y apenas tiene cuatro años. Cada vez que viene el médico no lo deja en paz con eso que se pone en el cuello . . . esa cosa con cañitos. . .

—El estetoscopio —dijo el abuelo.

—Sí, eso es. . . el estetoscopio —repitió Mary—. No sé por qué. Por lo visto tiene obsesión por él. . . ¿Cómo se le puede ocurrir ser médico estando nosotros en la situación en que estamos?

El tiempo siguió trascurriendo y Alan Bond cumplió diez años. Para un niño de su edad era mucho lo que estudiaba en la escuela.

—No alcanzo a entender a Alan, señora —le dijo cierta vez la maestra—. En realidad es estudioso, cosa absolutamente anormal, nada corriente que un niño estudie de esa manera. A cada momento le gusta hablar de que quiere ser médico y de cosas por el estilo. En verdad es tremendo, porque —dicho sea sin deseo de ofender, señora— no sé cómo se le ocurre que eso esté a su alcance. . .

Mary Bond cavilaba continuamente. Pensaba en medio de la larga quietud de la noche cuando sólo el rugir del tráfico —al cual era inmune— y el ulular de los barcos en el Támesis —a lo cual estaba acostumbrada— rompían el silencio. Pensó mucho sin descanso hasta que al cabo, después de una conversación con una vecina, se le ocurrió una idea.

—No sé si sabes, Mary, que hoy existe un plan —le comentó aquélla— para que hasta cierta edad puedas sacar un seguro para tu hijo. Se pagan unos peniques por semana —claro que tienes que pagarlos puntualmente— y después, de cierta edad, que tú tienes que determinar, el chico se encuentra con una buena suma que puede permitirle ingresar en la escuela de medicina. Yo sé que hay un plan así, y conozco a un muchacho que ya lo ha

hecho y ahora es abogado. Le voy a decir a Bob Miller que venga a verte para que te cuente. El conoce todo lo referente a esos planes de seguros. —La vecina se fue en seguida llena de buenas intenciones, pues tenía la mejor voluntad para organizar el futuro de un semejante.

Pasaron los años y Alan Bond ingresó en una escuela de humanidades, donde el primer día de clase tuvo una entrevista con el director.

—Dime, hijo, ¿qué piensas ser cuando egreses de la escuela?

—Quiero ser médico, señor —replicó Alan, confiado, mirando sin titubear al director.

—Muy bien, muchacho. Nada malo hay en que tengas esas elevadas aspiraciones, pero tendrás que estudiar muy duro para ser médico y ganar muchas becas, puesto que tus padres no están evidentemente en condiciones de hacer frente a toda tu carrera y a los gastos adicionales que ella supone. Te sugiero, hijo, que busques algo que sea, como quien dice, una segunda posibilidad para tus ambiciones.

—¡Maldita sea, muchacho! —exclamó Martín Bond— ¿Es que no puedes dejar ese asqueroso libro por un minuto? ¿No te he dicho ya que hay que lavar esas patatas? La señora Potter se irá a comprar a otra parte si se las damos llenas de tierra. Deja ese libro, te digo; déjalo y ocúpate de esas patatas. Quiero que las dejes bien limpias y que después vayas y se las entregues. —El padre se fue mascullando exasperado: "¡Maldita sea! ¿Por qué a los muchachos de ahora siempre se les ocurrirán cosas que están más allá de sus posibilidades? En eso es en lo único que piensa, nada más que en ser médico. ¿Cómo diablos cree que voy a hacer para conseguir el dinero necesario? Sin embargo, en la escuela es verdaderamente una luz, según dicen", pensó para sus adentros. "Sí; es muy estudioso en el colegio y está tratando de conseguir una beca. Me parece que he sido un poco severo con él. ¿Cómo puede estudiar bien si cuando está

con un libro lo mando a limpiar patatas? Voy a darle una mano."

Se dirigió a donde estaba su hijo y lo encontró sentado en un banquito de tres patas frente a una batea. El muchacho tenía un libro en la mano izquierda y con la derecha tanteaba en busca de alguna patata para remojarla en la batea y sacudirla un poco en el agua para después secarla con un papel de diario.

—Te voy a ayudar un poco, hijo, y cuando terminemos podrás seguir estudiando. No quiero ser severo contigo, pero debo ganarme la vida. Tengo que velar por ti, tengo que velar por tu madre y tengo que velar por mí también. Tenemos que pagar alquiler, impuestos y toda una serie de cosas, y maldito lo que le importa al gobierno de nosotros. ¡Vamos! A ver si las lavamos.

El año lectivo tocaba a su término. El director y el cuerpo de profesores se hallaban en el estrado, junto con algunos miembros del Consejo de Enseñanza, y en el salón de actos estaban sentados los alumnos, ataviados con sus mejores prendas, relucientes, aunque inquietos y turbados. Al lado de ellos, nerviosos en aquel ambiente inusual, ocupaban sus asientos padres y familiares. Aquí y allá, algún hombre acostumbrado a beber echaba una mirada ansiosa por la ventana hacia la taberna cercana. . . Pero aquél era el día de entrega de premios, un día de discursos y todas esas cosas de rutina, y no podían abandonar el lugar. " ¡Qué vamos a hacer! ", pensó uno de ellos. "Yo tengo que venir aquí sólo una vez por año, en cambio los chicos tienen que hacerlo todos los días. . ."

El director se puso de pie y se acomodó los anteojos. Se aclaró la garganta y echó una rápida mirada a la concurrencia.

—Tengo el sumo placer de comunicar a ustedes —comenzó a decir con su tono más engolado— que Alan Bond se ha destacado en forma absolutamente notable durante este último año escolar y ha demostrado ser un verdadero orgullo en nuestros cursos. Me es muy grato,

pues, anunciar que ha sido premiado con una beca para realizar estudios en la escuela de medicina de Saint Maggots. —Se detuvo para aguardar a que se extinguiesen los estruendosos aplausos, y en seguida levantó una mano para pedir silencio—. Ha sido distinguido con esta beca —prosiguió—, que es la primera que se concede a un alumno en esta jurisdicción. No dudo de que todos le deseamos el mejor de los éxitos en su carrera puesto que durante los cuatro años que permaneció en este colegio no dejó de insistir en todo momento en que quería doctorarse en medicina. Ahora, pues, tiene la ocasión de hacerlo.

Movió los papeles que estaban ante él y muchos de ellos salieron volando por los aires y se esparcieron por el estrado. Los profesores se apresuraron a levantarlos y a ponerlos en orden para volver a colocarlos en su sitio, después de lo cual el director hurgó entre ellos y extrajo uno.

—Alan Bond —dijo—, haga el favor de aproximarse para recibir su diploma y la beca que se le acaba de conceder.

—¡Ay, no! —le dijo el padre cuando llegaron a casa y Alan les mostró el certificado— Alan, hijo mío, me parece que se te ocurren cosas que están mucho más allá de tus posibilidades. No somos más que verduleros y en la familia no ha habido médicos ni abogados. No sé cómo se te han ocurrido esas raras ideas.

—¡Pero, papá! —exclamó desesperado Alan— Desde que empecé a hablar vengo diciendo que quiero ser médico, no me he dado descanso en la escuela, me he esclavizado y me he privado de todo gusto para estudiar y ganar la beca. Y ahora que la tengo vuelves a poner objeciones.

Sentada, la madre guardaba silencio. Sólo la forma en que sus manos se revolvían traicionaba el estado nervioso por que atravesaba.

—Escucha, Alan —dijo el padre después de cruzar una mirada con la esposa—. Nosotros no queremos desalen-

tarte, hijo, no queremos arruinar tus posibilidades, pero lo que tienes es un pedazo de papel... Pues bien, ¿qué significa ese papel? No significa sino que puedes concurrir a cierta Facultad y que no tendrás que pagar nada; pero ¿y todo lo demás? ¿Los libros, el instrumental y todo eso? —Miró con desaliento a su hijo y prosiguió—: Claro que podrás vivir con nosotros, hijo, sin pagar nada, y trabajar un poco cuando vengas de estudiar y ayudarte algo. Pero nosotros no tenemos dinero para pagar un montón de cosas caras. Vivimos ahora con lo justo, apenas con lo necesario; de manera que piénsalo, hijo, piénsalo. Yo creo, lo mismo que tu madre, que sería muy lindo que fueses médico; pero sería muy malo que fueses un médico pobre, ya que no tendrías dinero suficiente para vivir.

—Alan —intervino la madre—, tú sabes qué les sucede a los médicos fracasados, ¿no es cierto? Sabes qué ocurre con los médicos que no triunfan, ¿no?

—Sólo sé de todos los rumores que he oído para descorazonarme —repuso Alan mirando con amargura a su madre—. Me han dicho que si un estudiante de medicina fracasa o si a un médico lo echan a un lado tiene que acabar como representante de alguna droguería de segunda clase. Bien, ¿y qué? —inquirió— Todavía no fracasé; ni siquiera he comenzado, y si pierdo también tendré que ganarme la vida, y si me la puedo ganar como visitador médico será mucho mejor que cargando bolsas de papas y pesándolas o contando ananás y todas esas porquerías.

—¡Calla, Alan, calla! —interrumpió la madre— Te estás burlando de la ocupación de tu padre, y es él quien te mantiene... ¡no lo olvides! No tienes ningún respeto... Te estás propasando. ¿Por qué no pones los pies en la tierra? —Hubo un pesado silencio hasta que al cabo añadió—: Alan, Alan: ¿por qué no tomas ese trabajo que te ofreció tío Bert en la compañía de seguros? Es una ocupación estable y si te esmeras puedes llegar a ser, incluso, liquidador. Piénsalo, Alan, ¿eh?

Malhumorado, el muchacho salió de la habitación. Los

padres se miraron en silencio y oyeron que bajaba las escaleras de madera del costado del local. Después percibieron el golpe de la puerta de calle al cerrarse y el resonar de sus pasos en la acera.

—No sé qué le ha dado a este muchacho —dijo Martín Bond—. No me explico cómo nos ha salido así. Desde que empezó a hablar nunca ha hecho más que repetir y repetir hasta el cansancio que quiere ser médico. ¿Por qué diablos no tendrá un poco de juicio como los demás muchachos y se busca un trabajo decente? Eso es lo que yo quisiera saber: ¿por qué demonios no hace eso, eh?

En silencio, la mujer volvió a la tarea de zurcir unos calcetines ya muy remendados y, cuando por fin levantó la vista, había lágrimas en sus ojos.

— ¡Ay! No sé, Martín —dijo—, pero a veces pienso que somos demasiado duros con él. Está bien, después de todo, tener ambiciones, y no hay nada tan espantoso en querer ser médico, ¿no es cierto?

— ¡Pues, vaya! —resopló Martín vehementemente— Yo no sé, pero a mí me basta con la tierra y lo que ella da. Nunca me cayó bien que los muchachos anden ensuciándose con las entrañas de las mujeres. A mí no me parece bien. Me voy al negocio. —Se levantó encolerizado y bajó impetuosamente por las escaleras de los fondos.

Mary dejó de zurcir y se quedó sentada en silencio, mirando a través de la ventana. Al cabo de un rato se incorporó, se dirigió al dormitorio y se hincó de rodillas a un costado de la cama para rogar a Dios que los iluminase y les diese fuerzas. Así permaneció largos minutos hasta que se levantó inspirando ruidosamente por la nariz y diciendo para sí: " ¡Cosa extraña! Todos dicen que hay que rezar cuando uno tiene algún problema. Yo rezo, pero nunca en mi vida he recibido respuesta a mis plegarias. Me parece que todo es una superstición. . . eso me parece"

Sollozando y enjugándose las lágrimas con el delantal abandonó el dormitorio y comenzó a preparar la cena.

Alan, entretanto, caminaba apesadumbrado por la calle. A la sazón se encontró con un envase de hojalata en el

camino y le dio un puntapié, pero éste fue un tanto fuerte y la casualidad (¿la casualidad?) quiso que la lata saliese despedida por los aires y fuese a dar ruidosamente contra una placa de metal. Miró en torno asustado y, ya estaba por echar a correr, cuando vio que allí decía: "Doctor R. Thompson, médico". Se volvió hacia aquella placa de bronce con las letras talladas en negro y la frotó afectuosamente con la mano. Hacía unos instantes que estaba allí, pensativo, inclinado sobre la placa empotrada en la pared, cuando sintió que una mano cálida se apoyaba suavemente en su hombro.

—¿Qué sucede, muchacho? —oyó que alguien le preguntaba amablemente.

Asustado, Alan dio un respingo y, al volverse, se encontró con el rostro sonriente del médico.

—¡Oh, cuanto lo lamento, doctor Thompson! —dijo el joven algo confundido— ¡No fue mi intención hacer nada malo!

—¡Bien, bien! —dijo el doctor sonriéndole— Pero, ¡qué cara compungida! ¡Parece que te hubieran caído todas las desdichas del mundo...!

—Casi, casi —replicó Alan con gran desaliento.

El doctor echó un rápido vistazo a su reloj y puso un brazo sobre el hombro del mocito.

—Vamos, muchacho, entra conmigo. Vamos a conversar. ¿Qué has hecho? ¿Estás en enredos con alguna chica o algo por el estilo? ¿Te anda buscando su padre? Ven, que ya se verá qué hacer. —Hizo entrar al joven y lo condujo por el pasillo hasta el consultorio— Señora Simmonds —llamó desde la puerta—. ¿Puede hacer el favor de cortar un poco de leña y traernos algunos de esos bizcochos dulces, siempre que el holgazán de su marido no se los haya despachado? —Desde algún lugar de la casa contestó una voz apagada y el doctor volvió a su despacho— Bien, muchacho, tranquilízate. Vamos a beber una taza de té y después veremos qué podemos hacer.

Un momento después apareció la señora Simmonds con una bandeja en la que traía dos tazas, una jarrita de

leche, la azucarera y la mejor tetera de plata con el agua caliente. Había dudado un poco entre llevar esa tetera o una de loza común, pero pensó que era evidente que el doctor había llegado con alguna persona de mucha importancia puesto que de no ser así no la hubiese llamado de esa manera; además, ya no era hora de visitas, e incluso no sabía qué podía estar haciendo el médico allí a esas horas. Así pues, escogió la mejor vajilla de porcelana y la mejor tetera, y con su mejor sonrisa entró en la sala. Pensaba que, cuando menos, iba a encontrarse allí con algún *lord* o con una dama, o quizá con un gran empresario de las líneas marítimas de Londres; pero se quedó boquiabierta al ver a un colegial desmirriado y muy abatido. Pensó que era un escolar aunque ya hubiese concluido los estudios; pero como éso en resumidas cuentas no era asunto suyo, depositó cuidadosamente la bandeja frente al doctor y, un poco confundida, hizo una leve reverencia y se retiró cerrando la puerta al salir.

—¿Cómo te agrada, muchacho? —le preguntó el doctor mientras servía un poco de té— ¿Primero la leche? ¿O te gusta como a mí: sólo con agua, caliente y bastante dulce?

Alan, atontado, afirmó con la cabeza. No sabía qué hacer ni qué decir, tan sumido estaba en su desazón y tan agobiado por la idea de que otra vez había fracasado. Entonces reparó en eso que estaba pensando... *¿Otra vez?* ¿Qué quería decir eso...? No lo sabía. Algo estaba presionando en su espíritu, algo que tenía que conocer pero que no sabía qué era... ¿O era que no lo debía conocer? Confundido, se frotó la cabeza con ambas manos.

—¿Qué te sucede, muchacho? Estas nervioso, ¿no es verdad? Bien, ahora bebe ese té y come algunos bizcochos, entretanto me cuentas qué ocurre. Tenemos tiempo de sobra, puesto que me he tomado el resto del día para descansar. Dediquémoslo, pues, a ver qué es lo que te pasa y qué se puede hacer.

El pobre Alan no estaba muy acostumbrado a las gentilezas ni a que se lo tuviese en cuenta. Siempre lo

habían considerado el excéntrico de la familia, el muchacho extravagante del barrio, y cuando hablaban de él decían: "el chico del verdulero que tiene delirios de grandeza". Las palabras de ese médico tan amable lo tocaban ahora en lo profundo y entonces prorrumpió en un amargo llanto. Los sollozos acabaron con su compostura y el doctor lo observó muy preocupado.

—¡Sí, hijo sí! Llora, que nada malo hay en eso. Descarga tu espíritu; llora cuanto quieras, que te hará bien. Hasta Churchill derrama sus buenas lágrimas, como tú sabes; y si él lo hace, lo puedes hacer tú, ¿no es cierto?

Avergonzado, Alan se pasó el pañuelo por la cara. El médico observó con asombro la blancura de aquel pañuelo y, cuando el joven se frotó los ojos con él, pudo notar asimismo la limpieza de sus manos y el cuidado e higiene de sus uñas. El muchacho, pues, ganó varios puntos en la estima del doctor.

—Vamos, muchacho; bebe esto —le dijo poniéndole enfrente una taza de té—. Revuélvelo bien, que le he puesto bastante azúcar. Como sabes, el azúcar restituye las energías. Vamos, bébelo.

Alan bebió el té y mordió nerviosamente un bizcocho. El doctor volvió a llenar las tazas y, sentándose cerca del muchacho, le dijo:

—Si te sientes así, hijo, quítate esa carga del espíritu. Debe de ser algo tremendo, pero ya sabes que una carga compartida se reduce a la mitad.

Alan volvió a aspirar con la nariz, se enjugó unas lágrimas pasajeras y en seguida comenzó a contar su historia: cómo, desde que recordaba, su impresión más profunda había sido la de que su misión era ser médico; cómo casi las primeras palabras que había podido coordinar en una frase habían sido "voy a ser doctor". Y también refirió que siempre había desechado las cosas propias de los chicos y había estudiado y estudiado continuamente; cómo, en vez de leer novelas de aventuras, de ficción científica y cosas por el estilo, en la biblioteca había solicitado libros de estudio, cosa que a

la bibliotecaria no dejaba de preocuparle porque pensaba que podía ser nocivo para un muchachito querer saber tanto de anatomía...

—Pero no lo podía evitar, doctor; realmente no podía —dijo Alan con desaliento—. Era algo superior a mí, algo que me dominaba. No sé qué puede ser. Lo único que sé es que en todo momento siento el impulso, un incontenible impulso de que tengo que llegar a ser médico como sea. Y esta noche mis padres han estado rezongando y me han dicho que eso está más allá de mis posibilidades.

Volvió a guardar silencio y el médico apoyó suavemente una mano sobre su hombro.

—¿Y qué encendió la chispa esta noche, muchacho? —inquirió.

—No lo va a creer usted, doctor —repuso Alan revolviéndose en su asiento—, pero soy el mejor de la clase en el colegio de segunda enseñanza. Hoy terminó el año lectivo y el director, el señor Hale, me recomendó para que me dieran una beca especial en el colegio de medicina de Saint Maggots... Pero mis padres... Pues... —Estuvo a punto de derrumbarse otra vez, retorciendo el pañuelo entre sus dedos.

—¡Vamos, joven! —dijo el doctor— Siempre ha sido así. Los padres suponen que tienen derecho a regir el destino de sus vástagos, a veces a costa, incluso, de algún imprevisto. Pero no importa, muchacho; veamos qué se puede hacer... Dices que acabas de egresar de la escuela secundaria y que el director, el señor Hale... Pues bien; yo conozco muy bien al señor Hale, como que es paciente mío. Bien, veamos qué nos dice. —Consultó su libreta y cuando encontró el número telefónico lo llamó— ¡Buenas noches, Hale! Le habla Thompson. Aquí, frente a mí, hay un jovencito que por lo visto es muy inteligente y que me dice que usted lo recomendó a fin de que le concediesen una beca especial... ¡Ay, cielos! —se interrumpió el doctor un poco confundido— ¡Me he olvidado de preguntarle cómo se llama!

Desde el otro extremo de la línea llegó el sonido de la risa apagada del director.

—Ah, sí! —dijo— Lo conozco. Es Alan Bond, un muchacho muy inteligente, por cierto, excepcionalmente inteligente. Ha trabajado como un esclavo los cuatro años que pasó aquí, y si bien pensé que iba a resultar un fracaso cuando lo vi por primera vez, reconozco que jamás en mi vida estuve tan equivocado. Sí, es la pura verdad: es el mejor de la escuela. Ha alcanzado las calificaciones más altas que jamás haya habido en el establecimiento y su comportamiento ha sido el mejor de que se tenga memoria en el colegio. Pero —la voz del director bajó de tono por un momento— me da pena el muchacho. Y el problema radica en sus padres, ¿sabe usted? , en sus padres. Son los dueños de esa pequeña verdulería de acá cerca, pero apenas les permite subsistir; no les alcanza el dinero, de manera que no sé cómo se las arreglará ese muchacho. Me gustaría hacer algo por él. Le he conseguido una beca, pero necesita algo más que eso.

—Bien. Muchísimas gracias. Hale; le agradezco sus palabras —repuso el doctor Thompson y colgó el auricular. Luego se volvió hacia Alan—. Escucha, muchacho —le dijo—: Yo tuve muchos problemas como los tuyos. Tuve que pelear por cada palmo de terreno, luchar a brazo partido para abrirme camino. Te diré qué vamos a hacer: ahora mismo iremos a ver a tus padres. Ya te he dicho que me he tomado medio día de descanso, y qué mejor que pasar el resto tratando de ayudar a otro pobre desdichado que también pasa por un mal momento. ¡Vamos, muchacho, ánimo! —ambos se pusieron de pie y, una vez en la puerta, el doctor tocó dos veces el timbre y dijo—. Voy a salir por un rato, señora Simmonds. Haga el favor de anotar las llamadas.

Y así, aquel médico de enorme talla y ese chico escuálido que entraba ya en sus mocedades, se echaron a andar por la calle, y al aproximarse a la tienda notaron que la luz estaba encendida. Cuando por la vidriera vieron que el señor Bond pesaba bolsas de mercaderías, el doctor se adelantó hacia la puerta, dio unos golpes secos y, con las manos en torno de la cara para evitar los

reflejos, miró al interior. Martín Bond levantó la vista con gesto huraño y movió la cabeza negativamente, a la vez que con los labios recalcaba la palabra "Cerrado". En ese momento, empero, vio allí a su hijo y se dijo: "¡Ay, Dios mío! ¿Qué habrá hecho ahora esta criatura? ¿En qué problema nos habrá metido esta vez?" Se dirigió presuroso a la puerta y descorrió el cerrojo; cuando ambos entraron se apresuró a echarlo nuevamente.

—Buenas noches. Usted es Martín Bond, ¿no? —dijo el doctor— Bien. Yo soy el doctor Thompson. Vivo a unas cuadras de aquí, donde tengo mi consultorio. Su hijo y yo hemos estado conversando y veo que es un chico muy inteligente. Me parece que vale la pena darle una oportunidad.

—Muy bien dicho, doctor —contestó Martín Bond de mal talante—. Pero usted no tiene que deslomarse en un lugar como éste, usted está bien establecido, supongo. Entre honorarios y mutualistas usted saca lo bastante para llevar una vida más que regalada, mientras que yo tengo que sudar la gota gorda. Pero, dígame: ¿qué ha hecho ahora el muchacho?

El doctor se volvió hacia Alan.

—Me dijiste que te otorgaron un diploma y que el señor Hale, el director, te entregó una carta especial —le dijo—; ¿podrías subir a buscarlos y traérmelos?

Alan salió presuroso y se oyeron sus pasos que subían corriendo las escaleras de madera.

—Bond, tiene usted un muchacho inteligente; hasta es posible que sea un genio —dijo el médico—. He hablado con el director.

—Y a usted, ¿qué le importa esto? ¿Por qué se mete? —replicó Martín hecho una furia—. ¿Me está trastornando al muchacho o qué?

Por un instante el rostro del médico se nubló de ira, pero en seguida logró controlarse.

—Cada tanto, Bond —dijo— alguien llega a esta tierra, quizá con cierta carga pendiente de alguna vida anterior. No sé por qué, pero la gente siente poderosísimos impulsos, impresiones muy fuertes... Y no por nada sucede

así. Pues bien, su hijo parece ser una de esas personas. El director insistió mucho en que el muchacho es inteligente y en que ha nacido para ser médico. Si usted cree que lo estoy llevando por mal camino, pues siga creyéndolo. Pero lo que quiero hacer es ayudarlo.

Alan regresó al local e irrumpió en él casi sin aliento a causa de la prisa que traía. Humildemente extendió al doctor el diploma y la copia de la carta del director junto con su aceptación por el decano del colegio de medicina de St. Maggots.

Sin decir palabra alguna, el doctor tomó los papeles y los leyó desde el principio hasta el final. Nada turbaba el silencio, salvo el rumor de los papeles a medida que leía y ponía una hoja debajo de la otra.

—Bien —dijo, por fin, al terminar—. Esto me convence. Considero que se te debe dar la oportunidad, Alan. Veamos qué se puede hacer. —Durante un momento estuvo pensando en cuál podría ser la mejor solución, hasta que por último se volvió al padre para decirle—: ¿No podríamos conversar usted, su mujer y yo acerca de esto? El muchacho es muy capaz y evidentemente tiene vocación. ¿No podríamos hablar en algún otro sitio?

Martín se volvió hoscamente hacia Alan.

—Bien —le dijo—, ya que todo esto lo iniciaste tú, ya que has venido con todas estas complicaciones, sigue pesando todas las cosas mientras yo llevo al doctor para que hable con tu madre y conmigo.

Dicho esto condujo al médico fuera del negocio hasta las escaleras y cerró la puerta.

—¡Mamá! —llamó— Subo con el doctor Thompson. Quiere hablar de Alan con nosotros.

Arriba, Mary se acercó presurosa a la escalera musitando para sí: "¡Ay, cielos! ¡Ay, Dios mío! ¿Qué habrá hecho ahora este chico?

CAPITULO VII

Mary Bond sentía un torbellino en su interior, como si una gran cantidad de mariposas se le hubieran metido dentro. Temerosa, su mirada iba del doctor a su marido y luego a Alan —que subía subrepticiamente las escaleras detrás de aquéllos—, y con desaliento condujo al médico hasta la salita, donde sólo rara vez entraba alguna visita especial.

—Bien, Alan: vete a tu cuarto —le ordenó el padre.

—¡Pero señor Bond! —interrumpió al instante el doctor— Alan es precisamente la persona más interesada en todo esto. Considero que debería estar presente en esta conversación. Al fin y al cabo ya no es un niño, como que se está acercando a la edad en que muchos otros concurren a la Facultad. . . ¡Y nosotros tenemos la esperanza de que él también vaya!

Martín Bond aprobó con la cabeza, no de muy buen grado, y los cuatro se sentaron, la madre con las manos humildemente enlazadas sobre su regazo.

—Al parecer, el doctor Thompson supone que nuestro hijo tiene riquezas a montones en el desván —dijo el padre—. Quiere hablarnos de él porque piensa que Alan puede llegar a ser médico. Yo no sé qué decir.

La madre permanecía inmóvil sin pronunciar palabra.

—Como usted sabe, señora Bond —comenzó el doctor Thompson—, en la vida suceden ciertas cosas muy extrañas y la gente tiene la impresión de que debe hacer esto o aquello, pero no sabe por qué. Alan, por ejemplo

—dijo señalando al muchacho con un gesto—, tiene la fuerte sensación de que debe dedicarse a la medicina. La impresión es tan potente que casi es una obsesión; y cuando un muchacho o una chica —pues para el caso es lo mismo— insiste en seguir una determinada carrera casi desde que comienza a hablar, tenemos que persuadirnos de que es probable que el Señor esté procurando trasmitir un mensaje, o tratando de obrar algún milagro, o algo así. No quiero decir que lo entienda, pero lo que sé es que yo —miró en torno para ver si le prestaban atención y continuó—, como huérfano, me crié en un orfanato donde, para decirlo suavemente, la vida me fue muy dura porque la gente consideraba que era diferente en ciertos aspectos, puesto que yo también tenía una decidida vocación: llegar a ser médico. Pues bien, me dediqué a la medicina y ahora la ejerzo perfectamente.

Los padres permanecían callados sintiendo que el cerebro les trepidaba con las vueltas que ejercían sus pensamientos dentro del cráneo.

—Sí, doctor; sí —dijo Martín al fin—. Estoy de acuerdo con todo lo que usted dice: al muchacho hay que darle su oportunidad; pero yo no tengo ninguna, yo tengo que luchar para pagar cuentas. Escuche, doctor —prosiguió, mirando al médico con verdadera dureza—: nosotros somos personas pobres y bien que nos cuesta pagar nuestras cuentas todos los meses. . . porque si no pagamos las cuentas todos los meses no hay mercaderías, y si no hay mercaderías se acaba el negocio. Así que, díganos: ¿cómo hacemos para costear los gastos de Alan? No podemos afrontarlos, y ahí acaba la cosa. —Se dio una fuerte palmada en la rodilla como quien subraya "se acabó", "no hay más que hablar", etcétera.

Alan estaba cabizbajo y cada vez de peor humor. "Si estuviera en los Estados Unidos", pensaba, "podría conseguir un trabajo por medio día y estudiar el otro medio, y así me las compondría. Pero en este país. . . Aquí no son muchas las esperanzas para los muchachos pobres como yo."

Entretanto, el doctor Reginald Thompson cavilaba. Por

fin se puso las manos en los bolsillos del pantalón y estiró las piernas.

—Bien —dijo entonces—; como ya les he dicho, mi vida ha sido dura y he hecho lo que creí que debía hacer. Ahora es probable que deba ayudar a Alan, de modo que les propongo algo. —Miró a todos para cerciorarse de que lo estaban escuchando, cosa que por cierto era así: Alan no le quitaba los ojos de encima; el padre lo miraba con menos hosquedad, y la madre había dejado de jugar con los dedos. Satisfecho, pues, continuó—: Yo soy soltero; nunca dediqué mi tiempo a las mujeres porque me interesaban mucho el estudio, la investigación y demás. Así pues, me quedé solterón y con ello ahorré cierto dinerillo. De modo que estoy dispuesto a invertir parte de ese dinero en Alan, siempre y cuando él me convenza de que es capaz de ser realmente un buen médico.

—¡Sería algo maravilloso, doctor! —exclamó la señora— Quisimos sacar una póliza de seguro para ayudar a Alan a pagar sus gastos, pero no encontramos ninguna que se adaptase a la gente de nuestros recursos, o mejor dicho, de nuestra falta de recursos.

El doctor movió la cabeza sin formular comentario alguno al respecto, y luego prosiguió:

—Bien. En cuanto al aspecto de los estudios, todo está bien puesto que el director tuvo palabras de elogio hacia él y tiene una beca para ingresar en la escuela de medicina de Saint Maggots. . . la misma que tuve yo. Pero con eso no alcanza para pagar los gastos que demanda vivir, puesto que sería mejor que se alojase en el propio colegio. Además, tampoco con eso se pueden pagar los otros gastos diversos. De manera que vamos a hacer esto —dijo, inflando y desinflando los carrillos y dirigiéndose después a Alan—. Haremos así, Alan: te llevaré al Hunterian Museum del Colegio Real de Cirujanos. Recorreremos sus instalaciones durante un día entero, y si lo soportas sin desmayarte ni nada, tendremos la certidumbre de que podrás ser un buen médico. —Guardó silencio unos instantes y prosiguió—: Y haremos algo más, todavía. Te llevaré a la sala de disecciones donde por todas partes

hay cadáveres y piezas anatómicas. Si te descompones con eso, querrá decir que no estás hecho para ser médico. Si logras persuadirme, muy bien... haremos un trato: tú tienes tu beca y yo me hago cargo de todos los gastos. Y cuando tengas el título de médico y puedas retribuir esto... pues harás lo mismo por otra alma que se halle en la encrucijada entre lo que sabe que debe hacer y su imposibilidad de hacerlo por falta de dinero.

Poco faltó para que Alan se desmayara de alivio y de felicidad, pero en ese momento su padre comenzó a hablar lentamente.

—Paso a paso, doctor, que a nosotros el muchacho nos hace falta para el reparto. Si hasta ahora lo hemos mantenido, es muy justo que haga algo por nosotros; pero si, como dice usted, tiene que ir a meterse en un colegio y darse la buena vida, ¿cómo quedan sus padres pobres? ¿Se piensa usted que voy a salir yo de reparto después de hora?

—¡Pero, Martín, Martín! —exclamó la mujer, escandalizada— ¡Acuérdate de que antes que Alan viniera al mundo también nos las componíamos!

—¡Sí, ya lo sé! —repuso éste malhumorado— No me he olvidado, pero también me acuerdo de todos los gastos que el chico nos ha ocasionado todo este tiempo. Hemos tenido que proporcionarle todo: y ahora que ya ha sacado de nosotros todo lo que podía sacar, resulta que se las pira para ser doctor, ¡hágame el favor! Y de seguro que eso será lo último que sepamos de él. ¡bah...! —Las manos de Martín Bond se revolvían como si estuviesen estrangulando a alguien— ¿Y qué va ganando *usted* con todo esto, doctor? —prorrumpió de pronto— ¿Por qué se ha tomado de pronto tanto interés en el muchacho? Eso es lo que yo quisiera saber... Porque es sabido que la gente no se ocupa de los demás a menos que tenga algún motivo oculto. ¿Qué piensa usted sacar de esto?

El doctor Thompson se echó a reír estruendosamente.

—¡Cielo santo! —exclamó al cabo— Señor Bond, acaba usted de persuadirme de que su hijo es excepcional.

Usted no piensa más que en el provecho que puede extraer de las cosas, mientras que él piensa en la manera de ayudar a los demás como médico. ¿De modo que usted quiere saber qué es lo que voy ganando con esto, señor Bond? Pues bien, se lo diré. Yo tengo mis intuiciones, lo mismo que su hijo. Tengo la cabal intuición de que debo ayudarlo. Pero no me pregunte por qué, puesto que no lo sé; y si piensa que me guía hacia él algún interés sexual, entonces, señor Bond, usted es más torpe de lo que yo me suponía. Puedo tener todos los muchachos que quiero, y también chicas; pero lo que deseo es ayudar a Alan por algo que intuyo, algo que está en lo recóndito de mi pensamiento y no aflora. Pero si usted no quiere que le preste ayuda, señor Bond, tendremos que aguardar a que cumpla veintiún años; y si bien será un poco tarde, empezaremos en ese momento. Yo no estoy aquí para discutir con usted de manera que, si no quiere continuar, dígamelo y me voy.

El doctor Thompson se levantó con cara de pocos amigos. Tenía el rostro encendido y miraba a Martín como si quisiera arrojarlo por la ventana del frente, mientras éste se retorcía las manos y jugaba con la punta de la chaqueta.

—Bueno. . . —reconoció—. Quizá me haya excedido un poco en lo que dije, pero no sé cómo nos vamos a arreglar para llevar las patatas por la noche y para cosas por el estilo. Nosotros tenemos que vivir, lo mismo que el muchacho.

—¡Chito, Martín, chito! —se apresuró a intervenir la mujer— ¡Todo se andará! Ya encontraremos a algún colegial que venga a ayudarnos. Y no costará mucho. . . No nos costará tanto como mantener aquí a Alan.

—¡Muy bien, muy bien! —replicó Martín moviendo la cabeza lentamente y consintiendo no sin cierto disgusto— Puedes ir. Todavía no tienes veintiuno y aún estás bajo mi tutela; de manera que me sales adelante en eso de doctorarte que te has propuesto o ya te las verás conmigo.

Dicho esto se volvió de pronto y bajó estrepitosamente las escaleras hacia la tienda.

—¡Cómo lamento todo esto, doctor! —dijo Mary Bond a modo de disculpa— Mi esposo es a veces algo impetuoso. . . Es de Aries, ¿sabe?

Así pues, quedó convenido que el doctor volvería por Alan a la semana siguiente, el día de descanso, para llevarlo al Hunterian Museum.

Concertado esto, el doctor se marchó a su casa y Alan se dirigió a su cuarto para seguir estudiando.

A la semana siguiente, Alan se presentó en el consultorio del doctor Thompson.

—¡Hola, Alan! —saludóle éste— ¡Pasa! Tomaremos una taza de té y en seguida iremos en el coche a las instalaciones de la Lincoln.

Bebieron su té con bizcochos y después el doctor dijo:

—Será mejor que pases al excusado, muchacho, porque no quiero que con la emoción me arruines el coche, tan lindo y limpito como está.

Alan se ruborizó y se dirigió de inmediato al gabinete al cual, según se dice, hasta los reyes deben ir a pie. . .

El doctor Thompson condujo al muchacho por un camino hasta la parte posterior de la casa, donde se hallaba aparcado su Morris Oxford, un coche viejo y pesado.

—Sube —le dijo una vez que abrió las portezuelas, y Alan se instaló en el asiento delantero, al lado del lugar del conductor.

El muchacho no estaba muy habituado a los autos particulares, puesto que siempre había viajado en tranvías y autobuses estrepitosos, de manera que se puso a observar atentamente cuanto hacía el doctor: poner en marcha el motor, aguardar un poco a que éste se calentara, verificar la carga de combustible y la presión del aceite y, por último, echar a andar el vehículo.

—¿Sabes cuál es el mejor camino para ir allí, Alan? —le preguntó el doctor en son de chanza.

—Bien, señor —replicó el joven—; estuve consultando un mapa y lo que puedo decirle es que hay que tomar el East India Dock Road, atravesar el puente de Londres y,

creo —dijo bastante inseguro—, también el puente de Waterloo.

—*Nones* —repuso el médico—. Esta vez te pillé. No vamos a cruzar ningún puente. Fíjate bien en el camino porque, si mis planes no fallan, tendrás que hacer este viaje bastantes veces.

Alan se sentía sumamente sobrecogido mirando todos aquellos parajes de los alrededores de Tower Hamlets, su lugar de origen. No había tenido demasiadas oportunidades de viajar, pero no obstante experimentaba la sensación muy inquietante de que en algún momento había conocido bastante bien muchos de aquellos distritos por los cuales transitaban. Giraron, por fin, a la derecha, recorrieron un trecho bastante prolongado por el Kingsway de Holborn y después tomaron por Sardin Street, calle que conduce a los Lincoln's Inn Fields. De pronto, el doctor Thompson giró a la derecha después de atravesar unas puertas de hierro, y estacionó el coche con suma habilidad.

—Ya hemos llegado, muchacho —dijo mientras desconectaba el motor y retiraba la llave—. ¡Bájate!

Se dirigieron a la entrada del edificio del Colegio Real de Cirujanos y, una vez en el zaguán, el doctor saludó con un movimiento de cabeza a un sujeto uniformado que allí se encontraba, al par que le decía: "¿Qué tal, Bob?", con natural familiaridad. Sin dejar de saludar amablemente con la cabeza, siguió por un sombrío vestíbulo de entrada.

—Ven; tenemos que doblar aquí, a la izquierda... ¡Ah, aguarda un momento! Me olvidaba... Voy a mostrarte algo. —Se detuvo un instante y tomó a Alan de un brazo—. Aquí hay algo que te dará dolor de muelas... Es el instrumental odontológico primitivo. ¿Lo ves, en aquella vitrina? ¿Qué te parecería que te sacaran algunos dientes con esas cosas? Vamos; ven para acá —le dijo— mientras le daba una palmada juguetona en la espalda.

Ese "acá" se refería a un recinto espacioso, muy amplio, lleno de vitrinas y armarios y, por supuesto, de estantes y más estantes cargados de frascos de vidrio.

Alan observaba con espanto aquellos niños embotellados, los fetos que flotaban, y todos esos extraños órganos que a los cirujanos les había parecido conveniente conservar a fin de utilizarlos como material didáctico.

Pasaron a otra sala y se destuvieron frente a un armario de nogal lustrado. El médico abrió uno de los cajones y el muchacho pudo observar que en su interior había dos láminas de vidrio superpuestas a manera de emparedado, con una repugnante mezcolanza de *algo* entre medio.

—Este armario —explicó el doctor sonriendo— representa al cerebro, un cerebro cortado en lonjas de manera que, al abrir cada cajón, se pueda ver cada porción particular de él. Mira esto —dijo dirigiéndose a otro cajón donde apareció un nuevo "emparedado" de vidrio—. En esta porción es donde se captan las impresiones psíquicas. . . Y, a propósito, me gustaría saber qué estará ocurriendo ahora en la tuya —dijo, para agregar en seguida—: ¡Y también qué está pasando en la mía!

Así pasaron toda la mañana en el Hunterian Museum hasta que el doctor propuso:

—Bien; creo que ya es hora de comer algo, ¿no te parece?

Alan, que ya estaba sintiendo rumores molestos en el estómago, movió la cabeza en un gesto de total complacencia. Así pues, abandonaron el museo y partieron en el coche rumbo a un club donde era evidente que conocían muy bien al doctor Thompson y en el cual en seguida ocuparon una mesa para dar cuenta de un suculento almuerzo.

—Después de comer vamos a ir al hospital. Te llevaré a la sala de disecciones para que veas las cosas que allí se suelen ver. . .

—¿Cómo? —inquirió Alan un poco extrañado— ¿Se puede entrar en la sala de disecciones así como así?

—¡Vaya, por Dios! ¡No, claro que no! Lo que ocurre es que me conocen como especialista y durante algún tiempo he estado en Harley Street, aunque no pude soportar todas las genuflexiones y chismorreos ni aguanté

a todas esas comadres que se imaginaban que bastaba con pagar grandes sumas para curarse al instante. Por lo demás, tratan a los médicos como si se dedicaran a la profesión más baja —acotó, a tiempo que finalizaba de comer.

A poco andar arribaron al hospital. Después de estacionar el automóvil en el espacio especial reservado para los médicos, se encaminaron por el vestíbulo principal hacia la receptoría.

—Quisiera hablar con el profesor Dromdary Dumbkoff —pidióle al empleado, quien al instante realizó la pertinente averiguación por teléfono.

—Sí, señor. El profesor me pide que los acompañe. Por aquí, por favor.

Se echaron a andar por unos corredores que a Alan le parecieron de infinitos kilómetros de largo, hasta que por último llegaron a una sala en cuyo frente figuraba el nombre del profesor. El acompañante golpeó a la puerta y empujó ésta para que el doctor Thompson y Alan entraran.

Lo primero que vieron al pasar al interior fue medio cadáver en una mesa y a dos personas de chaquetas blancas, ocupadas en la disección. Por un instante Alan sintió cosas extrañas dentro de sí, pero al momento pensó que si su intención era ser médico tenía que acostumbrarse a ver cosas de ese carácter. Así pues, tragó saliva, parpadeó dos o tres veces y todo acabó por parecerle tolerable.

—Este es el muchacho de quien le hablé, profesor —dijo el doctor Thompson a modo de presentación—. Es de buena madera. . .

—Bien; prepárate —le dijo el profesor mirándolo fijamente—, porque veremos cosas. . . ¿eh? —y prorrumpió en una especie de risita contenida y atiplada que hizo que el pobre Alan se sintiese muy turbado.

Por un rato permanecieron allí conversando mientras el profesor observaba la tarea que realizaban los dos estudiantes, hasta que por fin se dirigieron a la sala de disecciones, un inmenso salón muy frío y por de más

maloliente. Hubo un momento en que Alan creyó que iba a descomponerse, que se desmayaría o se pondría a vomitar en el suelo, pero otra vez recordó que tenía que cumplir una misión y los espasmos de las náuseas desaparecieron de inmediato. El profesor se dirigía de un cadáver a otro (en ese momento no se dictaba cátedra, de modo que no había estudiantes allí) señalando diversas cosas de interés, en tanto que el doctor Thompson observaba atentamente las reacciones del muchacho.

—¡Vaya, qué badulaques! —exclamó irritado el profesor mientras se inclinaba a recoger un brazo rígido que había caído debajo de una mesa—. Estos estudiantes de ahora no son como los que había en Alemania. Son muy descuidados. ¿Cómo es posible que dejen tirado un brazo? —Gruñendo y refunfuñando entre dientes se dirigió a otro cuerpo y tomó a Alan de un brazo—. Toma este escalpelo —le dijo— y haz una incisión desde aquí hasta aquí. Así verás cómo es cortar carne. —El joven tomó torpemente el instrumento que se le ofrecía y, con un estremecimiento interior que procuró que no se le notase demasiado, presionó con la punta y lo hundió en la carne muerta—. Tienes pasta, tienes pasta —aprobó el profesor con entusiasmo—. Sí; serás bueno como estudiante de medicina.

—Veo que todavía puedes comer a pesar de todo lo que has visto —le dijo el doctor Thompson a Alan, después, mientras tomaban juntos el té—. Creí que te ibas a caer redondo debajo de la mesa con la cara verde o algo por el estilo. ¿Qué vas a hacer la vez que te sirvan riñones a la parrilla? ¿Vas a vomitar?

—No, señor —repuso Alan riendo, ya mucho más tranquilo—. Me siento muy en lo mío.

Al caer la tarde emprendieron lentamente el regreso hacia Wapping por el camino atestado de tráfico, y durante todo el trayecto el doctor habló de sus propósitos, de que estaba entrando ya en años y se sentía cansado y de que se ocuparía de todo cuanto Alan necesitase y le

abriría una cuenta bancaria a su nombre para que se independizase de sus padres.

—Yo no concí a mis padres —añadió—. Pero si se hubieran comportado como los tuyos... ¡Créeme que me parece que habría preferido ser huérfano como fui!

Aquella noche se habló mucho en casa de los Bond. El padre no quería demostrar interés, pero no obstante escuchaba con gran atención todo cuanto se decía.

—Bien —dijo, al fin, de mal humor—; puedes irte cuando quieras, muchacho: ya hemos encontrado a un chico para que se ocupe de lo tuyo cuando te vayas.

Así pues, todo quedó arreglado en seguida. Alan debería ir a la escuela de iniciación médica del St. Maggots Hospital y después —en caso de que su desempeño fuese satisfactorio— pasaría a ser estudiante de medicina en St. Maggots. Y Alan demostró poseer condiciones en la escuela de iniciación, se desempeñó bien, figuró entre los tres más destacados y resultó un estudiante bien dotado y estimado por sus profesores.

Así llegó el momento en que tuvo que dejar la escuela de iniciación para ingresar en el hospital como estudiante de medicina propiamente dicho. En realidad, nunca pensaba en lo por venir, en lo que podría ocurrir al día siguiente, puesto que el cambio es siempre imprevisible y ya había habido muchos, pero muchos cambios en su vida.

El viejo hospital St. Maggots estaba construido en forma de "U". En una de las ramas, por decir así, de esa "U", se atendían los casos de clínica general; en lo que sería la base de la letra funcionaban los servicios de psiquiatría, pediatría y afines, y en la otra rama se hallaban las instalaciones correspondientes a cirugía. Si bien Alan había estado en muchas ocasiones en el hospital durante sus estudios de iniciación, aquel lunes por la mañana se presentó en él con la real sensación de estar temblando. Se dirigió, pues, al vestíbulo principal y se aproximó a un empleado para comunicarle quién era.

—¡Ah! Es uno de ésos... —comentó groseramente el

del despacho, y se puso a repasar con toda su parsimonia y desprolijidad las hojas de un libro, mojándose el pulgar en la boca y dejando manchas de nicotina en el papel. Por último se enderezó y dijo—: ¡Ah, sí: aquí está! Suba por esa escalera, doble a la derecha, después doble a la izquierda, segunda puerta, derecha. Tiene que ver al doctor Eric Tetley... y ándese con cuidado, que esta mañana está de pésimo humor.

El empleado se encogió de hombros y se retiró. Por un momento, Alan no se movió a causa de su asombro puesto que le parecía que bien podría haber un poco más de respeto hacia un hombre que iba a servir durante tres o cuatro años en el hospital en calidad de estudiante de medicina. No obstante, también él concluyó por encogerse de hombros, recogió sus valijas y subió las escaleras.

En lo alto, en un reducido vestíbulo situado a la derecha, encontróse con un individuo sentado a una mesa.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó éste. Alan se identificó, el empleado hojeó un libro y en seguida llenó una ficha—. Puede dejar sus valijas aquí —dijo—. Tome esto y vaya al consultorio del doctor Eric Tetley, llame una vez —no muy fuerte, ¡cuidado! — y entre. Lo que pase después depende de usted.

Si bien para Alan ésa era una manera muy particular de atender a los nuevos candidatos, tomó la tarjeta y se dirigió al consultorio que le había señalado aquel hombre. Una vez allí golpeó, esperó discretamente un par de segundos y después entró con toda prudencia. Entonces se encontró ante un escritorio repleto de papeles, instrumental quirúrgico y fotografías de mujeres. En un extremo había una placa de metal negro con letras en blanco donde decía "Dr. Eric Titley", y detrás de la mesa se hallaba el propio doctor, muy orondo, en su sillón giratorio, con los brazos abiertos y sus manos regordetas en los bordes del escritorio.

Alan se adelantó hacia el escritorio un tanto acobardado por la mirada fija del doctor Tetley.

—He venido a incorporarme a Saint Maggots, señor —dijo—. Aquí tiene mi ficha.

El doctor no hizo ademán alguno de tomarla, de manera que Alan la puso frente a él sobre el escritorio y se quedó soportando aquella penetrante mirada.

—¡Hum! —refunfuñó el doctor— Sí, Thompson tenía razón; creo que eres de buena pasta, pero me parece que hace falta que la desarrolles un poco, ¿eh? —En seguida levantó la voz, pero no fue para entonar una melodía sino para berrear—: ¡Paul! Aquí está Bond. ¿Quieres venir, por favor?

Hasta ese momento Alan no había notado que el doctor estaba presionando un botón del intercomunicador, pero al instante se produjo un ruido formidable y en el cuarto irrumpió un médico de escasa talla, aspecto desaliñado y peludo a más no poder, metido en un guardapolvo blanco que le llegaba hasta los tobillos y con las mangas recogidas en una serie de vueltas y revueltas. Parecía una verdadera piltrafa.

—¡Ah! De modo que éste es Bond, ¿eh? ¿Y qué quiere que haga con él. . .? ¿Que le dé un beso?

El doctor Tetley lanzó un bufido.

—Lo primero que tienes que hacer es formarlo —dijo—, hacer de él un hombre cabal.

Mientras repasaba los papeles de Alan, el doctor Paul no dejaba de gruñir.

—¡Oh! -dijo al fin— ¿Así que Saint Maggots ha descendido ahora a estos extremos? Ahora resulta que tenemos al hijo de un patatero que quiere ser cirujano, clínico o no sé qué. ¿Qué le parece? Se acabaron las relaciones académicas. . . Sólo hay verduleros. ¡Bah!

Alan se sentía disgustado, realmente herido en lo profundo de su ser al pensar que aquel despreciable y vil mugriento tuviese la osadía de decir cosas tan ofensivas; sin embargo, como se hallaba allí para capacitarse —pensó—, no debía decir nada. Entonces se volvió hacia el doctor Paul y pudo advertir una guiñada en sus ojos grises.

—Pero así son las cosas, muchacho —dijo éste—. Dicen que Jesús era hijo de un carpintero, ¿no es cierto? Yo no creo demasiado, como que soy un buen seguidor de la

doctrina mosaica —añadió sonriente, a tiempo que le extendía la mano.

Un momento después condujeron a Alan a una habitación situada exactamente en la torre central del edificio, sobre la puerta principal, cuarto éste en extremo estrecho que debía compartir con otros dos estudiantes. Allí, lo único que había para dormir eran unos catres plegadizos de lona.

El asistente que lo había conducido hasta la habitación le hizo dejar las valijas sobre la cama y le dijo:

—Bien, doctor; ahora tengo que llevarlo a la sala Maristow, en el ala de clínica. Entre paréntesis, es una sala de treinta y cinco camas y una habitación privada, anexa, con dos. La encargada es la hermana Swaine y ¡vaya, muchacho, si es perra! ¡Anda con cuidado!

La hermana Swaine, encargada de la sala Maristow, parecía en verdad un terrible dragón, con su metro ochenta de estatura, poco más o menos, sus noventa kilos de peso aproximadamente y esa expresión torva con que miraba a todos y a todo. Por la tonalidad oscura de su piel parecía más bien mestiza, pero en realidad provenía de una antiquísima familia inglesa; y algo que a Alan no dejó de sorprenderlo fue que, cuando la mujer comenzó a hablar, por su voz pudo advertir que se trataba de una de las personas más refinadas de cuantas había conocido. El trato asiduo de la hermana Swaine le permitió persuadirse en seguida de que no era ningún dragón y de que cuando observaba que un estudiante se dedicaba con ahínco al trabajo no titubeaba en tomarse la molestia de prestarle colaboración. Para los remisos, en cambio, no tenía tiempo, sino que más bien se apresuraba a dirigirse al despacho de la directora para informar cuando algún estudiante no cumplía a satisfacción sus tareas.

La vida del estudiante de medicina en un hospital es siempre igual, siempre la misma. Alan trabajaba mucho, con gusto, y causaba una muy buena impresión. Así, al finalizar el tercer año lo llamó el doctor Eric Tetley.

—Estás portándote bien, muchacho; mejor de lo que

yo pensaba. Al principio creí que, pese a lo que decía Thompson, tendrías que volver a limpiar patatas. Con todo, todo este tiempo te has destacado; de manera que quiero que seas mi asistente particular el año que viene. ¿Aceptas? —Miró a Alan y, sin esperar la respuesta, prosiguió—: Bien; tómate medio día libre y ve a decirle a Thompson, de mi parte, que tenía razón. —Alan se dirigió hacia la puerta, pero se volvió intrigado al oír que el doctor lo llamaba—. ¡Eh; oye un momento! —le dijo éste— ¿Tienes coche?

—No, señor —repuso Alan—. No soy más que un ex verdulero metido a estudiante de medicina... No puedo costearme un coche.

—¡Hum! —gruñó el doctor Tetley— Pero supongo que sabes conducir...

—Eso sí, señor. El doctor Thompson me enseñó y tengo mi licencia de conductor.

—Pues bien —prosiguió el médico mientras hurgaba en el cajón de la derecha del escritorio a la vez que refunfuñaba y decía palabras soeces apartando toda clase de papeles, instrumentos, etc., hasta dar por fin, satisfecho, con un llavero—. ¡Aquí está! Esta es la llave de mi auto. Quiero que le lleves un paquete a una señora... a esta dirección... ¿Entiendes qué dice aquí? Muy bien; llévaselo y no te detengas a charlar con ella, ¡cuidado! ; y después te vas derechito a ver a Thompson. Te espero de regreso aquí, esta noche, alrededor de las nueve. Dejé el auto en la cochera 23, debajo del despacho de la directora... ¡Ah! —recordó entonces— Es mejor que te dé una autorización para usar el coche, porque no vaya a ocurrir que te pille algún polizonte pazguato y te lleve por hurto o cosa por el estilo, como ya me sucedió una vez. —garabateó unas líneas en un papel, puso en él su sello oficial y se lo entregó—. Ahora, píratelas —le dijo— y no te aparezcas por aquí hasta las nueve de la noche.

Los años pasaron, años de grandes triunfos para Alan Bond, aunque también de sinsabores. Su padre falleció: víctima de un acceso de ira, cayó muerto en su comercio porque un cliente se quejaba del precio de los espárragos.

Así pues, debió ocuparse de que nada le faltase a su madre, toda vez que en el negocio no quedaban objetos de valor que se pudiesen vender y, por supuesto, la casa era arrendada. De manera que alquiló un par de habitaciones para ella y dispuso lo necesario para que estuviese debidamente atendida; más, por desdicha, su madre le tomó una inquina extraordinaria pues consideraba que él había sido el causante de la muerte de su padre al abandonarlo y pretender elevarse a una posición superior. Es decir que, fuera de ocuparse de ella, Alan nunca iba a verla.

Poco después comenzaron a circular rumores de guerra. Los siniestros alemanes, según tenían por costumbre, habían vuelto a hacer sonar sus aceros y a alardear, con su presuntuoso descaro, de lo que se proponían hacer con el resto del mundo. Primero fue la invasión de un país, después la de otro, y Alan —que por entonces ya era doctor en medicina— quiso enrolarse, pero lo rechazaron por los importantes servicios que estaba prestando en su barrio y en las compañías navieras del *Pool* de Londres.

Cierto día el doctor Reginald Thompson telefoneó a Alan al hospital, de cuyo personal éste ya formaba parte.

—Alan —le dijo—, ven a verme no bien tengas un momento disponible, por favor. Deseo verte con urgencia.

Alan, de más está decirlo, quería muchísimo al doctor Thompson, de manera que inmediatamente le pidió al anciano doctor Tetley que le permitiera tomarse el resto del día y, como ya tenía coche propio, poco después se hallaba ya estacionándolo en el garaje del doctor Thompson.

—Alan —díjole éste—, ya me siento viejo y no me resta mucha vida. Hazme un chequeo general, ¿quieres? —Alan se quedó estupefacto, pero el doctor Thompson prosiguió—: ¿Qué te sucede, muchacho? ¿Te has olvidado de que eres médico o qué pasa? Hazlo, por favor. . .

Acto seguido comenzó a quitarse la ropa en tanto Alan iba en busca del instrumental de éste: el oftalmos-

copio, el aparato para medir la tensión arterial y todo lo demás, sin olvidar, claro está, el estetoscopio que siempre llevaba consigo. La revisión del doctor puso de manifiesto una hipertensión y una estenosis mitral aguda.

—Es conveniente que se cuide —dijo Alan—. No está tan bien como yo suponía. ¿Por qué no viene usted al Saint Maggots para ver qué se puede hacer?

—No. No pienso ir a ese lugar pulgoso —repuso el doctor—. Lo que quiero es esto: aquí he conseguido reunir una importante clientela que me reporta una buena cantidad de dinero, y si Tetley dice que le resultas muy útil desde hace cinco años, yo te digo ahora que ya es el momento de que te hagas cargo de mi clientela mientras yo esté aquí para ayudarte y ponerte al corriente. Hace tanto que estás metido en Saint Maggots que te estás poniendo cargado de espaldas y poco falta para que estés miope. Anímate y vente a vivir conmigo —le dijo, y añadió—: Yo te iré dejando a ti esa clientela, por supuesto; pero mientras no me vaya al otro mundo, tú y yo podemos trabajar juntos por partes iguales. ¿De acuerdo?

Alan se sentía muy desconcertado. Hacía algún tiempo que realizaba trabajos de rutina y tenía una obsesión: la de que debía salvar vidas, salvarlas a toda costa, cualquiera que fuese la enfermedad que padeciese el paciente y aunque ésta fuese incurable. No era demasiado bueno como cirujano, pero tampoco le interesaba mucho serlo, sino que le importaba la medicina ordinaria. Ese era su fuerte y se hallaba en camino de alcanzar una gran reputación. Y ahora su amigo y benefactor, el doctor Reginald Thompson, quería que se dedicara al ejercicio particular de la medicina. En medio de estos pensamientos, empero, lo interrumpió el doctor.

—Vuélvete a Saint Maggots, habla de esto con Eric Tetley y pregúntale a tu amigo, el doctor Wardley, qué opina. Puedes estar seguro de que ambos te han de aconsejar con toda honradez. Ahora desaparece de mi vista hasta que te hayas decidido: te has quedado ahí como alelado.

En ese preciso momento se presentó la señora Simmonds, ya bastante entrada en años, con el té en una mesita rodante de madera.

—¡Oh, doctor Thompson! —exclamó— Vi que había llegado el doctor Bond y quise que se ahorrara usted la molestia de tener que llamarme para que trajera el té. ¡Aquí está! —dijo, y le dedicó una amplia sonrisa a Alan, a quien admiraba muchísimo por las meritorias tareas que estaba llevando a cabo en su vida.

De regreso en St. Maggots, Alan conversó de todas aquellas peripecias con los doctores Tetley y Wardley.

—Pues. . . No debería decírtelo, Alan; pero lo cierto es que atiendo a Reginald desde hace años, le he hecho una serie de cardiogramas y podría extinguirse de pronto. Tú le debes todo a él, como bien lo sabes; de manera que deberías recapacitar seriamente si acaso no tendrías que irte con él.

—Sí, Alan —intervino el doctor Tetley corroborando lo dicho con un movimiento de cabeza—. Has trabajado muy bien aquí, en Saint Maggots; pero estás demasiado limitado, te estás haciendo excesivamente a una rutina. Nos hallamos al borde de una guerra y es necesario que alguien ande por las calles. . . y en caso de emergencia siempre podríamos llamarte. Por mi parte, te relevo de tu contrato.

Así pues, al cabo de un mes el doctor Alan Bond comenzó a trabajar en sociedad con el doctor Reginald Thompson y los dos juntos se dedicaron con mucho éxito a la profesión.

Los diarios y la radio, entretanto, no hacían más que hablar de la guerra y de los bombardeos, y daban noticias acerca de la imposibilidad de un país tras otro de contener los embates de los aborrecibles alemanes que, con su típica brutalidad *boche**, arrasaban con toda Europa. Al cabo, Neville Chamberlain regresó de Alema-

* Forma despectiva, tomada del francés para designar a los alemanes *(N. del T.)*

nia con una serie de absurdas, vacuas y torpes palabras acerca de la "paz en nuestro tiempo", en tanto que desde aquel país llegaban, por supuesto, noticias respecto de las burlas que despertaba aquel inglés larguirucho que había ido con su enfundado paraguas con la idea de que podría restablecer la paz en el mundo. Poco después, el delirante de Hitler habló por radio en el colmo de su insolente ampulosidad y pasados uno o dos días Inglaterra le declaró la guerra.

Pasó un año y la contienda no se desarrollaba en parte alguna. Era el período de la guerra ficticia.

Cierto día se presentó a Alan un policía que, luego de cerciorarse de que él era el doctor Bond, le comunicó que su madre se había suicidado y que su cadáver estaba en el depósito de Paddington.

Alan se sintió tocado hasta el extremo de perder casi el juicio. No sabía por qué, pero eso era lo más tremendo que jamás podía suponer. ¡Suicidarse! Durante años había abogado en contra del suicidio y ahora era su propia madre quien había cometido semejante locura.

Poco después la guerra comenzó a adquirir violencia y empezaron a caer bombas sobre Londres. No pasaba momento sin que se tuviese noticias de los triunfos alemanes, de que ganaban en todas partes y de que en el Lejano Oriente los japoneses arrasaban con todo cuanto se les ponía por delante. Ya habían caído Shanghai y Singapur. Entonces, Alan trató otra vez de enrolarse en los servicios, pero de nuevo lo rechazaron con el pretexto de que resultaba más útil donde estaba.

Las incursiones aéreas eran cada vez peores. Noche tras noche los bombardeos alemanes llegaban desde el lado de la costa y se lanzaban sobre Londres. Noche tras noche bombardeaban los muelles, y la parte oriental de la ciudad se hallaba envuelta en llamas.

Alan colaboraba muy estrechamente con el personal del A.R.P. (Servicio de Prevención de Ataques Aéreos) e incluso tenía un puesto en los sótanos de la casa. Las incursiones aéreas continuaban noche tras noche. Llovían bombas incendiarias y las bombas *thermite* rebotaban en

los techos y a veces los atravesaban y envolvían en llamas a toda una casa.

Y así llegó una noche en que se produjo un formidable ataque aéreo. Toda la zona parecía estar arrasada por el fuego y el ululante gemido de las sirenas no cesaba. Las mangueras contra incendios ocupaban todas las calles y tornaban imposible que los médicos se trasladasen en sus coches.

Era aquélla una noche de luna, pero la luz de ésta palidecía por las nubes rojas que levantaban las llamaradas y las chispas que todo lo invadían; y a todo aquello se sumaba de continuo el infernal estruendo de las bombas que seguían cayendo, algunas de ellas provistas de sirenas en las aletas de la cola para hacer que la barahúnda fuese mayor y aumentase el pánico.

Alan parecía estar en todas partes, ayudando a retirar cuerpos de los lugares en ruinas, o arrastrándose por los agujeros que se cavaban en los sótanos a fin de llevar alivio a los mutilados que se hallaban dentro.

Aquella noche Alan se había tomado un respiro para beber una taza de té en uno de los puestos de emergencia, cuando un guardia de los A.R.P. que estaba con él miró hacia arriba y dijo:

—¡Caramba! ¡Esa ha sido cerca!

Alan miró y vio todo el cielo en llamas y oleadas de humo por todas partes. Desde arriba llegaba el desapacible y desacompasado fragor de los motores de la aviación alemana, y por momentos se oía el tableteo de las ametralladoras de los aviones británicos de caza nocturna que disparaban contra las máquinas invasoras cuya silueta recortaban los incendios que había abajo.

De pronto hubo un estruendo y todo el mundo pareció venirse abajo. Una casa entera voló por los aires y cayó hecha pedazos, y Alan sintió que un alarido de angustia lo envolvía. El guardia de incursiones aéreas, que había salido ileso, miró en torno y gritó:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ha alcanzado al doctor!

El personal del A.R.P. y del escuadrón de rescate se puso a retirar con toda premura los escombros que ha-

bían caído sobre las piernas y el bajo vientre de Alan. A éste le parecía estar en un mar de fuego y que todo su ser se consumía envuelto en llamas.

—No se molesten más, amigos: esto se acabó para mí —dijo débilmente cuando abrió los ojos—. Déjenme aquí y vayan a atender a los que no están tan malheridos.

Después cerró los ojos y permaneció así durante un rato. Parecía hallarse en un estado particular de éxtasis. "Esto no es dolor", pensó, y en seguida se le ocurrió que tal vez estuviese padeciendo alguna alucinación, puesto que se encontraba flotando sobre sí mismo cabeza abajo. Alcanzaba a distinguir un cordón blanco azulino que unía su cuerpo flotante con el que yacía en el suelo, y a la vez podía observar que su cuerpo yacente estaba completamente destrozado desde el ombligo hacia abajo, como si fuese jalea de frambuesa desparramada en aquel lugar. Y entonces recordó que ese día cumplía treinta años.

Después, el cordón de plata pareció perder consistencia y se desvaneció, y se vio flotando como si estuviese en uno de los globos que servían de barrera contra aviones en Londres. Pero ahora flotaba cabeza arriba y podía ver las ruinas de Londres que se iban alejando del alcance de su vista. De improviso le pareció que chocaba contra una nube oscura y por un tiempo perdió la noción de todo.

" ¡Cincuenta y Tres! ¡Cincuenta y Tres! , parecía llamar en su cerebro una voz. Entonces abrió los ojos y miró en derredor, pero todo estaba en tinieblas. Le parecía que estaba sumido en una densa neblina. "No sé qué podrá ser esto", se dijo entonces para sí, "pero de algún modo me parece conocido. ¿Dónde estaré? Debo de estar bajo los efectos de un anestésico o algo así." Y así, mientras pensaba, aquella nube oscura se fue tornando gris y pudo distinguir algunas formas, figuras que se movían, y entonces recordó todo. Se hallaba en el astral; sonrió, y mientras sonreía las nubes, la niebla y la bruma se desvanecieron y contempló el fulgor del auténtico plano astral. En torno de él se hallaban sus amigos, pues sólo a éstos es posible encontrar en tal plano. Hubo

un instante en que se miró sobresaltado, pero en seguida pensó en el primer atuendo que pudo —el guardapolvo blanco que solía usar en St. Maggots— e instantáneamente se encontró vestido con él. No obstante, lo sorprendieron por un momento las risas que estallaron alrededor de él; pero entonces se miró y recordó que su última chaqueta blanca le había llegado sólo hasta la cintura, puesto que en el hospital había tenido funciones de especialista.

El verdadero astral era sumamente grato. Los amigos de Alan, muy contentos, lo condujeron hasta una casa de reposo donde se encontró con una habitación muy agradable desde la cual podía contemplar un bellísimo parque con árboles como jamás había visto. Además, había pájaros y animales mansos que lo recorrían sin que entre ellos se hiciesen mal alguno.

Alan se recuperó pronto del trauma de la muerte en la Tierra y su renacimiento en el astral, y una semana después —como ocurre siempre— debió ir al Palacio de las Memorias en el cual se sentó, solo, a contemplar todo cuanto había sucedido en su vida anterior. Al cabo de ese lapso, imposible de medir, apareció una voz proveniente de *alguna parte* que le dijo: "Te has conducido bien; has cumplido; has expiado. Ahora descansarás aquí durante varios siglos hasta que se determine qué más hay que hacer. Aquí podrás estudiar o hacer lo que desees. Te has portado bien."

Alan se retiró del Palacio de las Memorias y afuera lo esperaban otra vez sus amigos que lo acompañaron a encontrar una casa donde pudiera sentirse a gusto y pensar qué podría hacer que fuese de su agrado.

Por mi parte creo que todos, sean lo que fueren, deben saber que la muerte no existe, que sólo hay una transición. Y que cuando llega el momento de esa transición, la indulgente naturaleza allana el camino, mitiga los sufrimientos y apacigua a todos los que *creen.*

CAPITULO VIII

En la vieja casona reinaba el silencio, aunque un silencio relativo, como suele ocurrir cuando se trata de ese tipo de mansiones. De vez en cuando, en medio de la oscuridad de la noche, se percibía el rumor de alguna añosa tabla del piso como si le pidiera disculpas a la contigua por perturbar su intimidad al rozar con ella. La vieja casa se hallaba en reposo al cabo de un día agotador. Ya no le era posible abandonarse a la soñolencia tibia de las tardes. La vieja casa estaba atravesando a los tiempos a causa de los impuestos, las demandas y a los ingentes gastos que exigía su restauración, y se sentía desdichada por el tropel de visitantes que irrumpía sin miramientos en sus corredores e invadía sus aposentos como un rebaño de ovejas trastornadas. En la antigua residencia se oían los lamentos del maderamen al combarse ligeramente bajo un peso desacostumbrado después de tantos años de quietud. Pero la familia aquélla tenía que vivir y de alguna manera debía hacerse del dinero que le era necesario de suerte que, después de muchas cavilaciones y de una gran lucha interior, había concluido por consentir en que se realizasen excursiones a la histórica mansión.

La casa, construida siglos atrás, había pertenecido a un hombre de la clase alta, buen y leal servidor de su rey, por cuya devoción habíase encumbrado a las esferas de la nobleza. La habían edificado bien y con esmero esforzados trabajadores que vivían de cerveza, queso y pan, y

que todo lo hacían bien por el placer de efectuar un trabajo a conciencia. Así, la mansión sobrevivió a los calores abrasadores del verano y a los crudos fríos del invierno cuando no había viga que no desease escapar de las heladas ráfagas que soplaban por todas partes. Los jardines estaban todavía bien cuidados y el pabellón principal de la casa aún se mantenía firme, pero había tablas que comenzaban a crujir y algunas arcadas que se combaban bajo el peso de los años. En esos momentos, después de una jornada de idas y venidas y de niños descuidados que arrojaban papeles pringosos en el suelo, la vetusta mansión había retornado a la quietud.

En la vieja casona, pues, reinaba el silencio, todo el silencio que se puede pedir de una construcción de tanto tiempo. Por detrás del entablado, los ratones chillaban y corrían. En lo alto, alguna lechuza le ululaba a la luna y, afuera, el viento gélido de la noche susurraba entre las tejas y de vez en cuando alguna rama de un árbol golpeaba contra los ventanales. Pero en esa parte del edificio no vivía nadie, puesto que la familia tenía sus aposentos en una construcción más pequeña del predio, en una casa donde en tiempos de mayor prosperidad se alojaban el mayordomo y su mujer.

Muy encerado, el piso refulgía a la luz de la luna y producía fantasmagóricos reflejos en los paneles de los muros. En las habitaciones, las ceñudas imágenes de los antepasados miraban displicentes con sus ojos sin vida, contemplaban todo desde hacía siglos.

En un rincón apartado del gran *hall*, el imponente reloj del abuelo dio las doce menos cuarto, y en un aparador las copas labradas tintinearon suavemente como si con el eco se trasmitiesen las campanadas unas a otras. Desde otra habitación, no muy apartada, llegó el repicar más sonoro del reloj de la nieta, que también daba el cuarto de hora.

Por un momento todo permaneció en silencio hasta que al cabo el del abuelo le dijo al de la nieta:

—Reloj de mi nietas, ¿estás ahí? ¿Me oyes?

Hubo un *clic* y un zumbido como si se soltase un

engranaje, y en seguida se oyó la voz potente del reloj de la nieta.

—Sí, abuelo. Te oigo, por supuesto. ¿Tienes algo que decirme esta noche?

El reloj del abuelo prosiguió con voz sorda:

—Tictac, tictac, tictac —y después, con voz más fuerte, continuó—: Nieta mía, yo nací hacia finales del siglo diecisiete. Mi gran caja la lustraron por vez primera en 1675, y desde que mi péndulo comenzó a oscilar no he cesado de pensar en el misterio de la vida. . . y mucho es lo que he vivido, mucho lo que he pensado. Los seres humanos que nos rodean tienen un término medio de vida tan exiguo que no tienen tiempo de pensar, realmente, en todas las cosas que hay que saber acerca de la vida.

¿Te interesa esto a ti, nietecita?

El reloj-nieta, sentado pomposamente en un salón reservado para las damas, afirmó apenas con la cabeza por la vibración que producía el paso de una pesada locomotora con su séquito de vagones carga, y en seguida añadió con la mayor amabilidad:

—Por supuesto, abuelo-reloj; por supuesto que me interesa saber qué has pensado a lo largo de los siglos. Cuéntame, que yo te escucharé y no he de interrumpirte hasta el momento en que mi designio me torne necesario dar las horas. Habla, abuelo-reloj, y no dudes que te escucharé.

El reloj-abuelo musitó algo para sus adentros. Su caja era magnífica, de más de dos metros de altura y brillaba en la semipenumbra sobre el muy pulido piso. Ninguna huella digital empañaba esa caja, que estaba al cuidado especial de un criado cuya tarea consistía en conservar en buen estado, limpias y con perfecto sonido aquellas maravillosas antigüedades. El reloj-abuelo tenía la faz vuelta hacia la luz de la luna y, al mirar por la ventana que estaba a su lado, podía contemplar el anchuroso parque con sus añosos árboles distribuidos como filas de soldados en una parada. En torno a los árboles los terrenos estaban cubiertos de césped cerrado, y aquí y allá había

matorrales y rododendros y profusión de arbustos traídos de muy lejanas tierras.

Más allá de los arbustos, si bien el reloj-abuelo jamás había mirado tan lejos, se extendían apacibles prados donde los equinos y bovinos de la heredad pacían la fragante hierba y, como la vieja mansión, se forjaban fantasías.

Cerca, pero fuera del alcance de la vista del reloj-abuelo, se hallaba —según sabía— un estanque sumamente agradable de alrededor de cien metros de ancho, como le había dicho un reloj viajero. Su superficie estaba cubierta de nenúfares en los que solían sentarse a croar las ranas en la estación correspondiente. El reloj-abuelo, que por supuesto había oído aquel croar, pensó que quizás el mecanismo ese necesitase aceite; pero el reloj viajero le había explicado todo y además le había hablado de los peces del estanque y de que en el último confín de éste había habido una gran pajarera de unos cien metros de largo por treinta de alto, en la cual habitaban pájaros multicolores.

El reloj-abuelo meditaba en todo esto, reflexionaba acerca de aquellos siglos y veía a los señores y a las damas que se aproximaban a él con sus vistosos atavíos, tan distintos de las ordinarias prendas con las que los seres humanos parecen vestirse de manera uniforme en estos tiempos de decadencia. Se hallaba sumido en estas cavilaciones hasta que de sus sueños lo arrancó la voz de la nieta.

—Abuelo-reloj, abuelo-reloj, ¿estás bien? Estoy esperando, abuelo. Me ibas a contar muchas cosas del pasado, del presente y del futuro, y de la vida y del sentido de todo eso.

El abuelo se aclaró la garganta y su péndulo prosiguió con su "tictac, tictac, tictac".

—Reloj-nieta —dijo por fin—, los seres humanos no se dan cuenta de que en la oscilación del péndulo está la respuesta al enigma del universo. Soy un viejo reloj, y hace tantos años que estoy aquí que la base de mi caja se está combando y mis articulaciones crujen cuando

cambia el tiempo. Por eso quiero decirte esto: nosotros, los relojes de la antigua Inglaterra, conocemos el enigma del universo, el secreto de la vida y los secretos del más allá.

Y la historia que le contó a su nieta era nueva, una historia que se había ido elaborando a lo largo de los siglos y cuyos comienzos se remontaban a tiempos inmemoriales. Dijo que tenía que mezclar la moderna tecnología con la ciencia antigua porque la tecnología moderna está todavía como la ciencia antigua.

—Los árboles me han contado —dijo— que hace muchísimos miles de años existía otra ciencia, otra civilización y todo cuanto ahora se considera moderno, y que incluso los inventos y adelantos eran entonces anticuados. —Se detuvo un momento y en seguida dijo—: ¡Oh, debo dar las horas! Ya es el momento.

Se irguió firme y alto como era en el vestíbulo principal, y de su gran caja surgió un clic preliminar al zumbido de las campanas, y al instante se oyó el repicar de la medianoche, las doce campanadas que señalan la culminación de un día y el comienzo de otro y cuando, incluso, empieza un nuevo ciclo. Y cuando concluyó el último tañido de las doce y los martillos se detuvieron y dejaron de vibrar, aguardó pacientemente a que el reloj-nieta repitiese su mensaje a quien lo escuchase en medio de la quietud de la noche.

El reloj-nieta era alto y esbelto, de no más de alrededor de los cien años de edad, y tenía una voz muy agradable y un carillón muy claro, exento de vibraciones malsonantes, sin ruidos ni cliques. Pero, claro está, eso es lo que se espera de alguien que ha vivido no mucho más de cien años. Sin embargo, permaneció a la luz de la luna que en parte filtraban las movedizas ramas de los árboles que sólo dejaban pasar hilos de luz a través del alto ventanal los cuales revoloteaban sobre la caja y embellecían los adornos de su parte alta y por momentos tocaban las manecillas, unidas en la parte superior como las manos de una persona que estuviese orando para suplicar auxilio al comenzar el nuevo día. Después emitió un leve

carraspeo y en seguida sus engranajes comenzaron a funcionar, se alzaron los martillos y golpearon las varillas. Entonces se oyó el repicar de su canto, el cual, ya concluido, dejó paso al tañido de las horas: una, dos, tres. . . y así hasta las doce campanadas.

Cuando concluyó la duodécima campanada, tembló levemente por el esfuerzo realizado, también temblaron sus martillos y las pesas que pendían de sus cadenas resonaron un poco mientras buscaban acomodarse de nuevo en la caja.

—Perdóname, abuelo —dijo con humildad la nieta—. Perdóname el haberte hecho esperar, pero llevo un minuto de atraso, ya lo sé. Pronto se habrá de subsanar esto. Continúa, por favor.

El reloj-abuelo sonrió para sus adentros: "Era bueno" —se dijo—"que los jóvenes fueran respetuosos y atentos con quienes son mucho mayores que ellos''

—Sí, nietecita —dijo sonriente—; continuaré. En todas las épocas, los hombres han buscado consuelo en la religión para las penurias de su vida antinatural. Siempre han buscado a un Dios que fuese como un padre personal que los protegiese, que velase por ellos, que los cuidase sólo a ellos y que les prodigase un tratamiento preferencial sobre todos los demás seres humanos. Siempre tuvo que existir un Dios —añadió— alguien que fuese omnipotente, a quien poder orar y de quien tener la esperanza de lograr una respuesta favorable a las plegarias.

El reloj-nieta aprobó con un movimiento de cabeza en el momento en que a la distancia se percibía el ruido del tránsito pesado, y por algún lugar un ratón travieso dio contra un adorno y lo hizo rodar sobre la mesa. Después, con un chillido de terror, el roedor saltó fuera de ésta y echó a correr hacia un agujero próximo para zambullirse en él agitando la cola en el aire.

—Además debemos tener en cuenta que la tecnología moderna —prosiguió el abuelo— no es más que el resurgimiento de la antigua. Todo cuanto existe, todo cuanto *es*, sólo es una serie de vibraciones. Una vibración es una

onda que primero sube y después baja y vuelve a subir y a bajar hasta la eternidad, del mismo modo que nuestros péndulos oscilan primero hacia un lado —donde se detienen por una fracción de fracción de segundo— y después hacia el otro. —Permaneció en silencio durante un momento y sonrió para su coleto mientras la cadena se corría un diente de la rueda de bronce interna y la pesa de su extremo inferior daba un saltito de regocijo por estar un diente más abajo en dirección al suelo—. Yo sé que todas las cosas que existen —prosiguió— tienen sus aspectos positivos y negativos, primero hacia un lado y después hacia el otro. Sé que en cierto momento —agregó con mayor solemnidad cada vez—, cuando el péndulo de la vida se halla en un lado de su oscilación, el Dios de turno es el Dios del Bien. Pero el Dios del Bien, en esa posición, se deja estar en su complacencia y no le presta demasiada atención a cuanto sucede en torno, y el péndulo de la vida —que estaba detenido a causa del cambio de oscilación— reanuda su marcha y vuelve a descender. El Dios del Bien se confía por considerar que todo se desarrolla con normalidad; pero el péndulo sigue descendiendo y empieza a subir hacia el otro lado de su oscilación, y allí el Dios del Mal —al que los hombres llaman Satanás— está aguardando con ansiedad la oscilación del poder que ahora le llega a su vez. El mal es una fuerza muy poderosa —prosiguió el reloj-abuelo—, una fuerza sumamente poderosa. La buena voluntad no cree en todo lo dañoso que es el mal, por cuya razón el Bien no pelea con la fuerza necesaria, no lucha con bastante tenacidad, y así ocurre que las fuerzas del mal de Satanás se aprovechan de las circunstancias. El péndulo de la vida asciende, y al cabo de su oscilación, como sucede con todos los puntos extremos de las oscilaciones de todos los péndulos, se detiene durante una fracción de fracción de segundo antes de volver a descender, y entonces el Dios del Mal hace el mayor de los daños en ese lapso. Después, cuando el péndulo comienza de nuevo a descender, va perdiendo gradualmente poder y cuando el péndulo sube otra vez hacia el Bien, éste vuelve a ocupar el trono.

—¡Ay, abuelo-reloj! —dijo una leve vocecita desde las sombras, y como si ella misma fuera una sombra, una suave gata blanca y negra salió de las tinieblas y sentóse a la luz de la luna con la mirada clavada en el antiguo reloj. Después se adelantó y con sus suaves zarpas rozó la base de la caja—. Abuelo-reloj —dijo la gata—, yo podría treparme a tu caja y sentarme en tu cabeza, pero te aprecio mucho y no quiero ser irrespetuosa contigo. Cuéntanos algo más.

La gata se volvió hacia el lugar iluminado por la luna y allí se sentó con la vista fija en el reloj, pero sin perder tiempo comenzó a lavarse la cara y las orejas, aunque sin dejar de echarle de vez en cuando una mirada a aquel viejo reloj.

—Espera, gatita —dijo éste mirándola con afecto—. Soy un reloj y mi tiempo tiene límites. Ahora debo esperar y dar el cuarto de hora para que todos los seres humanos que están despiertos sepan que hace quince minutos que estamos en un nuevo día. Ahora escúchame, gatita, y dentro de un minuto escucha a mi nieta. Ambos daremos la hora y después seguiremos hablando.

Entonces, en el aire apacible de la noche sonaron las campanadas del primer cuarto de hora. Del otro lado de la ventana, un furtivo merodeador que se deslizaba silencioso para hurtar huevos en el gallinero cercano se quedó tieso en el camino por un instante. Después sonrió aliviado mientras echaba a andar otra vez, ahora en dirección a la ventana donde ya se aprestaba a la tarea el reloj-nieta; y cuando la sombra del merodeador cruzó por la ventana, ella dio los minutos con un repicar de campanas mucho más alto. El ladronzuelo se detuvo una vez más y después, cubriéndose la cara con las manos contra los reflejos de la luz lunar, espió dentro del salón. "¡Vaya relojes" —dijo, "que se atreven a asustar a un buen ladrón en horas de trabajo!" Dicho esto se apartó del ventanal hacia las sombras, y unos minutos después se oyó el amodorrado rumoreo y las protestas de las gallinas sorprendidas en su sueño.

En la casa reinaba el silencio, todo el silencio que era

dable esperar de una mansión tan antigua como aquélla. Las maderas crujían y las escaleras mascullaban sus lamentaciones por tener que permanecer tanto tiempo en su posición. En toda la casa se percibía un leve rumor de patitas huidizas y, desde luego, los infaltables *tic, tic, tic* y *toc, toc, toc,* o el tictac más potente del reloj-abuelo. Todo ello constituía los ruidos normales de una casa con vitalidad.

La noche trascurría. La luna seguía su camino y ponía sombras en torno de la casa, y los habitantes de la noche salían en busca de su oportunidad. Los zorritos se aventuraban a salir de sus guaridas para echar un vistazo inicial a los seres terrestres noctámbulos.

La noche trascurría con su nocturna pléyade de criaturas nocherniegas que deambulaban como les señalaba su sino. Gatos furtivos rondaban al acecho de su presa y a cada instante se oía algún brinco repentino y una imprecación en lengua felina cuando algún desdichado de ellos fracasaba en su intento.

Por fin, hacia el levante comenzaron a disiparse las sombras y aparecieron pálidas franjas rojizas como si los dedos del sol tratasen de tantear el camino que se extendía ante él, iluminando las cumbres de las montañas lejanas e incluso acentuando la penumbra en los valles aledaños. Entonces, a la primera señal del comienzo de un nuevo día, un gallo cercano dejó oír su bronco canto. Hubo un instante en que toda la naturaleza quedó en silencio, hasta que de pronto se percibió el murmullo y el deslizarse de los habitantes de la noche, advertidos ya de que estaba por romper el alba, advertidos y presurosos por llegar a sus habitáculos en distintas partes debajo de los matorrales. Las aves nocturnas se dirigieron a sus refugios en oscuros rincones y los murciélagos volvieron a sus campanarios, en tanto que todas las criaturas diurnas comenzaban con ese desapacible alboroto que precede al despertar.

En el *hall* principal, el reloj-abuelo proseguía con su tictac, tictac, tictac, pero ya no hablaba, puesto que no era ése el mejor momento del día para conversar porque

podía haber personas en las proximidades y los relojes no revelan sus pensamientos íntimos a los descuidados e incrédulos seres humanos.

En ocasiones anteriores el reloj-abuelo había formulado algunos comentarios acerca de los humanos diciendo: " ¡Oh! Las personas siempre quieren pruebas de todo; hasta quieren pruebas de que son seres humanos. Pero ¿cómo hacer para probar algo? ", se preguntaba. Y luego continuaba: "Si algo es verdad no necesita demostración, puesto que es evidente de por sí que tal cosa está presente; pero si algo no es verdadero y no está presente, no hay *prueba* alguna que pueda demostrar que lo está, de modo que no tiene sentido tratar de probar nada."

A medida que el día asomaba, la luz se tornaba más intensa y pronto comenzó a haber mucha actividad en la casa, pues empezaron a llegar las mujeres encargadas de la limpieza e inicióse el rugir de los artefactos que trastornaban la quietud de la antigua mansión. Desde las habitaciones del piso inferior al principal llegaba el rumor de platos y el susurro de las voces de la servidumbre. Después se percibieron los bien conocidos pasos de un criado en el vestíbulo.

—Buenos días, abuelo-reloj —dijo—. Voy a lustrarlo, como todos los días, y a limpiarle la cara.

El criado se dirigió al viejo reloj, repasó con cuidado el vidrio y verificó la hora. Después abrió la caja y, levantando suavemente las pesas una tras otra, tiró de las cadenas para enroscarlas sin exigirle al reloj un indebido esfuerzo en sus antiguos engranajes. En seguida volvió a cerrar la caja y, dándole una palmadita afectuosa, se puso a la tarea de lustrar su ya muy lustrada superficie.

—Bien, abuelo —le dijo después—; ya está usted preparado, hermoso y pulcro, para recibir a todos esos gaznápiros que van a venir. Voy a poner el vallado frente a usted y ya está.

Tomó los paños de la limpieza y la cera y con cuidado aseguró un extremo del cordón rojo en una arandela situada en una pared y en seguida enganchó el otro en el

muro opuesto, de manera que nadie pudiera acercarse al reloj-abuelo sin verse obligado a saltar por sobre la barrera o a pasar por debajo de ella.

El día avanzaba, como siempre sucede, y a poco empezaron a oírse rugidos de motores y gritos de niños mal criados junto con los chillidos de algunas madres de malas pulgas y el consecuente resonar de bofetones para mantener a raya a los chiquillos.

Las puertas principales estaban abiertas, los criados permanecían a un lado y entonces se percibió una vaharada de cuerpos humanos que traía reminiscencias de elefantes en época de celo que, por supuesto, es el tiempo en que éstos se aparean y por cierto se ponen en extremo bravos. La oleada de personas irrumpió en tropel en el gran vestíbulo, se lanzó por las habitaciones y todo quedó en desorden.

—¡Mamá, mamá, quiero ir, quiero ir! —exclamó una criatura.

—¡Chitón! —lo amonestó la madre. Pero en seguida se oyó otra vez el reclamo, ahora en tono bastante más alto, del niño.

—¡Mamá, mamá: tengo ganas de ir, tengo ganas de ir!

La madre se inclinó y le propinó al hijo una sonora bofetada con la regordeta palma de la mano. Por un momento sólo hubo silencio, pero en seguida se percibió un gotear extraño.

—Mamá, ¡me lo hice! —dijo el atemorizado párvulo, y se quedó quietecito con los pantalones chorreando en medio de un charco que se iba extendiendo, mientras desde un lado llegaba un criado que, con un suspiro de resignación, acudía con una aljofifa y un balde de agua como si aquellas cosas ocurrieran a diario.

Desde la oscuridad, debajo de un sofá muy mullido, dos ojos verdes espiaban atentamente. Allí, debajo de aquel sofá, la gata blanca y negra tenía su refugio preferido y casi todos los días contemplaba con inusitado interés a los niños caprichosos y a las desmañadas matronas que colmaban de bote en bote aquella antigua mansión comentando esto y aquello y esparciendo papeles de

chocolate, vasitos de cartón —de todo— por todas partes y a cada momento, sobre los muebles y por el suelo, sin importarles el trabajo que pudiere significar eso para los demás.

El reloj-abuelo, desde un extremo del gran salón, observaba con el rostro impasible. No obstante, se sintió algo desconcertado cuando otro pequeñuelo apareció a la carrera en la sala y se detuvo ante el cordón rojo que se extendía a todo lo ancho. Uno de los criados se dirigió con presteza hacia él y lo tomó del cuello en el preciso momento en que iba a deslizarse por debajo del cordón.

—¡Sal de aquí! , ¿quieres? —gruñó aquel hombre, y lo volvió con un empellón en la espalda para alejarlo.

El gentío se tornaba cada vez más cerrado, inclusive mentalmente. Todos contemplaban boquiabiertos los cuadros colgados en las paredes, mascando y mascando, y dejaban ver grandes trozos de cosas que pendían entre el paladar y la lengua. Todo era extraño para ellos y casi no creían que pudiesen tener un gran privilegio al poder echar un vistazo al pasado. Todo cuanto les importaba era poder echarles ese vistazo a sus rentas mensuales.

Todas las cosas tienen un final, incluso las malas, si bien éstas parecen durar mucho más que las buenas. Cuando uno pasa por un momento agradable, éste parece acabar inclusive antes que se perciba que ha comenzado; pero una mala experiencia. . . ¡Ah, eso es algo diferente! Parece larga, inacabable. Pero, por supuesto, al cabo llega a su término. Y así ocurrió ese día. Al paso que las sombras se filtraban por los ventanales, la gente iba mermando y se oía el trepidar de muchos motores a medida que los grandes autobuses de excursión se ponían en marcha. La masa de personas se fue reduciendo todavía más hasta que sólo quedaron dos o tres, luego una o dos y, por fin, ninguna. Entonces, el personal de limpieza, agradecido, comenzó a desplazarse como un enjambre de langostas por todo el edificio, recogiendo papeles, cajitas, palitos de helados y toda una serie de desperdicios que a la gente desaprensiva se le ocurre desparramar por todos los sitios que encuentra.

Afuera, en los parques, había que recoger muchos vidrios rotos, botellas de bebidas gaseosas, envases de cartón; y, debajo de algunos arbustos especialmente adecuados, se encontraban enganchadas prendas íntimas femeninas. Los animales que observaban aquello no comprendían cómo una persona podía desprenderse de ciertas prendas y no tener el debido cuidado de volvérselas a poner... Aunque, claro está, esos animalitos tampoco entendían, en primer lugar, por qué la gente usaba esas prendas. ¿Acaso no habían nacido sin ellas? Entonces —como tan a menudo se decían para sí— es absolutamente inexplicable que sea tan extraño el mal comportamiento de los humanos.

Al final se hizo de noche y se encendieron las luces mientras la "familia" se reunía para calcular los ingresos del día y hacer un balance de las ganancias y pérdidas por los daños habidos, las plantas destruidas y las ventanas rotas, puesto que era raro el día en que algún mocoso malmandado no lanzara un cascote contra algún invernáculo. Por último quedó terminada la labor y se concluyeron las cuentas. Después, el vigilante nocturno comenzó las rondas con su linterna y su reloj para controlar los diversos puntos de la casa a las horas establecidas. Las luces se apagaron y un sereno —uno de los muchos— se dirigió a la oficina de seguridad.

La gata blanca y negra se deslizó en el salón principal a través de un ventanal semiabierto y tranquilamente se aproximó al reloj-abuelo.

—Acabo de cenar, abuelo —le dijo lamiéndose los labios—. No me explico cómo se lo puede usted pasar sin comer nada, con sólo algún tirón de sus cadenas de vez en cuando. ¡Debe de estar muerto de hambre! ¿Por qué no viene conmigo a cazar juntos uno o dos pajaritos...? Yo cazaré para usted alguna laucha...

El reloj-abuelo rio de buena gana para sus adentros y no dijo nada, puesto que todavía no era el momento —como todo el mundo sabe— de que ningún reloj-abuelo se soltase a hablar, un cuarto de hora antes de la medianoche, ya que ésa es la hora encantada, cuando todo es

mágico, cuando el mundo entero parece diferente y cuando quienes por lo común no hablan se las ingenian para expresar de viva voz sus pensamientos. Así pues, el reloj-abuelo sólo podía pensar y decir, en ese momento —según su costumbre—, "tictac, tictac, tictac".

Más allá, en lo que había sido una importante sala de reunión de las damas, el reloj-nieta meditaba en los acontecimientos de la jornada. Pensaba que era en extremo afortunada porque no había saltado de su base cuando dos patanes que se peleaban habían tropezado con el cordón que la protegía y se habían caído a sus pies. Por suerte, dos guardias que estaban atentos habían tomado a esos hombres y los habían sacado con cajas destempladas por la puerta, donde los recibió el personal de seguridad y los echó del parque.

El reloj-nieta pensaba en eso con un estremecimiento de terror que le producía un martilleo metálico en la garganta. Pensaba, además, en lo agradable que había sido por la mañana, cuando se había acercado a ella un joven criado, la había atendido y, después de levantar sus pesas, había ajustado muy cuidadosamente su hora, de suerte que ahora daba sus campanadas bien sincronizadas con el reloj-abuelo.

Todo estaba en calma, tan en calma como es posible esperar de una antigua mansión. Los relojes proseguían con su monótono tictac, mientras el reloj de viaje decía tictic, tictic, tictic y esperaba ansioso las doce menos cuarto para poder hablar de algunas peripecias que le habían sucedido. Y la gata blanca y negra observó las manecillas del reloj-abuelo al par que lanzó un resignado suspiro porque todavía no era el momento, como que jamás se le podía hacer hablar hasta un cuarto de hora antes de la medianoche. Así pues, la gata entró en el vestíbulo y con un saltito se encaramó sobre un arca antigua de roble. Allí se estiró y se echó a dormir sobre un cobertor, pero no por mucho rato. Había cosas más allá de los ventanales que la mantenían despierta y tenía que agazaparse y maullar porque algunos pájaros se aventuraban a revolotear en las proximidades.

—¡Ah, si pudiera abrir esta ventana! —exclamó exasperada la gata— Ya les enseñaría yo a ustedes, pájaros tontos, una o dos cosas... aunque no vivirían para aprovecharlas...

Pero cuando las aves percibieron aquella sombra blanca y negra dentro de la habitación salieron huyendo y graznando alarmadas.

En ese momento, el reloj-abuelo comenzó a dar una campanada tras otra para anunciar las once y media de la noche, cosa que también hizo el reloj-nieta. El reloj de viaje parecía andar más aprisa con su tictic, tictic, tictic, y la gata blanca y negra abrió un ojo —esta vez con otro talante— para observarlo y verificar si las manecillas señalaban en realidad las once y media.

Tictac, tictac, tictac proseguían haciendo los relojes al unísono, hasta que al cabo se oyó un crepitar métálico dentro de la gran caja del reloj-abuelo, un crepitar metálico y después un rumor sordo cuando la cadena se empezó a mover y bajó una pesa. Faltaba un cuarto de hora para la medianoche y el reloj-abuelo echó al vuelo complacido su carillón. Un cuarto de hora antes de medianoche... es decir, casi la hora en que el día expira y nace otro, casi el momento en que un ciclo concluye y se inicia la misma ronda... "Pues bien", pensó el reloj-abuelo; "ya ha llegado la hora de poder hablar.

—¡Abuelo-reloj, abuelo-reloj! Quiero hablar primero yo —exclamó la gata, que ya se había incorporado, se había arrojado al suelo y estaba frente a la gran caja lustrada del reloj.

Afuera, la luna brillaba con una intensidad algo mayor que la noche precedente porque se aproximaba la fase de la luna llena y la noche estaba más diáfana. No había en el cielo nubes precursoras de tormenta ni viento que sacudiese las ramas de los árboles, sino que todo estaba en paz, en silencio, y la luna señoreaba con su resplandor.

—Muy bien, gatita —respondió el reloj-abuelo—. Así que quieres hablar tú primero, ¿no? De acuerdo. Pero me parece que ya has hablado la primera con lo que has

dicho. Sin embargo, no importa. ¿Qué es lo que quieres decir, gatita?

La gata blanca y negra dejó de higienizarse y se sentó derechita para decir:

—Abuelo-reloj: he estado pensando mucho en lo que nos has dicho anoche. He venido meditando en lo que dijiste acerca del péndulo. Es decir, abuelo-reloj, que si el bien y el mal se alternan con cada oscilación del péndulo, no tienen demasiadas posibilidades de hacer el bien ni el mal, ¿no es cierto? , puesto que sólo trascurre alrededor de un segundo en cada oscilación, o así me parece a mí. ¿Cómo se explica esto, abuelo-reloj?

Dicho esto, la gata se quedó sentada con la cola bien estirada a sus espaldas, lo más expectante, como si aguardase un arranque de cólera del abuelo-reloj para echar por tierra sus argumentos. Pero no; el abuelo-reloj tenía la prudencia que dan los años y la tolerancia de quien ha vivido mucho, de suerte que todo cuanto hizo fue carraspear otra vez con un campanilleo metálico y decir:

—Pero, mi querida gatita, supongo que no pensarás que el péndulo del universo se mueve con un segundo de intervalo, ¿no es cierto? Se mueve en un lapso de miles y miles de años. El tiempo, como tú sabes, querida gatita, es relativo. Nosotros estamos aquí y son las doce menos catorce minutos. . ., pero en Inglaterra. En otros países es otra hora; e incluso, si fueses a Glasgow, al instante verías que ya no son las doce menos catorce, sino que serían las doce menos cuarto. Todo es muy misterioso, en realidad; y, por supuesto, mi misma concepción se halla limitada por la particular forma de oscilación de mi péndulo. —El reloj-abuelo se detuvo un instante para tomar aliento por medio de un nuevo paso de la cadena por un diente del engranaje de la caja, y después, cuando la pesa hubo descendido, prosiguió—: Debes tener presente, gatita, que nuestra medida —quiero decir la nuestra, la de los relojes— es de veinticuatro horas. Ahora bien, si cada hora tiene sesenta minutos y cada minuto sesenta segundos, quiere decir que una hora tiene tres mil seiscientos segundos; de manera que en

veinticuatro horas, a razón de una oscilación por segundo, el péndulo se mueve ochenta y seis mil cuatrocientas veces.

—¡Caramba! —exclamó la gata— ¡Qué cantidad de veces! , ¿no es cierto? ¡Por Dios que no puedo imaginarme cosa semejante! —concluyó, y se quedó mirando al reloj-abuelo con renovada admiración.

—Sí —continuó éste, entusiasmado con su tema y con su péndulo que cada vez batía con más fuerza—; pero el péndulo del universo tiene un sistema completamente distinto, puesto que no debemos olvidar que si bien nosotros nos regimos por períodos de veinticuatro horas, en el tiempo real que trascurre más allá de esta tierra el mundo abarca un período de un millón setecientos veintiocho mil años en cada ciclo, y todos estos ciclos van en grupos de cuatro, lo mismo que cuando yo doy las horas, los cuartos, las medias y los tres cuartos. Como puedes ver, pues, seguimos una buena tradición. El universo avanza por cuartos, lo mismo que nosotros, los relojes de campana.

La gata blanca y negra afirmó gravemente con la cabeza como si entendiera todo, como si todos aquellos profundos conocimientos estuviesen perfectamente al alcance de su entendimiento.

—Pero, abuelo-reloj —aventuró entonces la gata—, ¿qué sucede cuando el péndulo está en el extremo de una oscilación? Tú has dicho que se detiene por una fracción de fracción de segundo. . . ¿Qué ocurre en lo que llamas "tiempo real"?

—¡Ah, vaya, vaya! —rio el reloj-abuelo entre dientes— Pero cuando se dispone de un millón setecientos veintiocho mil años es posible contar con que el péndulo se detenga en cada extremo de la oscilación durante muchísimos años, ¿no es cierto? Esto, empero, es tan profundo, que no muchos humanos pueden entenderlo, así como tampoco lo pueden comprender muchos relojes. No quiero trastornarte la cabeza, gatita, con todos estos conocimientos, de manera que tal vez fuese mejor que dejáramos este tema. . .

—Pero, abuelo-reloj, hay algo que deseo preguntarte en particular —dijo la pequeña—: Si Dios se hallá en un extremo de la oscilación y Satán en el otro, ¿cómo pueden tener tiempo de hacer algún bien o algún mal?

El cristal situado frente a la esfera del reloj-abuelo fulguró radiante a la luz de la luna.

—Cuando se dispone de tantos años para una oscilación —repuso al cabo de un instante—, es posible contar con un número aproximado de dos mil años en cada extremo del vaivén. De modo que en uno de los intervalos de dos mil años existe el bien; en los dos mil siguientes, el mal; en la oscilación que continúa a ésta vuelve a imperar el bien y, en la otra, el mal. Pero ahora debo interrumpirme —dijo con presteza el reloj-abuelo—, pues ya es el momento en que el reloj-nieta y yo demos juntos las campanadas de la medianoche, cuando toda la naturaleza se halla en libertad para cambiar, cuando el día acaba y uno nuevo comienza y cuando el péndulo oscila y va primero hacia el bien y después hacia el mal, hacia el mal y hacia el bien. . . Ahora, discúlpame. . .

Así, el reloj-abuelo cortó abruptamente el hilo de su conversación al tiempo que sus engranajes chirriaban y la pesa resonaba al descender, y entonces de su gran caja surgió el repicar de las campanas de medianoche seguido de los profundos tañidos de las doce. En seguida, el reloj-nieta repitió como un eco y puntualmente el repicar y las horas.

Sobre la mesa que había a un costado, el reloj de viaje rezongó para sus adentros.

—¡Qué par de charlatanes fatuos! Todo el tiempo para hablar lo gastan para ellos. . . ¡Bah!

CAPITULO IX

—El virus es demasiado pequeño para que se lo pueda ver con el microscopio, y más los organismos vivientes —virus, bacterias, etc.— que habitan en la piel del ser humano, de las personas que viven en el globo. En los brazos hay alrededor de cuatro mil de estos organismos por centímetro cuadrado y en la cabeza, las axilas y las ingles, esa cifra excede los dos millones.

Vera Virus se hallaba sentada en el Valle de los Poros, pensando en todos los problemas que acosan a los seres del llamado mundo humano. A su lado estaba Brunilda, una virus íntima amiga de ella, y ambas retemblaban a su gusto como jalea, como tan sólo los virus pueden hacerlo.

—¡Ay! —exclamó Vera— ¡En qué estado de confusión me encuentro! Me han preguntado acerca de mis datos estadísticos biológicos pero, ¿cómo hacer para que la gente entienda si le digo que apenas mido 25 mm?. Por otra parte, ¿por qué no cambiamos de una vez y aplicamos el sistema métrico decimal para acabar con todo esto? Sería mucho más simple.

Brunilda se estremeció violentamente, lo cual equivalía a una especie de acceso de risa.

—¡Vaya! —dijo después— Bastaría con que dijeras a la gente qué se entiende por nm en las estadísticas biológicas. Dile que un nm es la mil millonésima parte del metro; y si aun así es tan tonta que no sabe qué es el metro, dile que equivale a un milimicrón. Con franqueza,

Vera, me parece que estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—No sé cómo puedes ser tan torpe, Brunilda —repuso Vera con suma aspereza—. Ya sabes que los granos de arena no existen aquí y que, en cuanto a la arena, todavía no ha sido inventada —añadió como sollozando (en caso de que un virus pueda sollozar) y volvió a su mutismo.

Ese mundo llamado del ser humano era un lugar muy especial. Todos los habitantes del mundo vivían en los valles de los poros porque, por alguna importante razón que nadie podía comprender, el mundo estaba cubierto, salvo en algunos lugares, por un manto muy extraño, una nube o algo por el estilo. Parecía haber inmensos pilares atravesados por un espacio intermedio que cualquier virus ágil, al cabo de algunos años, podía escalar hasta lo alto para contemplar el vacío desde la superficie de tan extraño material. Era algo en verdad notable porque, cada tanto, todo ese mundo parecía soportar una inundación. Millones de virus se ahogaban instantáneamente, hasta tal punto que sólo habían sobrevivido Vera, Brunilda y algunas amistades de éstas que habían tenido el tino de vivir en los valles de los poros.

El espectáculo solía ser sobrecogedor cuando al levantar las antenas sobre el valle se veían todos aquellos cadáveres esparcidos por las llanuras situadas entre los valles aledaños. Nadie, empero, podía explicar jamás de qué se trataba. Sabían que, a determinados intervalos, la gran barrera que cubría la mayor parte del mundo desaparecía, y que entonces sobrevenía una inundación para después dar lugar a otra barrera que se agitaba vigorosamente. A continuación podía aparecer incluso otra barrera, y después, por un tiempo, reinaba la paz.

Vera Virus y sus amigos se hallaban sentados en el Valle de los Poros, en un lugar que jamás se veía obstruido por aquella barrera y desde el cual se podía ver el cielo.

—A menudo dudo, Brunilda —dijo entonces Vera, elevando su vista—, de que haya otros mundos además del nuestro...

En ese momento se agregó al coloquio una nueva voz, la de un virus de nombre Bunyanwera, proveniente de una cultura ugandesa o que al menos había pertenecido a los caracteres raciales de sus antepasados, y que ahora era un habitante más del llamado mundo humano.

—¡Vaya, qué disparate, Vera! —prorrumpió— Sabes perfectamente bien que hay miles, millones de mundos como el nuestro. ¿Acaso no los hemos vislumbrado a la distancia, a veces? Lo que no sabemos es si hay vida en ellos. . .

—Yo creo que el mundo ha sido hecho especialmente para nosotros —intervino una cuarta voz—. No existe ningún otro donde haya vida como la nuestra. Para mí, el mundo lo creó Dios para los virus. Fíjense, si no, en las prerrogativas que tenemos: no existe forma inteligente alguna que pueda compararse con la nuestra y disponemos de valles especiales por todas partes, de modo que si éstos no han sido hechos para nosotros en particular, ¿cómo es que existen?

Quien hablaba era Catu Guama, algo así como un erudito que había viajado un poco e incluso llegado hasta el Valle de los Poros contiguo, de suerte que los demás escuchaban con respeto sus opiniones. Sin embargo, en ese momento Bunyanwera estalló de pronto.

—Pero ¡qué torpeza, qué torpeza! Dios no existe, ¡qué va! Yo le he rogado muchas veces que me concediera algunas pequeñas cosas y, ¿creen ustedes que si Dios existiese permitiría que sus criaturas sufrieran? Mírenme a mí: parte de mi sustancia gelatinosa se ha resquebrajado, lo cual me sucedió cierta vez que me acerqué demasiado a la parte alta del Valle y una porción de la barrera me rozó la espalda. ¡No, qué va a haber Dios! Si existiera me habría curado.

Por un momento hubo un pesado silencio, hasta que al fin Vera dijo:

—Bien, no sé nada; pero yo también he rogado y nunca tuve ninguna respuesta a mis plegarias ni jamás vi a ningún angel-virus flotando por los aires. ¿Ustedes vieron alguno?

Todos guardaron silencio durante un instante hasta que, de pronto, sobrevino una catástrofe escalofriante: desde el espacio cayó *algo* enorme que arrasó los grandes pilares a la sombra de los cuales se hallaban recogidos.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! —exclamó Brunilda cuando ese *algo* estaba pasando—Esa ha sido una afeitada al ras, ¿no es cierto? ¡Esta vez casi nos liquida!

Sin embargo, después de escapar de ese peligro procedente del espacio exterior —pensaban que podía tratarse de algún OVNI—, sucedió algo más: sobre ellos cayó un diluvio picante y sintieron un olor espantoso a antiséptico. Así, en un santiamén, Vera, Brunilda y Catu Guama dejaron de existir mientras aquel mundo denominado humano se frotaba la cara con un astringente.

****

Miss Hormiga se hallaba sentada plácidamente sobre una enorme piedra, limpiándose con el mayor esmero las antenas y no descuidando que sus patas estuviesen bien aseadas. Debía preocuparse por tener el mejor aspecto posible porque iba a salir de paseo con un soldado-hormiga al que habían concedido una licencia inesperada. En ese momento volvióse hacia su amiga Berta Cucaracha, que descabezaba un sueñecito al calor del sol del mediodía.

—¡Berta; oye, so tonta! —le dijo—A ver si me echas un vistazo, ¿quieres? Fíjate si todo está como se debe.

Berta se incorporó y abrió un ojo para observar a Miss Hormiga con detenimiento.

—¡Ay, ay; vaya si estás bien! —le dijo— ¡Tu soldadito se va a quedar patitieso cuando te vea! Pero todavía es muy temprano; siéntate y disfruta del sol.

Se sentaron juntas y se pusieron a mirar el desolado mundo que se extendía ante ellas. Por doquier había grandes, enormes peñascos que se elevaban veinte veces por encima de la estatura de Miss Hormiga y entre los cuales no había más que tierra seca sin una mata de

pasto, ni una brizna de hierba, ni nada que no fuese una total desolación y unas inmensas huellas características.

—Toda mi vida quise tener un soldadito, Berta —dijo Miss Hormiga elevando los ojos al cielo—, y he rogado para conseguir un compañero así. ¿Te parece que mis súplicas habrán sido escuchadas?

—¡Oh, no lo sé! —dijo Berta, parsimoniosa y prudentemente, al par que movía una de sus antenas— Yo, por mi parte, no creo en Dios; pero, si existe, jamás ha escuchado ninguna de mis plegarias. Cuando era mucho más joven, es decir..., cuando apenas era un gorgojo, solía rezarle al Dios del cual me habían hablado, pero como nunca oyó mis súplicas llegué a la conclusión de que... Pues ya lo sabes: de que estaba perdiendo el tiempo. ¿Cómo es posible creer en Dios si El no se digna darnos siquiera una pequeña prueba de su existencia, digo yo?

Hecho este razonamiento describió un círculo y volvió a sentarse, en tanto la hormiga cruzaba sus patas delanteras y decía:

—Tengo un problema, ¿sabes, Berta? , un verdadero problema, pues quisiera saber si todos esos puntos luminosos que se ven de noche son otros mundos... Y si hay otros mundos, ¿te parece que pueda vivir alguien en ellos? No puedo creer que éste sea el único mundo y que nosotros seamos los únicos que lo habitemos. ¿Qué opinas tú, eh?

—¡Vaya; qué sé yo si hay otros mundos o no! —exclamó Berta con un suspiro de irritación— A mí me parece que lo que pasa es algo muy diferente. Hace unos meses conocí a otro insecto —uno con alas— que me dijo que después de volar un larguísimo trecho se encontró con un enorme poste, un poste tan inmenso que apenas podía creer lo que me estaba contando. Y me dijo que todas las noches, a cierta hora, la punta de ese poste se encendía. Pero yo no puedo pensar que ése fuera otro mundo que sólo se iluminaba cuando el nuestro se oscurecía. ¿Qué te parece a ti?

Miss Hormiga se sentía cada vez más confundida.

—Pues... te diré que a mí siempre me dijeron que este mundo estaba hecho para nosotros, los insectos; siempre me enseñaron que no existía forma alguna de vida superior a la nuestra, o sea a la tuya y a la mía, Berta. De manera que, si tal cosa es verdad, si los predicadores tienen razón, no cabe duda de que no puede haber nada más inteligente que nosotros, pues tendrían que ser mucho más inteligentes que nosotros para poder alumbrar su mundo y ponerlo en funcionamiento sólo cuando el nuestro está oscuro. No sé qué pensar, pero creo que detrás de todo esto se esconde una Intención fundamental y, como tú, estoy empezando a cansarme un poco de rogarle a un Dios que jamás se molesta en contestar.

Las horas pasaban y las sombras comenzaban a tenderse.

—¡Eh, Miss Hormiga! Miss Hormiga, ¿dónde está usted? —llamó una voz de hormiga desde corta distancia— Traigo un recado para usted.

Miss Hormiga se incorporó y avanzó hacia el borde de la gran piedra.

—¡Sí, sí! ¿Qué ocurre? —preguntó mirando a la otra hormiga que se hallaba parada a cierta distancia.

Esta miró hacia arriba y sacudió sus antenas.

—Tu soldado se ha ido y te ha abandonado —le dijo— Ha dicho que después de todo pensaba que tu no eres la chica que le conviene, y por eso se marchó con esa muchacha descocada que vive camino arriba —añadió, a tiempo que se volvía para señalar el lugar.

Miss Hormiga se sentó con un golpe y el mundo entero se derrumbó en torno de ella. De ella, que había rogado que apareciese un soldado que la amara y poder hacer juntos su nido. En cambio, ahora... ¿Qué significaba ahora la vida para ella?

De pronto, Miss Hormiga y Berta se sobresaltaron a causa de un tremendo ruido que provenía del suelo, un ruido sordo como si se aproximara un terremoto. Ambas permanecían erguidas sobre sus patas y tratando de observar qué ocurría; pero antes de que pudieran moverse,

desde la distancia se precipitaron unas figuras oscuras y Miss Hormiga, su amiga e inclusive la mensajera, quedaron hechas papilla cuando los escolares del turno vespertino pasaron en tropel por el campo de juegos camino de sus casas.

****

Allá, en el campo, el pasto estaba crecido. Era hermoso aquello, con la lozanía de esa hierba entibiada por el sol y nutrida por las lluvias en la plenitud de su verdor; era, pues, una inmensidad que bien podía hacer las delicias de todos.

Muy adentro, en la espesura de aquella extensión que a sus habitantes les parecía una verdadera selva, dos ratoncillos retozaban entre las matas y por la tierra, corriendo y saltando de una brizna a otra de las más densas. Uno de ellos dio un gran brinco y se encaramó en la cima de la maleza y, al deslizarse en medio de chillidos de alborozo, fue a caer a los pies de una rata vieja, muy vieja.

—¡Con cuidado, chiquillo! —le dijo ésta— Estás demasiado ufano, me parece, y en este mundo la alegría no da para tanto. Dentro de poco nos veremos envueltos en el gran Misterio: toda esta selva nuestra se desplomará ante la embestida de esa Máquina tan descomunal que ninguno de nosotros tiene siquiera la menor noción de qué es. Por el estado de estos pastos me doy cuenta de que no falta mucho, de manera que mejor será que volvamos a nuestras madrigueras.

Dicho esto, la vieja y avisada rata les dio la espalda y emprendió la marcha con paso vacilante. Los ratoncillos se miraron uno al otro y después volvieron los ojos hacia aquella figura que se iba alejando.

—¡Vaya, qué vieja miserable y ridícula! —dijo uno de ellos.

—Sí; para mí que no le gustan los niños. Lo que quiere es tenernos de esclavos, que le llevemos nueces y un montón de cosas y no darnos nada.

Los ratoncillos siguieron jugando juntos un rato más, hasta que un leve estremecimiento del aire les recordó que se estaba acercando la noche. Entonces, después de una mirada de susto al cielo, que cada vez se tornaba más oscuro, ambos echaron a correr rumbo a su casa.

Allí, en comunión de espíritus, se sentaron a la entrada de la cueva a mordiscar un trozo de hierba, mirando a veces hacia arriba para tener la certidumbre de que no los observaba ninguna lechuza. No mucho después, en las tinieblas del cielo apareció el disco redondo y plateado de la luna.

—Quisiera saber qué hay allá arriba —le dijo entonces uno al otro—. Me gustaría saber si hay ratones en esa cosa enorme que se ve tan a menudo allí.

—¡Vaya, qué tonto eres! —le replicó el otro— No hay ningún mundo más que éste, por cierto —añadió, pero se apresuró a decir con un dejo de duda en su voz—: Claro que yo también pienso muchas veces lo mismo que tú. . . Hay veces que pienso que. . . pues, que tiene que haber mundos con ratones además de éste. Ya sé que nuestros clérigos dicen que este mundo ha sido hecho especialmente para los ratones y que no hay ninguna forma de vida superior a la nuestra.

—¡Ah, sí! —dijo el primero— Pero también dicen que hay que rezar, ¡y bien que he rezado yo, Dios mío! He pedido queso fresco y cosas por el estilo, pero nunca, nunca se cumplieron mis ruegos. Me parece que si hubiera Dios sería muy sencillo que pusiera un poco de queso fresco en el suelo de vez en cuando para un ratoncillo, ¿no es cierto? —inquirió expectante a su compañero.

—Pues. . . no sé, realmente —repuso éste—. Yo también he rezado, pero jamás he tenido ninguna prueba de que haya un Dios ratón ni he visto nunca a ningún ángel-ratón volando.

—No —corroboró el otro—; sólo esas lechuzas y demás seres por el estilo.

Después de estas profundas reflexiones, ambos se escabulleron en su cueva.

La noche trascurría y los diversos seres nocturnos salían en busca de su sustento, pero ya los ratoncitos se hallaban a salvo en su madriguera. Al romper el alba, el día se presentó claro y el aire cálido. Los ratoncitos se dispusieron entonces a comenzar sus tareas diarias y abandonaron la cueva para dirigirse a aquella enorme selva de malezas verdes a fin de ver qué alimentos podían recoger para ese día.

De pronto, empero, se agazaparon en el suelo y sintieron que la sangre se les helaba en el cuerpo: un rugir tremendamente infernal se aproximaba a ellos, un ruido como jamás habían oído. Tan aterrados estaban que no atinaban a moverse. Con todo, uno de ellos le susurró al otro atropelladamente:

—¡Rápido, rápido! Pidamos que no nos ocurra nada, roguemos porque podamos salvarnos.

Y ésas fueron las últimas palabras que dijo el ratoncito, pues el granjero les pasó por encima con la segadora y sus cuerpos quedaron hechos trizas y diseminados entre el pasto cortado.

****

Desde la gran pirámide de cúspide plana y flancos almenados llegaban el clangor de las trompetas y las voces broncíneas levantaban ecos en el valle al pie de lo que, claro está, era un templo sagrado.

La gente se miraba asustada. ¿Acaso llegaban con retraso? ¿Qué pasaba? Semejante resonar de trompetas sólo se oía en tiempos críticos o cuando aquellos gordos y desaliñados sacerdotes tenían algo especial que decir al pueblo. Así pues, toda la gente a una dejó lo que estaba haciendo y apretó el paso por el acostumbrado camino que conducía a la base de la pirámide. Allí había unas gradas amplias, muy amplias, que llevaban más o menos hasta el primer tercio de la pirámide alrededor del cual había salientes, prolongaciones muy parecidas a balcones —aunque tal vez sea mejor decir aceras amuralladas—; a lo largo de esas aceras amuralladas o balcones los sacer-

dotes solían pasar sus horas de descanso. Acostumbraban pasearse de a dos, con las manos en la espalda o metidas en las amplias mangas. Y de a dos iban meditando en la palabra de Dios, pensando en los misterios del universo. Allí, en la clara atmósfera de las alturas de los Andes, era muy fácil ver las estrellas, muy fácil creer en otros mundos; pero los pobladores del valle, en esos momentos, se esforzaban para subir por los enormes peldaños y entraban en tropel en el cuerpo principal del templo.

Ya en el oscuro interior, muy cargado de humo de incienso, la gente tosía un poco. Aquí y allá se veía que algún campesino, acostumbrado sólo al aire fresco, se restregaba los ojos cuando empezaba a sentir que le lagrimeaban y le ardían a causa del humo acre del incienso.

Las luces del templo eran mortecinas; en un extremo había un enorme ídolo de bronce pulido, una figura humana sedente que, empero, no era del todo humana, sino *diferente* en algunos detalles: era superhumana, de varios pisos de altura, de modo que quienes caminaban por la base apenas le llegaban a la mitad de la rodilla.

Cuando los fieles entraron y el sacerdote encargado vio que el enorme recinto estaba casi colmado, se oyó el bronco tañido de un bong. Entonces, aquéllos de ojos más fuertes a los que el humo del incienso no había afectado, pudieron contemplar el gran gong que vibraba en la mano derecha de la imagen deiforme. Los tañidos continuaban, pero no se advertía que nadie golpease aquel disco. Nadie hacía nada a varios metros de él, pero los tañidos no cesaban. Y así, sin que ninguna mano las tocara, las grandes puertas del templo se cerraron. Por un momento reinó el silencio, hasta que al cabo, sobre la rodilla del dios, apareció el Sumo Sacerdote ataviado con sus amplias vestiduras. Con los brazos en alto y mirando hacia abajo a los concurrentes, dijo:

—Dios nos ha hablado; a Dios no le satisface la ayuda que prestáis a vuestro templo. Como muchos de vosotros retaceáis vuestra contribución, Dios os va a hablar.

Dicho esto, se hincó de rodillas de frente al torso de la

enorme imagen, cuya boca se abrió y dejó oír un bramido. La gente cayó de rodillas, cerró los ojos y juntó las manos; en seguida, el bramido dejó paso a una voz potente.

—Soy vuestro Dios —dijo la imagen—. Estoy disgustado por la falta de respeto cada vez mayor que mostráis por mis servidores, que son vuestros sacerdotes. A menos que seáis más sumisos y más generosos con vuestras ofrendas, seréis castigados con pestes, llagas y forúnculos, y vuestras cosechas se secarán ante vuestros ojos. Obedeced a vuestros sacerdotes: ellos son mis servidores, ellos son mis hijos. Obedeced, obedeced, obedeced. . .

La voz se extinguió y la boca del ídolo se volvió a cerrar. Entonces el Sumo Sacerdote se puso de pie y se colocó de frente a los fieles para trasmitirles una nueva serie de demandas: más alimentos, más dinero, más servicios, más muchachas para Vírgenes del Templo. Después desapareció; pero no porque se hubiera vuelto para marcharse, sino que *desapareció*, y las puertas del templo se volvieron a abrir. Afuera había una fila de sacerdotes de cada lado, cada cual con un cepillo en la mano.

El templo estaba vacío y el ídolo permanecía silencioso. Pero no, no todo estaba en silencio porque al templo había llegado de visita un sacerdote a quien un correligionario muy allegado le mostraba sus detalles. Como del ídolo provenían algunos murmullos y ruidos apagados, el visitante inquirió al respecto.

—¡Ah, sí! —comentó su acompañante— Están probando la acústica. Usted no ha visto el interior de nuestro ídolo, ¿no es cierto? Venga usted, que se lo voy a mostrar.

Así pues, ambos se dirigieron hacia la parte posterior del ídolo donde el sacerdote residente oprimió con la mano una parte de la ornamentación, con lo cual quedó al descubierto una puerta secreta por la que entraron. El ídolo no era macizo, sino que tenía una serie de cámaras, de modo que se internaron en él, ascendieron por unas escaleras y llegaron hasta el nivel del pecho. Allí había un recinto muy extraño, por cierto, con una mesa, una

silla y una bocina conectada a una serie de tubos muy enroscados que se dirigían hacia arriba, a la garganta.

A un costado había dos asientos y una serie de palancas.

—A esas dos palancas las manejan dos sacerdotes —explicóle el residente—. Con ellas se mueven las mandíbulas, y tanta práctica hemos adquirido que las podemos accionar para que el movimiento coincida exactamente con la palabra. Fíjese en esto —añadió, yendo hacia otro lugar—. El locutor puede ver a la concurrencia en todo momento sin que lo vean a él.

El visitante fue a ver y echó una ojeada por unas pequeñas aberturas desde las cuales pudo observar el templo que ya los limpiadores barrían. Después se volvió para ver qué estaba haciendo su compañero y lo vio sentado frente a la bocina.

—Contamos con un sacerdote especial que posee una voz muy autoritaria y a quien no se le permite alternar con la gente puesto que su voz es la de nuestro dios —díjole éste—. Cada vez que es preciso se sienta aquí y trasmite su mensaje por esta bocina. Lo primero que hace es mover esta pieza y entonces la voz sale directamente por la boca; pero cuando esa pieza está en su lugar, nada de lo que aquí se dice se puede oír afuera. —Sin dejar de conversar un solo instante, volvieron al cuerpo principal del templo—. Como comprenderá, nos vemos precisados a hacer eso. Yo no sé si Dios existe o no y a menudo me lo pregunto; pero tengo la plena certidumbre de que Dios no escucha nuestros ruegos. Hace cuarenta años que estoy aquí y todavía jamás he tenido noticias de que haya escuchado ninguna plegaria. No obstante, tenemos que preservar nuestra autoridad.

—Sí —repuso el visitante—. Por las noches yo me pongo a mirar el cielo desde lo alto de la montaña, y al ver todos esos puntitos luminosos me pregunto si no serán acaso agujeros del piso del cielo o si todo no es más que imaginación. ¿Hay cielo? Todos esos puntitos, ¿son otros mundos? Y, si hay otros mundo, ¿qué ocurre en ellos?

—Así es —convino el residente—. Muchas son las dudas que yo tengo. Algún ente tiene que haber que todo lo gobierne; pero a mí me parece, por experiencia propia, que jamás responde a las plegarias. Por eso, hace mil años o más se hizo esta imagen de metal, para que los sacerdotes pudiéramos conservar nuestra potestad, nuestro dominio sobre la gente, y posiblemente ayudarla cuando Dios la ignora.

****

YO CREO que la vida entera está hecha de vibraciones. Una vibración no es más que un ciclo, de modo que, cuando decimos que algo cimbra, lo que queremos significar es que asciende y desciende, que sube y baja. Tracemos una línea recta en un papel y luego una línea curva sobre aquélla que ascienda y descienda y que recorra la misma distancia al bajar y al volver a subir. Con ello tendremos un ciclo, una vibración, la representación gráfica de una vibración similar a la que se usa en los biorritmos o en los símbolos de corriente eléctrica alternada. Y toda la vida es así: como la oscilación del péndulo. Va desde un lado de un punto neutral, pasa por el punto neutral y vuelve al otro lado hacia arriba y a igual distancia. Y después el péndulo oscila de nuevo y sigue una vez y en seguida otra y otra.

YO CREO que todo se rige por ciclos en la naturaleza. Yo creo que todo cuanto existe es vibración, una alternancia de arriba abajo, de positivo a negativo, del bien al mal y, si bien se piensa, si no hubiera mal no habría bien, puesto que el bien es lo opuesto al mal como el mal es lo opuesto al bien.

Yo creo en Dios. Creo muy firmemente en Dios. Pero también creo que Dios debe de estar demasiado ocupado como para atender a nuestros asuntos personales. Creo que cuando rogamos, rogamos a nuestro superyó, a nuestra alma superior, si lo preferís así, pero esto no es Dios.

Creo que hay dos dioses: el Dios del Bien (positivo) y el Dios del Mal (negativo). A este último se lo llama

Satán. Creo que a intervalos muy definidos —en distintas oscilaciones del péndulo—, el Dios bueno es el que rige el mundo y los seres vivientes todos, y entonces tenemos una Edad de Oro. Pero como el péndulo oscila y el ciclo continúa, el dominio del Dios bueno —del lado positivo— decrece, y una vez que pasa el punto neutral donde el poderío del bien y del mal se equilibran, asciende para dar lugar a la otra oscilación, la del mal, es decir, la de Satán. Así pues, tenemos lo que con muchas frecuencia se denomina Edad de Kali, la época de la desorganización, la era en la cual todo va mal; y después de echar una mirada al mundo actual, a los actos de vandalismo, a las guerras y a los políticos, ¿se puede negar que estemos ahora en la Edad de Kali? Y en ella estamos. Estamos dirigiéndonos al extremo de la oscilación y las cosas se irán tornando cada vez peores hasta que, al final, el péndulo esté en su punto más alto para el mal y la situación sea muy crítica, sin duda. Y entonces quedarán sin control las fuerzas del mal, las guerras, las huelgas, los terremotos. Después, empero, el péndulo cambiará como siempre de dirección, descenderá, y esas fuerzas del mal cederán para dejar paso al resurgimiento de un mejor criterio en el mundo.

Así, una vez más, se alcanzará y se traspondrá el punto neutral en que el bien y el mal se equilibran y el péndulo ascenderá hacia el bien, de suerte que, a medida que suba, las cosas irán siendo cada vez mejores. Entonces, quizá, cuando estemos en una Edad de Oro, el Dios del Universo podrá escuchar nuestras plegarias y, tal vez, darnos alguna prueba de que se ocupa de quienes vivimos aquí abajo, en este mundo.

Creo que en la época actual la prensa, los medios de comunicación (la televisión y todas esas cosas), contribuyen mucho a que el mal sea mayor, puesto que hasta en los diarios mismos se lee que se enseña a niños de siete años a cometer homicidios, y que niños de diez integran bandas de asesinos en Vancouver. Creo que habría que suprimir la prensa, y que a la televisión, la radiofonía y el cine se los debería someter a censura.

Mas, por lo que atañe a dioses. . . sí, yo creo que existe un Dios; aunque, en realidad, lo que creo es que hay una gradación de distintos dioses. Nosotros les llamamos Manus; pero para quienes no comprenden el concepto de dioses, podemos hacer una comparación con lo que ocurre en un comercio dividido en secciones. El nombre que se le ponga a éste —digamos que se trata de una cadena de supermercados—no interesa. Pues bien; en la parte más alta tenemos a Dios, que sería el presidente o gerente general, según el país en que se viva y la terminología que se emplee. El hombre que está a la cabeza, empero, es el todopoderoso, el que dispone qué hay que hacer. No obstante, este hombre, este presidente del directorio o gerente general, se halla tan atareado con su inmenso poder que no tiene tiempo para ocuparse del último de los cadetes o del último de los empleados que entrega los comestibles y los pone en los bolsos. Este hombre especial —el Dios del supermercado— representa al mismo Dios, al Manu principal de nuestro universo, al que gobierna a muchos mundos diferentes. Es tan importante y tan poderoso, y tan atareado está, que no puede ocuparse de cada mundo, de cada país ni, por supuesto, de cada individuo, sean humanos o animales, porque estos últimos tienen tantos derechos como aquéllos dentro del orden divino de las cosas.

El presidente o gerente del supermercado no puede atender todo por sí mismo, de manera que designa a subgerentes, supervisores y veedores, tarea que corresponde a los Manus en el sistema espacial. Así como existe Dios, el Todopoderoso, dentro de nuestro sistema está el Manu de la Tierra, el regente responsable del manejo total de este mundo. A él están subordinados otros Manus —supervisores, si se prefiere— que actúan en cada uno de los continentes y supervisores o Manus que se desempeñan en los diversos países del globo. Estos son los que señalan el destino de las naciones e influyen en las decisiones de los políticos. . . aunque bastantes son los desaguisados que pueden hacer los políticos sin necesidad de que los ayude ningún Manu.

Existe una criatura a la que se conoce con el nombre de "el Ojo de Dios" y esa criatura es el gato. El gato puede ir a donde quiere, hacer lo que quiere y verlo todo; no obstante, ¿quién presta demasiada atención al gato cuando éste anda dando vueltas por ahí? La gente suele decir: " ¡Ah, vaya; no es nada; es el gato! " Pero el gato continúa observando e informando acerca del bien y del mal. Las fuerzas del mal no pueden dominar a los gatos pues éstos cuentan con una barrera divina que ahuyenta los malos pensamientos. Por eso hay siglos en que se venera a los gatos como divinidades y otros en que se abomina de ellos por considerárselos discípulos del demonio, puesto que la gente diabólica desea verse libre de los gatos toda vez que éstos son quienes informan acerca de las malas acciones y nada pueden contra ellos los demonios.

En la época actual, el Manu que gobierna a la tierra es Satán. Y bien que Satán se ha apoderado de ella en nuestros tiempos, pues no es mucho lo bueno que se puede esperar que acontezca en esta época. Reparen ustedes, si no, en ese perverso grupo satánico que constituyen los comunistas. Observen todos esos cultos con sus engañosas "religiones" y cómo procuran ejercer su dominio sobre los que tienen la suficiente torpeza de abrazar sus malignas creencias. Con todo, el tiempo llegará en que Satán se vea obligado a abandonar la tierra, en que deba dejar a sus esbirros como sucede cuando una empresa quiebra y tiene que cerrar sus puertas. Pronto llegará el momento en que el péndulo cambie de sentido y con ello el mal ceda y el bien adquiera vigor, aun cuando todavía no ha sonado esa hora. Tendremos que afrontar tiempos cada vez peores hasta que el péndulo oscile realmente.

Piénsese en que cuando uno mira el péndulo le parece que siempre se está moviendo. No obstante, sabido es que no es así. Ni siquiera se mueve a la misma velocidad, porque cuando llega al lugar más alto —digamos del lado derecho— comienza a descender cada vez con mayor celeridad hasta que toca el punto más bajo, o sea aquél

donde alcanza la velocidad máxima. En ese momento, al comenzar el ascenso hacia el otro lado, el peso va deteniendo el brazo del péndulo y al final del recorrido éste se para, y permanece totalmente quieto durante un lapso apreciable antes de volver a descender para elevarse del lado opuesto.

Según nuestro concepto del tiempo podemos decir que en los relojes corrientes tal detenimiento alcanza sólo a una fracción de segundo. Sin embargo, si nos trasladamos a un tiempo diferente en el cual los segundos son años o tal vez, incluso, miles de años, el tiempo en que el péndulo queda detenido puede ser de dos mil años. De modo que, si el péndulo se halla parado del lado malo, mucho es el mal que se puede hacer antes que aquél y su ciclo prosigan su marcha descendente y vuelvan a elevarse por el otro lado en pos del bien y de una compensación.

A la Edad de Oro no la verá ninguna de las personas que actualmente viven. Las cosas irán empeorando, por cierto, y seguirán agravándose durante los años que nos quedan a los que ya somos mayores. Nuestros hijos o nietos, empero, habrán de vivir para ver el comienzo de esa Edad de Oro y participarán de muchos de los beneficios que traerá consigo. Pero una de las grandes cosas que se deberán hacer es revisar las formas religiosas. Hoy los cristianos luchan contra los cristianos, y desde que la religión de éstos se tergiversó tanto en 1960, se ha trasformado en la más belicosa de todas. En Irlanda del Norte los católicos matan a los protestantes y los protestantes matan a los católicos. Por lo demás, los judíos y los musulmanes están en guerra. Pero, ¿qué tendrá que ver la *religión* que uno profesa? Todos los caminos conducen al mismo sitio. Tal vez se discrepe un poco en esto o en aquello, pero todas las religiones deben llevar al mismo lugar. ¿Qué puede importar que una persona sea cristiana y otra judía? ¿Qué importa que la religión cristiana, como sucedía en tiempos de Cristo, estuviese formada por una combinación de religiones del Lejano Oriente? La religión debe estar hecha a la exacta medida de la gente a la que se va a predicar.

La religión debe ser algo muy distinto, por cierto. La deben predicar individuos devotos y no quienes desean llevar una vida fácil y tener un pasar seguro y cómodo, como al parecer ahora sucede. No deben existir discriminaciones ni tampoco, por cierto, misioneros. Por propia y amarga experiencia sé que los misioneros son los enemigos de los verdaderos creyentes. Sé que en la China, la India y muchos otros lugares —en particular el Africa— la gente quería convertirse al cristianismo sólo por las dádivas que ofrecían los misioneros. Y también debemos recordar que esos misioneros, con su mentalidad gazmoña, insistían en que los nativos usaran ropas inapropiadas y que, además, llevaron la tuberculosis y otras terribles enfermedades a individuos que antes, en el estado natural que les es propio, eran totalmente inmunes a tales afecciones.

Y quizá convenga recordar también la Inquisición española, cuando se torturaba y se quemaba viva a la gente de otras religiones porque no creía en las mismas fantasías en que creían los católicos o en las que éstos consideraban que era prudente simular creer.

La Edad de Oro llegará. No en nuestra época, sino después. Quizá cuando el Dios de nuestro mundo esté más desocupado, durante el período de ese ciclo bueno, se dedique a estudiar un poco más a los seres humanos y a los animales. Los Jardineros de la Tierra tienen las mejores intenciones, sin duda alguna; pero nadie puede negar que a veces es necesario que el dueño de casa intervenga y observe qué hacen sus jardineros, e incluso que ordene efectuar algún cambio aquí o allá.

Yo creo en Dios, pero también creo que es inútil rogar y rogar a Dios por cosas triviales. Demasiado ocupado está El y, por otra parte, en esta época nuestro ciclo, ritmo o péndulo, se halla en la fase negativa y durante esa fase imperan la perversidad, la negación y el mal. De modo que si usted desea algo, ruéguele a su Superyó. Y si su Superyó considera que es bueno para usted —y para él—, quizá se lo conceda. Pero en ese momento tal vez usted ya no lo desee.

CAPITULO X

Margaret Thugglewunk abrió un ojo cautelosamente y atisbó con recelo la plena luz del día.

—¡Ay, Dios mío! —gimió— ¡Qué cosas tiene que hacer una chica para vivir!

Abrió lentamente el otro ojo y entonces la luz le dio de lleno. Sentía un dolor que le atravesaba de parte a parte la cabeza y pensó que se le iba a partir el cráneo. Entonces se llevó las manos a la nuca y lanzó un gemido, pues el dolor era intenso. Durante un momento permaneció tendida tratando de recordar qué había sucedido esa noche.

—¡Ah, sí! —recordó— Andaba tras ese contrato tentador y ese tipo detestable me dijo que tenía que pasar la noche con él si quería obtenerlo. ¡Ay, Dios! ¿Qué me ha pasado? Que las relaciones sexuales sean correctas, vaya y pase; pero yo tengo la sensación de haberme acostado con un elefante enfurecido.

Al fin, sin dejar de quejarse, se dirigió tambaleando al cuarto de baño y se desplomó en el asiento. Allí, después de muchas arcadas y vómitos, se envolvió la cabeza con una toalla mojada sin preocuparse por lo que pudiera sucederle a su peinado. Cuando al cabo se sintió un poco mejor, echó una mirada en torno de ella y al hacerlo palideció de rabia.

—¡Este vago inservible de marido! —exclamó— Y le dije que dejara limpio todo por la mañana antes de ir a trabajar. . .

Al pensar en su marido volvió a sentirse mareada y

salió tambaleándose del cuarto de baño para dirigirse a la cocina. Miró en torno confundida y sus ojos se detuvieron en un papel apoyado contra una botella de leche. "Estoy harto de vivir con una mujer de la Liberación", decía la nota. "Eso de los mismos derechos puede llegar demasiado lejos; y como te lo pasas durmiendo por ahí noche tras noche, eso es suficiente para que me vaya. Nunca más me volverás a ver."

Tomó la nota y la miró atentamente. Después se volvió, la puso a la luz y por último la sostuvo al revés como si algo se le hubiera ocurrido; pero no, no se le había ocurrido nada: en ella no se notaba ni alegría ni dolor alguno. Era, sencillamente, otra de esas mujeres cobardes e inútiles que se autotitulan liberales, lo cual constituye la peor maldición de nuestra civilización.

Yo soy uno de los que sienten absoluto desprecio por las mujeres de la Liberación y de los que abominan de ellas porque no sirven de esposas, puesto que sólo son un desecho inútil que lleva a la ruina al género humano.

Alrededor de 1914 sobrevino una gran tragedia en Inglaterra. Ese año comenzó la Gran Guerra, la Gran Guerra Mundial, pero también se inició otra guerra: la denominada guerra de los sexos. A las mujeres les estaba reservada la tarea de criar a los hijos para que no se extinguiera la raza humana, pero en 1914 se emplearon en las fábricas y empezaron a usar ropas masculinas. Pronto dieron en beber, fumar y emplear un vocabulario tan soez que ni siquiera los hombres utilizaban, por muy depravados que fuesen. En seguida comenzaron a quejarse y a despotricar diciendo que se les daba un tratamiento injusto, pero ninguna dijo jamás qué pretendía. Lo que quieren, según parece, es convertirse en salvajes redomadas y no tener que pensar en absoluto en perpetuar la especie.

Realmente es demasiado espantoso, para decirlo con palabras, la facilidad con que las muchachas se acuestan con el primer hombre que se les ocurre. En algunos casos, esto casi constituye una violación del hombre. Y después, cuando nace un niño del matrimonio o extrama-

trimonial, la madre vuelve presurosa a la fábrica, al comercio o a lo que sea, y se deshace del niño o lo deja al cuidado de una *baby sitter.* Después, cuando la criatura crece, la deja andar por las calles donde acaba por ser dominada por otras de más edad y más fuertes. Y de esta manera se forman las bandas que andan sueltas. Vean ustedes, si no, esta noticia del peródico *The Albertan* del 15 de julio de 1976, resumida, por supuesto. Dice así; "Niños delincuentes se ofrecen" y después de la consabida cháchara el artículo continúa: "En un indeterminado lugar de Vancouver existe un niño de diez años que se ha puesto a disposición del hampa a fin de que lo contraten para cometer homicidios".

Al parecer, este joven personaje de diez años capitanea una banda de cien niños que matan por una paga cuando se les encarga.

Hace unas semanas apareció en un diario la noticia de que un niño, incluso menor que aquél, había cometido un asesinato, y ahora hay otro caso de una criatura que mató a un supuesto amigo.

En otros tiempos, la madre solía quedarse en su casa y criar a sus hijos para que fueran buenos ciudadanos, niños obedientes; y ¿qué cosa mejor puede haber que una madre que se queda en casa, educa bien a sus hijos y vela por el bienestar de su familia? Es evidente, pues, que muchas de estas mujeres que no son hogareñas están bajo el influjo de las fuerzas del mal.

Durante la Primera Guerra Mundial las mujeres se emplearon en fábricas, en oficinas y hasta se incorporaron a las fuerzas armadas, y entonces quienes se dedicaban a la propaganda percibieron que se habían duplicado las fuentes de ingreso de aquéllos a los que servían por medio de la publicidad. A poco la economía tomó un rumbo que hizo que para la mujer fuera necesario trabajar, o que al menos fuese así a primera vista. Todo el aparato de la propaganda dio en insistir en la conveniencia de que la mujer comprara esto y aquello; y así, claro, como mujeres que eran, se tragaron el anzuelo, la línea y la plomada.

Los gobiernos, por su parte, observaron asimismo que cuando las mujeres trabajaban y ganaban mucho dinero había más ingresos en concepto de impuesto a los réditos, más efectivo proveniente de los gravámenes a las compras y una serie de cosas más. No obstante, la mujer sigue siendo todavía tan perfectamente tonta que olvida lo que es connatural en ella y sale a trabajar para endeudarse y comprar cosas que maldito para qué le sirven.

Las mujeres actuales —en particular las del movimiento de Liberación— carecen por completo de gusto, no tienen ni el más remoto sentido del buen tono en el vestir. Suponen que el *summum* de la elegancia consiste en salir todos los días con una blusa fresca y una falda, prendas que adquieren en cualquier tienducha y que por lo común son del material más barato que existe, lleno de aditamentos llamativos.

¿Han reparado ustedes en las mujeres en estos últimos tiempos, es decir, en las muchachas jóvenes? ¿Han visto qué liso tienen el pecho y qué estrechas las caderas? ¿Cómo pueden tener hijos, así? Con fórceps, sin duda, que deforman y comprimen el cerebro.

¿Han observado cómo se está deteriorando en nuestros tiempos la institución del matrimonio? Las mujeres —sobre todo las mujeres— lo único que desean es amancebarse y dar rienda suelta al sexo; y si después su compañero se enoja un poco con ellas, todo cuanto hacen es recoger sus bártulos y largarse con el hombre que tienen más cerca y esté dispuesto a convivir con ellas.

Dentro de la esfera del esoterismo existe un principio masculino y uno femenino, es decir, dos polos opuestos; de manera que, para que el mundo siga siendo un lugar habitado, es preciso que hombres y mujeres sean distintos entre sí. De no ser así, las mujeres serán estériles y por mucho que lo intenten y se esfuercen ya no podrán tener descendencia.

Tal vez lo que deberíamos hacer es salir y darles su merecido a los anunciadores, que son quienes tientan a las mujeres a seguir el camino de la aniquilación del género humano. ¡Vaya si podríamos hacerlo! Y bien

claro que está en el Registro Ascásico de las Probabilidades que tal cosa puede ocurrir... como que ya ha ocurrido hace millones de años.

Más allá, mucho más allá de donde alcanzan los recuerdos de nuestra especie, hubo una civilización que conoció un desarrollo sumamente elevado. La gente era de un tinte purpúreo, pero no necesariamente humana o, al menos, no del todo humana, puesto que las mujeres tenían seis mamas y no dos como ahora, y además poseían otras diferencias sutiles.

El nivel de esta civilización era muy alto y la vida en familia muy acogedora; no obstante, las mujeres resolvieron no permanecer más en sus casas para formar una familia, no quisieron tomarse molestia alguna por el marido ni por los hijos y se sintieron perseguidas, si bien jamás dijeron por qué ni qué deseaban en realidad, pero evidentemente algo se había trastrocado en sus mentes. De este modo, pues, quisieron verse libres de los lazos matrimoniales y tan pronto como nacía un bebé lo enviaban a cualquier casa donde quisieran hacerse cargo del hijo que no deseaban. Sucedió así que la raza se deterioró, degeneró y perdió su pujanza. A la postre las mujeres se tornaron totalmente estériles y la especie desapareció.

¿Saben ustedes algo de jardinería? ¿Han visto alguna vez un manzano florecido al que después se lo descuida? Por mucho que ese manzano diera en determinado momento manzanas hermosas y codiciadas por su contextura, su sabor dulce, su color, etc., al descuidárselo durante un tiempo las manzanas que produce son agrias, mustias, deformes y rugosas.

¿Han visto ustedes alguna vez caballos de pura raza a los cuales se ha descuidado y se deja que se crucen con *ponies* salvajes? Pues bien; yo les diré qué resulta de eso: al cabo de unas pocas generaciones los animales alcanzan el nivel más bajo porque todas esas cosas parecen perjudicar a la progenie.

Lo mismo sucede con los seres humanos. Si se descuida a los niños se crían sin disciplina y entonces

aparecen bandas armadas, forajidos, todo lo malo y repugnante. Se engendran violadores y hay gente mayor apuñalada y mutilada. Hace muy poco se dio un caso en que dos mujeres se encontraron con un anciano incapacitado que tenía piernas ortopédicas, y por unas monedas que llevaba en los bolsillos le propinaron una paliza que le rompió ambos miembros artificiales y lo dejaron medio desnudo en mitad de la calle.

No hace mucho, también, se produjo otro caso en el que asimismo intervinieron mujeres: dos de ellas fueron a una casa habitada sólo por una anciana jubilada y, después de forzar la puerta, le propinaron una paliza. La anciana pudo salvar su vida fingiendo estar muerta. Entretanto, las dos mujeres —si se les puede llamar así— desvalijaron la casa y se llevaron todo el dinero que tenía aquélla, dejándola sin un solo céntimo. Porque ya se sabe que los jubilados no cuentan con mucho para vivir. . .

¿Saben ustedes a qué llegan los niños indisciplinados? ¿Saben qué sucede cuando se deja que los niños lleguen a la adolescencia sin disciplina alguna, sin pensar siquiera en que deben trabajar?

Guillermo el Lobo andaba correteando a medianoche por la calle. El deslumbrante fulgor de las luces de neón vacilaba y volvía a causa del viento nocturno que hacía cimbrar y que se ladearan los portalámparas. Era el día de pago y todavía, a hora tan avanzada, había mucha gente. Los centros comerciales, siempre dispuestos a sacar partido del día de pago, permanecían abiertos hasta muy tarde cuando existía la posibilidad de que el dinero circulara.

Guillermo el Lobo era un personaje tenebroso, uno de esos ejemplares francamente indeseables que parecen escurrirse del maderamen los sábados por la mañana y que de madrugada caminan por las avenidas de manera desmañada y bamboleándose como deficientes mentales ebrios. Ni siquiera sus padres se ocupaban de él y hasta le habían negado el refugio de su hogar.

Como su padre y su madre trabajaban, cuando Guillermo se quedaba en casa hurtaba cuanto podía. Si la

billetera del padre caía en sus manos cuando el anciano regresaba hecho una cuba, tomaba de ella lo que podía. Siempre estaba al acecho para apoderarse de la cartera de su madre y quitarle todo el dinero que pudiese, y cuando lo acusaban le echaba la culpa a su padre.

Guillermo era ya famoso en el barrio. Con su andar desmañado rondaba de continuo por las calles oscuras tanteando las portezuelas de los autos para ver cuáles estaban sin llave, y cuando encontraba alguna, pues... allí estaba él para sustraer algo de las guanteras e incluso llevarse las tapas de los cubos de las ruedas.

Sus padres estaban hartos de él, de modo que al cabo, viendo que no les prestaba oídos ni movía un dedo por encontrar un trabajo cuando lo expulsaron de la escuela, echaron llave a las puertas, cambiaron las cerraduras y también clausuraron las ventanas. Entonces Guillermo anduvo unas cuadras y se dirigió a la oficina de desempleo donde adujo falsas razones para no trabajar y después, con un nombre distinto tomado de una cartera robada, consiguió que en Bienestar le dieran dinero. Mas... Guillermo el Lobo rondaba por la calle con mirada voraz y en busca de la ocasión, volviendo la cabeza de un lado a otro. Miraba hacia adelante y después hacia atrás. Cuando volvió a mirar al frente, de pronto se puso tenso y apretó el paso: allí en la esquina estaba una muchacha con una abultada cartera, sin duda una empleada de alguna de las tantas oficinas.

Guillermo avanzó con toda tranquilidad y vio que estaba por cruzar la calle, pero en el momento en que iba a hacerlo la detuvo la luz roja. Guillermo avanzó y se colocó a la par de ella, deslizó una pierna por delante de la muchacha y con la mano derecha le dio un empujón en la nuca. La joven cayó pesadamente de bruces y se golpeó con la frente en el bordillo de la acera. El muchacho tomó la cartera que asía la mano exangüe de la chica y siguió caminando sin cambiar el paso.

Al doblar la esquina se internó en un oscuro callejón que bordeaba un edificio de apartamentos, y rápidamente echó un vistazo por sobre el hombro a fin de cerciorarse

de si alguien lo segu͏ı Entonces vio a la muchacha tendida en el suelo y una mancha roja que se extendía, una mancha roja que parecía negra bajo las verduscas luces de neón. Con una risita ahogada deslizó el bolso debajo de su chaqueta de cuero y corrió el cierre de ésta mientras proseguía la marcha como si nada en la tierra pudiera preocuparlo, como si fuera la persona más inocente del mundo. Llegó así a una parte más sombría aún de aquel callejón, donde se hallaba un garaje que desde cierto tiempo atrás permanecía desocupado y cerrado con llave pues sus dueños no se dedicaban ya a esa actividad y querían vender el local. Cierto era que el garaje estaba cerrado, pero varias semanas antes de su clausura, en un descuido del empleado, Guillermo se había apoderado de un duplicado de la llave que se hallaba a un costado de la caja registradora.

Una vez que Guillermo se encontró dentro del garaje se agachó junto a la puerta, pues el interior estaba muy iluminado a causa de la luz de la calle que entraba por una ventana. Así pues, se acuclilló en el suelo y volcó el contenido del bolso. Riéndose entre dientes colocó a un lado todo el dinero que encontró, y después de revolver el resto de las cosas y detenerse a observar los objetos particulares que las mujeres suelen llevar en la cartera, se puso a leer con notorio esfuerzo un manojo de cartas que habían en ésta. Al fin, viendo que no había nada más de valor, apartó con el pie el resto de las cosas hacia un montículo de desperdicios.

Entretanto, la joven yacía desmayada y desangrándose en medio de la indiferencia de la acera. A su lado fluía el denso tráfico nocherniego con gente que salía de los clubes nocturnos y los cinematógrafos, los últimos trabajadores de regreso a sus domicilios y los que iban a hacerse cargo de sus turnos. Los automovilistas miraban asombrados, pero aceleraban la marcha para no verse comprometidos y los escasos peatones que circulaban por la acera se detenían a mirar y en seguida proseguían su camino. Desde la puerta de un comercio se adelantó un individuo que había presenciado todo y que, por no

comprometerse él tampoco, no quiso detener a Guillermo a pesar de haber podido hacerlo, porque ¿a santo de qué tenía que colaborar con la policía si nada había que tuviese que agradecerle? Y, si bien se miraba, ¿por qué tenía que ayudar a la muchacha si no la conocía siquiera? Así pues, avanzó con toda parsimonia y, cuando estuvo al lado de ella, se inclinó para verla mejor, conjeturando al mismo tiempo qué edad podría tener y quién podría ser. Después hurgó en los bolsillos de la chica y, como en ellos no hallara nada, le miró las manos y entonces advirtió que tenía una alianza y dos anillos más. Sin mayores miramientos se los quitó, los introdujo en su bolsillo y después, al incorporarse, la tocó con la punta del pie para ver si estaba viva o no, hecho lo cual desapareció en las sombras.

En los barrios bajos de Calgary, la apacible vida del populacho tomaba día a día un carácter más intranquilo a causa del incremento cada vez mayor de la delincuencia y por influjo de los grandes titulares de los diarios que clamaban por que se tomasen medidas. Había artículos acerca del aumento de las violaciones y de los asaltos, pero al grueso de la población eso no le importaba: lo único que le preocupaba era que no les sucediera *a ellos*. La vida nocturna trascurría en Calgary como antes, es decir, con muchos sobresaltos y con la angustia del crimen agazapado en las sombras y dispuesto a aflorar en cualquier momento. Se hablaba de cerrar los parques por la noche, de reforzar la vigilancia nocturna, pero todo se reducía a meras palabras y nada más. Y la ciudad seguía como siempre, día tras día y noche tras noche.

A los lejos un campanario comenzó a repicar. Medianoche otra vez. En las cercanías sonaba insistentemente una bocina porque un ladrón había violentado la portezuela de algún automóvil y puesto así en funcionamiento la alarma. No obstante, nadie le prestaba atención, nadie se preocupaba de eso puesto que nadie quería complicarse en nada.

Y otra vez medianoche. Guillermo el Lobo trotaba por las calles. Aquel suéter de cuello levantado que alguna

vez había sido blanco estaba manchado de restos de comida y se le movía por todos lados cuando trotaba, como siempre, a la expectativa de su presa.

Al ver lo que estaba esperando aguzó la atención y apretó el paso. Un trecho más allá, frente a él, una anciana diminuta que portaba un abultado bolso caminaba arrastrando los pies. Era sin duda una mujer incapacitada, disminuida, artrítica tal vez, que arrastraba los pies como si apenas pudiera dar un paso, como si le resultara difícil llegar al final del trayecto. "Pues bien; no llegará", rio Guillermo para sus adentros.

De inmediato se colocó junto a la anciana y con gran facilidad —destreza que había adquirido después de muchos encuentros exitosos— alargó una pierna por delante de ella mientras le colocaba una mano en la espalda para empujarla hacia adelante y hacerla caer de bruces para arrebatarle la cartera. Con todo —¡oh, sorpresa! — la ancianita se zafó y le dio a Guillermo en la cabeza con su pesado bolso.

Guillermo vio llegar el golpe como un rayo y sintió que le daba en la cabeza con un formidable chasquido. Entonces vio puntos brillantes y un dolor agudísimo le arrancó un grito. Después, todo se desvaneció ante él y, como sus anteriores víctimas, cayó al suelo y rodó hasta quedar de bruces.

Los encallecidos y desaprensivos testigos del hecho pudieron ver con apático asombro que la ancianita colocaba un pie en la cintura de Guillermo, cacareaba encantada como un gallo en un estercolero al despuntar el alba y después se marchaba con paso ufano.

La noche trascurría. ¿Había pasado un minuto o una hora? Para Guillermo eso era imposible de calcular. Al cabo, junto a aquel bulto informe abandonado en la acera se detuvo un coche policial que se hallaba efectuando su recorrida de rutina, y de él descendió un antiguo oficial con la mano apoyada en el arma. Este avanzó hacia aquel cuerpo y con un pie lo movió sin mayores cuidados para volverlo de espaldas. Entonces, al agacharse para observarlo mejor, lo reconoció.

—¡Vaya, es Guillermo! —exclamó dirigiéndose a su compañero que aún se encontraba dentro del coche—. Al fin le dieron su merecido.

Cumplida su función de reconocimiento, volvió al automóvil, descolgó el micrófono y pidió que enviaran una ambulancia a recoger a una persona malherida.

La ancianita, sentada junto a la ventana en la oscuridad de un apartamento cercano de la acera de enfrente, espiaba a través de las cortinas y, al ver que metían en la ambulancia a Guillermo sin ninguna clase de miramientos —pues también lo conocía el personal del cuerpo sanitario—, se echó a reír a más no poder y después de cambiarse se fue a dormir.

El Registro Ascásico —que ciertas personas pueden ver cuando se dirigen al plano astral— es un archivo de todo cuanto ha ocurrido dentro del mundo correspondiente. Es decir, que se puede ver el origen del mundo desde la masa gaseosa original hasta el estado de semifusión. En él se contempla, pues, todo lo que ha sucedido. Digamos que con el mundo ocurre lo mismo que podría suceder con una persona cuyos padres hubiesen puesto en funcionamiento una cámara de filmar desde el momento de su nacimiento hasta el de la muerte, de manera tal que cualquier persona pudiese después rebobinar la película y observar todo lo acontecido, cuándo, dónde y cómo. Y esto ocurre con todos los mundos.

Además, existe un Registro de Probabilidades donde se ve lo que se *supone* que puede suceder, si bien la forma de proceder de cada lugar puede modificar los acontecimientos. Ahora, por ejemplo, se están produciendo grandes temblores de tierra en el Lejano Oriente y la China se ha resquebrajado. Pues bien, mi opinión personal es que esas cosas se producen en gran parte a causa de todas las pruebas atómicas subterráneas que se llevan a cabo en los Estados Unidos y en Siberia. Es lo mismo que sucede cuando se dan golpes en una determinada estructura y no se observan trazas manifiestas de que haya sufrido ningún daño, no obstante lo cual después aparecen fallas o fracturas en algún lugar distante. Los

ingenieros de aeronáutica lo saben bien, puesto que cuando algún avión realiza un mal aterrizaje que puede causar destrozos aparecen roturas en la cola.

Hace muchos años cierto cultista me invitó a que me uniera a él en un plan que tenía. Su propósito era explotar la idea de viajar él al astral —tal vez con su cartapacio, supongo—, efectuar las consultas del caso y regresar con la información pertinente para vendérsela al correspondiente consultante por una suculente suma. Me escribió acerca de esto para interesarme en su plan, diciéndome que nos podíamos hacer millonarios en menos que canta un gallo. Yo me negué, razón por la cual todavía soy pobre.

El Ascásico de las mujeres señala que todo cuanto concierne a la Liberación Femenina no debió haber sucedido. No debió haber existido todo ese odio, todo ese encono que sienten las mujeres por tal causa. No obstante, yo sé muy bien que la mayoría de las mujeres son personas decentes y que, si ingresan en ese movimiento de Liberación Femenina, es por puro afán de diversión y no lo toman demasiado en serio. Con todo, hay cierta cantidad de excéntricas, de mujeres que ponen la abreviatura "Sra." antes de su nombre —supongo que quiere decir "soy rematadamente alcornoque"—, lo cual les viene de perillas pues eso es lo que son: rematadamente alcornoques. Al poner eso, cuando en realidad no deberían poner nada antes del nombre, suscitan vibraciones erróneas, pues las vibraciones son lo esencial de toda existencia. Es decir, suscitan malas vibraciones *para sí mismas.*

Si las cosas siguen así, como al parecer pretenden estas mujeres, pronto habrá otras fuerzas que organicen algo nuevo y piensen que es posible trasmitir a los habitantes de la tierra el carácter de su propia simpleza para que haya una reversión a ese estado que se registró en cierta civilización desaparecida hace muchísimo, una civilización que existió en la tierra en tiempo inmemoriales y de la cual sólo quedan constancias en el Ascásico.

En aquella civilización, en la que toda la gente era de

piel purpúrea en lugar de negra, amarilla, cobriza o blanca, las mujeres traicionaron a la humanidad ante cierta secta de los Jardineros de la Tierra, los superseres que velan por este mundo o que se supone que tal es su función. Estos, al parecer, habían desvirtuado bastante su misión en los últimos tiempos. Así pues, las mujeres llevaron por mal camino a algunos de los hombres Jardineros y el hecho suscitó una gran discordia con las esposas de éstos. Sin embargo, de su unión en la tierra surgió una nueva raza, la que fue dominada por las mujeres que se hicieron cargo de todas las tareas, de modo que pocas fueron las que quedaron para los hombres, salvo las de meros servidores —casi esclavos— para los impotentes. No obstante, en ciertas casas especiales de lujo había "caballadas" muy viriles, cuya única finalidad era la de asegurar la necesaria descendencia.

Pues, sí. Todo esto es perfectamente cierto; y tan cierto es que con la mayor sinceridad les digo que si ustedes leen mis libros —los diecisiete— y hacen las cosas que señalo, siempre que las intenciones sean puras podrán ir al astral y ver el Registro Ascásico de este mundo. El Registro Ascásico de las personas no se puede ver porque... pues porque eso podría significar una ventaja desleal sobre "la competencia". Para ver el Registro Ascásico personal de algún individuo que ha vivido dentro de los últimos mil años es preciso contar con una dispensa especial, como creo que la llama la Iglesia Católica Apostólica Romana.

En aquella época hace tiempo desaparecida, cuando imperaba el matriarcado, las mujeres tenían que trabajar arduamente, casi lo mismo que los esclavos del comunismo, y sólo las más hermosas, las más sanas o las que disfrutaban de la privanza de las conductoras podían concurrir al "criadero" por placer o, en casos necesarios, también para procrear.

¿Imaginan ustedes qué sería la Tierra si en la actualidad hubiese algo semejante? ¿Imaginan cómo lo anunciarían a las mujeres simplonas las empresas de publicidad? "Casa de Placer de Polly. Se dispone de los hombres más

vigorosos. Elija el color o el matiz de su agrado y las proporciones de su preferencia. Tarifas razonables. Precios especiales para las socias del club."

Pero sabido es que, como siempre ocurre, toda sociedad antinatural con el tiempo desaparece. Y así fue como aquel matriarcado concluyó, pues estaba tan descompensado que al cabo se derrumbó y la civilización entera feneció.

Y ¿saben por qué estaba descompensado? Basta pensar en lo que sucede con la batería del coche, con las pilas del aparato de radio o con cualquier cosa que tenga un polo positivo y uno negativo. Si suponemos que de alguna manera podemos hacer que el negativo sea más potente que el positivo, todo el esquema se desequilibra, ¿no es cierto? , y al cabo de un tiempo deja de funcionar. Pues bien; eso es lo que ocurrió con aquella raza purpúrea especial. La vida exige que haya igualdad entre lo positivo y lo negativo, que el bien y el mal existan en proporciones iguales para que se equilibren. O sea, que lo masculino y lo femenino deben estar en proporciones iguales, sin lo cual no puede existir vida bien equilibrada. No obstante, las mujeres de la Liberación Femenina se empeñan en quebrantar ese orden natural y buscan estropear la ecología humana. Tal cosa, empero, no puede resultar. Al hacerlo, las instigadoras del movimiento sólo pueden conseguir una gran cantidad de pésimo *karma*, pues basta ver lo ambiciosas que son, y ya se sabe que la ambición es una de las grandes maldiciones de este mundo. La Ley de Oro dice que debemos proceder con los demás como quisiéramos que los demás procediesen con nosotros. Por otra parte, también es mejor dar que recibir, pues cuando se da se acrecienta el buen *karma;* de manera que, si se es como esas mujeres de la Liberación que procuran sembrar el desacuerdo y la rivalidad, lo que se consigue es un pésimo *karma*, sin duda.

Yo, que siempre he tenido la facultad de ver el aura humana, cuando observo a una mujer de la Liberación percibo que la de ella es muy oscura y retorcida y que nada tiene de femenina. Reparen ustedes tan sólo en las

que conocen: ¿no son, acaso, sumamente detestables? Nada hay de femenino en ellas, nada delicado ni hermoso. Escuchen ustedes la voz que tienen: estridente y peor que la de un gato en celo en mitad de la noche. No, evidentemente no poseen encanto alguno esas mujeres de la Liberación, que todo cuanto hacen es ansiar, ansiar y ansiar, avidez ésta que las lleva a su propia ruina.

Lo que siempre me asombra mucho son esas mujeres que se casan y no adoptan el apellido del esposo para que la unión sea equilibrada. Aquí, en Canadá, hay un aspirante al "santo oficio" de primer ministro cuya esposa no usa su apellido y se llama "Sra." sin connotación alguna de estado civil. ¿Cómo se puede decir, pues, que a la cabeza del país se halla una familia sensata cuando sus dos integrantes principales no forman una unidad? Es imposible.

Entonces, si las mujeres no quieren ser esposas, ¿por qué se casan? Si no quieren ser esposas pero desean tener hijos, pues... que se funden criaderos como los que existen para el ganado, puesto que si esas mujeres son así no son más que ganado. Yo creo que vale más criar hijos que disfrutar de diez minutos, poco más o menos, de dudoso placer. Yo creo que las mujeres fueron dotadas por la naturaleza para ser madres y criar a sus hijos, de manera que si cuando los tienen los sueltan a la calle tan pronto como saben hablar, lo que hacen es echar al mundo criaturas carentes de amor, que es lo que en la actualidad tenemos. Porque ahora existen bandas de chiquillos dispuestos a matar, pandillas de niños que merodean por los paseos públicos destrozando árboles, arrancando plantas y haciendo todo cuanto pueden para crear un infierno. En otros tiempos las esposas eran realmente esposas, permanecían junto a sus maridos y les prestaban su apoyo. El marido salía a ganar el sustento diario y la mujer se quedaba en su casa para atender a la familia y educar a sus retoños.

Claro que mucho de todo esto se debe a los capitalistas, puesto que esa gente ávida de dinero considera que al trabajar las mujeres pueden duplicar sus ganancias.

Claro que es muy lindo tener dinero; pero yo, que nunca he tenido mucho, prefiero ser honesto y no como esos capitalistas que no titubean en echar a perder la civilización con tal de hacerse de unos pocos billetes. La gente que se dedica a la publicidad hace ofertas tan tentadoras con las tarjetas de crédito, los plazos y todas esas cosas, que las personas de poco carácter se sienten seducidas por ellas y, al ceder a la seducción, se empeñan hasta los tuetanos y sólo pueden hacer frente a sus deudas siempre que tengan uno o dos trabajos y, a veces, hasta tres.

Cuando vivía en Windsor conocí a cierto individuo que tenía cuatro empleos y así fue cómo acabó en la tumba. Su mujer trabajaba en dos lugares, de suerte que entre ambos tenían seis empleos; pero estaban tan endeudados que, cuando el hombre murió, todo cuanto poseían se lo llevaron los acreedores. Yo me pregunto, entonces, por qué la gente no puede vivir de manera más razonable, más económicamente, en vez de aspirar a tener todo lo que ve como si fueran criaturas caprichosas que se apoderan de cuanto cae en sus manos y lloran como desaforadas si algo se les niega.

Como creo haber dejado bien establecido, soy un decidido opositor del movimiento de Liberación Femenina porque he visto los resultados de esa espantosa secta, o como se la quiera llamar. Lo he visto en el Registro Ascásico y he recibido millares de cartas en las que se me refieren todos los sinsabores que han causado algunas de esas mujeres.

En la actualidad hemos llegado a una encrucijada en el destino de la humanidad, de modo que si la gente no adopta una acertada decisión la sociedad puede perder su estabilidad. Tiene que producirse una revitalización de la religión, cualquiera que ella sea, y conste que no me refiero ni al cristianismo, ni al judaísmo, ni al islamismo, ni al hinduísmo ni a ningún credo en particular. No interesa de qué religión se trate. Es necesario que surja una nueva porque las viejas han fracasado rotundamente. Por ejemplo, el cristianismo. ¿Qué *es* el cristianismo? ¿Es el catolicismo? ¿Es el protestantismo? ¿Cuál *es* la religión

cristiana? Y si las dos religiones son cristianas, ¿por qué luchan, entonces, en Irlanda del Norte? Por otra parte, también hay lucha entre cristianos y musulmanes en Beirut; y además están los ateos rusos, cuyo único dios es el comunismo, y ese Mao que al parecer está destornillado y a quien hace tiempo que no se ve ya. Según las noticias que nos llegan acerca de la situación en la China, no me resulta tentador ir a ver qué pasa allí. De manera que lo que tiene que haber es una religión mejor, es preciso que haya sacerdotes que *sean* sacerdotes y no meras personas que aspiran a una vida regalada sin tener que esforzarse mucho para ganar dinero, cosa que hacen en nuestros días.

Y permítanme que les refiera que hace muchos años, en un país que no voy a mencionar, yo me sentí sumamente enfermo. Tenía trombosis coronaria y el único médico que se pudo conseguir era católico ferviente. Pues bien; éste entró en la habitación, me examinó, me habló con palabras piadosas y después me dijo: "No puedo hacer nada por usted. . . ¿Me permite rezar? " Así, sin esperar a que yo dijese ni sí ni no, se dirigió al centro de la habitación, se hincó de rodillas, juntó las manos y empezó a farfullar una serie de cosas. Y ésa fue la última vez que lo vi.

Nos encontramos, como ya he dicho, en una encrucijada. Tenemos que optar entre contar o no con una sociedad equilibrada en la que hombres y mujeres estén unidos como compañeros, en igualdad de condiciones, y en la que ellos velen por sus hijos en lugar de deshacerse de ellos para dedicarse a otras "criaturas" mayores y posiblemente depravadas. Porque esto último es lo que puede acabar con la sociedad. En Rusia se solía reunir a los niños en casas especiales para que el Estado los cuidase mientras los padres y las madres trabajaban en las fábricas, las granjas o las comunas. Se ha visto, empero, que esto no es tan bueno como se suponía, de manera que ahora las madres quieren quedarse con sus hijos, permanecer en sus casas, lo cual viene produciendo una gran conmoción en Rusia para que se permita que ellas

cuiden de sus niños. Lo que nadie sabe es en qué va a acabar todo esto.

Hitler, que por cierto tenía algunas ideas estrafalarias, contaba con puestos especiales de reproducción. Tal vez ustedes hayan leído algo acerca de esto; pero, como puede haber quienes no estén enterados, vamos a dar una somera idea de lo que realmente acontecía.

Los dirigentes del partido buscaban en todo momento afiliados perfectamente leales y sanos con aptitudes para ser buenos padres. Así, cada vez que hallaban a algún joven o a alguna muchacha de probada lealtad y excelente salud, los enviaban a grandes mansiones rurales. Allí los alimentaban bien, los cuidaban con esmero y, una vez recuperados un poco —puesto que las raciones alemanas eran bastante magras en aquellos tiempos—, se les permitía reunirse para que eligieran su pareja. Elegida ésta, y previo otro examen médico, se los autorizaba a permanecer juntos durante una semana. Y ya saben ustedes qué sucede cuando a un joven y a una moza se les permite estar juntos durante toda una semana sin vallas de ninguna especie, por decir así, y contar con la aprobación estatal de todos sus actos. Así pues, una vez nacido el niño fruto de semejante unión, se le retiraba éste a la madre para ponerlo en un *hogar* especial donde se lo criaba con arreglo a la técnica, la ciencia y el "*know-how*" nazi de la época. Con ello se pretendía que tales niños se constituyeran en el núcleo de una raza superior.

Veinticinco años después de todo eso hubo investigadores que se preguntaron qué habría sucedido en ese lapso, de manera que se dieron a la tarea de localizar a esos niños —a la sazón ya mayores, por supuesto— y casi sin excepción observaron que poseían un nivel intelectual inferior. Algunos, incluso, eran deficientes mentales, lo cual demuestra que ni siquiera Hitler podía poner juntos a un hombre y una mujer, batirlos un poco y producir por lo menos un ser normal. . .

Cuando lleguemos al año 2000 se sabrá si es preciso eliminar de la Tierra a la gente, como si se tratara de maleza, y plantar nuevos ejemplares. Con todo, si las

mujeres permanecen en sus casas y saben ser esposas y madres —como es de esperar—, esta raza especial podrá seguir viviendo y conocerá la Edad de Oro. Todo, señoras y mujeres de la Liberación —que no son señoras—, todo depende de ustedes. ¿Qué van a elegir ustedes? ¿Que se las considere como malezas o ingresar en la Edad de Oro con estabilidad en la familia?

CAPITULO XI

Me parece que, como en este libro tratamos acerca de metafísica, espíritus, fantasmas, etc., tal vez sea de interés que les refiera —no muy seriamente— la *Historia del gato del cantinero.*

Pues bien: este cantinero era un hombre sumamente simpático y en verdad muy celoso del cumplimiento de la ley. Desde hacía muchos años tenía un lindo gatito —creo que era un gato rubio con manchas de color castaño o algo parecido— que solía sentarse en el mostrador, cerca de la caja registradora. Cierto día el gato murió y entonces el cantinero, que lo quería mucho y se sentía muy desolado, se dijo para sí: "Ya sé qué voy a hacer: le voy a cortar la cola a Tom, voy a ponerla en una caja de vidrio y la colocaré sobre el mostrador en su memoria."

Así pues, como el cantinero tenía un amigo que era taxidermista, hizo que éste le cortara la cola a Tom y después enterró al gato.

Tom, el gato del cantinero, había llevado una vida ejemplar. Prestaba atención a todas las conversaciones de la gente que acudía al mostrador y se compadecía de los hombres que decían que sus esposas no los comprendían y cosas por el estilo. De manera que Tom, como era un gato tan bueno, fue al cielo. Llegó, pues, al Paraíso, golpeó la puerta y allí, claro está, lo recibieron complacidos. Sin embargo —¡oh, desdicha de desdichas! , ¡oh, sorpresa! —, el Guardián de la Puerta le dijo:

—¡Ay, Dios mío, Tom! ¡Te has venido sin cola! ¿Cómo vamos a hacer ahora para admitirte aquí si no tienes rabo?

Volvióse Tom y al ver que le faltaba la cola se sorprendió enormemente; y boquiabierto como quedó por el asombro, poco faltó para que hiciera un surco con la mandíbula en los prados celestiales. Pero en ese instante le volvió a hablar el Guardián de la Puerta.

—Te diré qué vamos a hacer, Tom: te vuelves y traes tu rabo, que nosotros te lo pegaremos para que puedas entrar en el cielo. Pero, ahora, márchate. Yo te esperaré.

Miró el gato del cantinero el reloj que llevaba en el brazo izquierdo y vio que no faltaba mucho para la medianoche. "¡Ay, vaya! ", se dijo; "mejor será que me apresure porque el amo cierra a medianoche y clasura la cantina. Debo darme prisa."

Así pues, partió al escape hacia la tierra y entró a todo correr por el pasillo que conducía a la fonda. Golpeó con fuerza a la puerta pero, por supuesto, la cantina ya estaba cerrada. Entonces Tom golpeó otra vez de la manera que sabía que golpeaban algunos parroquianos privilegiados; al cabo de un momento la puerta se abrió y apareció el cantinero.

—¡Vaya, Tom! —exclamó pasmado el hombre— ¿Qué haces aquí? Te hemos enterrado hoy, de modo que no puedes volver así como así; estás muerto, ¿te enteras?

Tom miró exasperado al cantinero y le dijo:

—Mi amo; sé que ya es casi medianoche y muy tarde para ti; pero he estado allá arriba, en el cielo, y no permiten que me quede porque no tengo cola. De manera que, si me devuelves mi rabo —puedes atármelo, si te parece—, me vuelvo al cielo y entonces me dejarán entrar.

El cantinero se llevó una mano al mentón —cosa que solía hacer cuando se enfrascaba en sus pensamientos—, puso un ojo en el reloj (claro que metafóricamente hablando, por supuesto, porque de haberlo lanzado contra él se habría quedado sin ojo y hubiese roto el reloj), y en seguida dijo:

—¡Caramba, Tom! ¡No te imaginas cuánto lo lamento, muchacho! Pero ya sabes lo respetuoso de la ley que soy y que ya estamos fuera de horario. La ley no permite que devuelva colas a los espíritus a deshoras.

Bien. Volvamos ahora a la tarea más seria de continuar con este capítulo, que es el último del libro.

Aquel hombre, oriundo de uno de los antiguos países del Mediterráneo —tal vez fuese Grecia o Roma o alguno por el estilo, aunque en este momento no recuerdo—, aquel hombre, como digo, se hallaba parado sobre un cajoncito. Se llamaba Plinio Segundo y, a no dudar, era un sujeto muy mañoso, lo cual no podía ser de otro modo puesto que, como su nombre lo indica, no era el primero sino el segundo. Quizás hayan leído ustedes en los diarios esos anuncios tan rimbombantes de las casas de alquiler de automóviles, uno de los cuales dice que tal firma es la segunda y que por eso tiene que esmerarse más. Pues bien, Plinio Segundo hacía lo mismo, o sea que debía esforzarse más para ser más listo que Plinio Primero.

Estaba de pie, digo, sobre un cajón de jabón, si bien no sé de qué marca era porque en aquella época las empresas de publicidad no se habían puesto a la tarea de rotular tanto todas las cosas. Y allí estaba aquel hombre, Plinio Segundo, sosteniéndose precariamente con su peso encima de un endeble cajoncito.

—¡Amigos! —exclamó después de observar un instante a la multitud, pero nadie lo miró siquiera y no obtuvo respuesta— ¡Amigos, prestadme oídos! —insistió, esta vez casi con un bramido.

Pensaba que era más prudente pedirle al público que le prestara oídos puesto que lo conocía y sabía muy bien que no iba a cortarse las orejas y seguir andando, y que si las orejas se detenían también deberían detenerse sus dueños y, por ende, se quedarían a escuchar lo que él quería decir.

Sin embargo, tampoco entonces obtuvo respuesta. Volvió a detenerse un momento para contemplar a la presu-

rosa multitud que fluía en todas direcciones y en ese instante se le ocurrió algo nuevo.

—¡Amigos! ¡Romanos, griegos, norteamericanos! —exclamó, pero en seguida se detuvo confundido, aún con la boca abierta, pues de pronto recordó, no sin sonrojarse, que todavía debían trascurrir siglos antes de que se descubriese América. Sin embargo, como al parecer nadie había advertido el error, prosiguió con su arenga.

Ahora bien, como yo soy una persona muy amable —aunque haya quienes piensen que soy un viejo gruñón, un caradura y una serie de cosas más, de lo cual me he enterado porque me escriben para decírmelo—, a continuación les doy la traducción de lo que dijo Plinio Segundo. Esta traducción la ofrezco, naturalmente, porque ustedes no entenderían nada de su idioma original, ni yo tampoco.

"No hay ley alguna que nos proteja contra la ignorancia de los médicos, porque éstos aprenden a expensas del tembloroso cuerpo de sus pacientes y a riesgo de ellos. Matan y dejan tullida a la gente con toda impunidad, y cuando algún paciente muere le echan la culpa a él y no al tratamiento. Hagamos algo para que se controle a esos médicos que no acatan los dictados de no hacer mal y de consolar al paciente mientras la naturaleza lleva a cabo la cura."

¿Se han detenido ustedes a pensar alguna vez en el estado caótico en que se encuentra la medicina? Porque realmente se halla en un caos pasmoso. Hoy, los médicos en general dedican nueve minutos a cada paciente, contados desde el momento en que éste se presenta hasta que se va. Nueve minutos. Es decir, no mucho tiempo para el contacto personal ni mucho para conocer al paciente.

Pues sí; cosa muy peregrina es la medicina en la actualidad. Siempre se pensó que los médicos debían hacer mucho por el sufriente, pero ahora, después de cinco mil años de historia médica documentada, no hay médico capaz de tratar un catarro. Si lo tratan, puede decirse que el catarro desaparecerá a las dos semanas;

pero si el paciente es sensato y no va a ver al médico, sino que deja el asunto a cargo de la naturaleza, el catarro se puede curar en catorce días.

¿Han observado ustedes cómo el común de los médicos analiza al paciente? Lo miran atentamente durante un minuto para tratar de averiguar su grado de instrucción, porque hace años, muchos años, muchísimos, Esculapio el Sabio llegó a la conclusión de que cuanto más sabe el paciente menos confianza le tiene al médico.

Si las cosas hubieran marchado a derechas en este mundo y el reinado de Kali no hubiera prosperado tanto a causa del entusiasta apoyo de los jóvenes y del movimiento de Liberación Femenina, etc., la medicina habría alcanzado un gran desarrollo. Por ejemplo, contaríamos con la fotografía del aura, la cual permitiría a los entendidos diagnosticar una enfermedad incluso antes de que atacara al cuerpo; y entonces, por medio de vibraciones, frecuencias o ciclos adecuados —llámeselos como se los llame—, el paciente podría sanar antes de estar enfermo, por decir así.

Por mi parte, no he tenido dinero suficiente para llevar a cabo una adecuada investigación. No deja de ser curioso el hecho de que cualquier abogaducho pueda pedir cuarenta dólares por hora de trabajo —pedirlos y percibirlos—, que una mecanógrafa pueda pedir —y cobrarlos también— tres dólares por escribir una carta de una página y que la gente pague la mar de dinero por beber, divertirse, etc., pero que cuando se trata de contribuir a la investigación nadie tenga un céntimo o algo por el estilo. De esta manera, la ciencia de la observación del aura no ha podido avanzar como yo esperaba, pues si bien yo puedo ver el aura de cualquier persona en cualquier momento, eso no significa que la puedan ver *ustedes*, ¿no es cierto? Ni quiere decir que su médico pueda verla. Por eso yo he venido dándole vueltas a la idea de que con un aparato apropiado cualquiera podría examinar el aura humana.

Cuando se puede ver el aura es posible observar al esquizofrénico y percibir la forma en que está escindido.

Es como si se tuviera inflado uno de esos globos enormes y de pronto quedara dividido por el medio y tuviésemos dos globos. Además, se puede ver la cercanía del cáncer —a través del aura, por supuesto—, de manera que con la aplicación de un antídoto adecuado según la vibración, el color o el sonido, se lo podría detener antes de que atacara al cuerpo. Mucho es lo que se podría haber hecho en bien del paciente.

Uno de los grandes males parece ser que en la actualidad todos padecen de sed de dinero. Así es como vemos que los colegiales y universitarios comparan las posibilidades para ver qué profesión —abogacía, sacerdocio o medicina— les ofrece las mejores perspectivas económicas y la mayor holganza posible; pero, según van las cosas con la medicina actual, parece que los que ganan más son los dentistas.

Lo que realmente estaba previsto en esta parte del ciclo de vida era que los médicos fueran personas de genuina vocación, gente que no pensara en el dinero. En efecto, lo que se procuraba era que fueran "monjes de la medicina", hombres y mujeres que no tuviesen otras miras que las de auxiliar a sus semejantes. Que el Estado proveyese a sus necesidades y les diera todo cuanto pudiesen desear dentro de lo razonable. Además, debían estar exentos de obligaciones impositivas y otras cargas semejantes y disponibles en todo momento, e incluso atender las llamadas a domicilio.

¿Se han detenido ustedes a pensar en que hay médicos que hacen esperar al paciente cuatro horas en el consultorio para después atenderlo en nueve minutos? ¿Cómo puede ese médico conocer a fondo la historia clínica del paciente? ¿Cómo puede conocer sus antecedentes hereditarios? De modo que no existe una relación médico-paciente, sino que más bien se trata de cosas descompuestas que se envían a reparar al taller. O sea que es algo sumamente despersonalizado; y si el médico sospecha que el paciente le va a ocasionar una molestia de más de nueve minutos, lo despacha al hospital, lo cual es casi lo mismo que mandar a reparar un artefacto y

dejarlo en un estante por un tiempo. Todo el sistema sanitario es incorrecto, de suerte que en la Edad de Oro que vendrá tendrá que haber algo de lo que he señalado, es decir, que los médicos sean sacerdotes o, por lo menos, que estén adscritos a alguna orden religiosa. Tendrán que ser personas consagradas a su arte y estar disponibles por turnos, puesto que no se les puede pedir que trabajen veintiséis horas por día. No obstante, lo que sí se espera de ellos es que trabajen más de seis, que es el tiempo que en la actualidad dedican a la profesión.

Una de las cosas espantosas que hoy suceden es que los médicos tienen varias habitaciones para atender. El médico tiene su despacho en un extremo del corredor y a lo largo de éste se hallan situados cuatro, cinco o seis pequeños cubículos en todos los cuales aguarda un paciente. Así, el médico efectúa una rápida consulta con el paciente y después lo envía al cubículo. Entonces, mientras el paciente se quita la ropa o se prepara, el médico realiza apresuradas visitas a los demás cubículos, lo cual no deja de ser una suerte de producción en serie, como si se tratara de un conjunto de gallinas cuyas jaulas estuvieran en hilera y a las que se da de comer para engordarlas, de modo que por un extremo entra la comida y por el otro salen los huevos. Y con los pacientes parece ocurrir algo muy semejante: las sabias palabras del médico entran por un extremo —los oídos—, y la paga —sea del Estado o del paciente— fluye continuamente por el otro. Esto, pues, no es medicina.

El médico no siempre es fiel a su juramento. A menudo, cuando va al club, habla de los asuntos de fulana o de mengana, o se ríe con sus amigos a propósito de que zutana quería pero no podía y que entonces el matrimonio no podía andar bien... Ya saben ustedes cómo son estas cosas.

A mí me parece que, una vez que obtienen su licencia para ejercer, los médicos cierran los libros por siempre jamás y si adquieren algún nuevo conocimiento es por conducto de los visitadores que van de médico en médico para tratar de incrementar las ventas. Los visitadores

médicos, por supuesto, encarecen todos los aspectos favorables de los medicamentos de sus respectivos laboratorios, pero nunca hablan de los espantosos efectos colaterales que se pueden presentar. Recuerden ustedes lo que sucedió en Alemania cuando se suministró a las mujeres embarazadas aquella terrible droga y dieron a luz niños deformes, sin brazos, sin piernas y una serie de cosas más. Aquel fue un experimento fallido, pero es de presumir que si los médicos hubieran estudiado más se habrían dado cuenta de que en ciertos casos se podían presentar efectos colaterales desastrosos. Pero, no; simplemente tomaron al pie de la letra la propaganda de la droga, la prescribieron y después el error corrió por cuenta de la mujer.

Lo mismo ocurre con las píldoras anticonceptivas. Las mujeres quedan embobadas e hipnotizadas por toda esa cháchara que les promete poder gozar sin tener que pagar el pato siempre que tomen tal o cual píldora. Pues bien, los exámenes que hoy se efectúan de las pacientes señalan que a menudo existen efectos colaterales como cáncer, náuseas, etcétera. De manera que las empresas de productos farmacéuticos han vuelto ahora a sus tableros de dibujo, por decirlo así, y están tratando de idear otros métodos para ponerle freno al raudo esperma e impedir que estreche vínculos con el impaciente óvulo. Ya han experimentado con elementos intrauterinos, etc., pero esto no deja de ser antihigiénico y, por lo demás, produce cáncer.

Llegado el momento se contará con un sistema absolutamente infalible para controlar la natalidad (no, no estoy hablando de abstención), lo cual se hará por medio de cierto tipo de trasmisor ultrasónico adaptado a la frecuencia exacta del hombre o de la mujer, que producirá el efecto de neutralizar el esperma en su conducto de modo que no sea fértil. En realidad, es posible neutralizar tanto el esperma como el óvulo —siempre que se lo sepa hacer— por medio de ondas ultrasónicas, lo cual no provoca trastorno alguno en ninguno de los participantes. Pero esto es algo que vendrá con la Edad

de Oro, siempre que ésta llegue. Veremos... Porque según andan los vándalos hoy día, y la manera en que la Liberación Femenina da pábulo al vandalismo, no sé...

El dolor es algo espantoso, ¿no es cierto? Pero ni los médicos ni los farmacéuticos han arribado realmente a ninguna solución para dominarlo. Para ello no bastan unas pocas aspirinas, y el demerol sólo actúa temporariamente y tiene posibles efectos colaterales. Y después nos queda la morfina y sus derivados, que producen acostumbramiento. Yo creo, empero, que los investigadores deberían tener en consideración, antes que nada, el hecho de que el dolor sólo puede sentirlo el individuo cuyo ego está consciente, de modo que deberían hacer algo para establecer una barrera entre el lugar del dolor y los nervios receptores.

Mis propias experiencias como paciente de hospital no me permiten ser lo que se llama un admirador del mundillo de la medicina, puesto que cuando sorpresivamente tuvieron que llevarme muy enfermo y con espantosos dolores al Foothills Hospital pasamos momentos de confusión porque se había declarado una huelga de médicos, enfermeros o algo parecido, y no admitían pacientes, razón por la cual Mamá San Ra-ab tuvo que ponerse en contacto con el servicio público de ambulancias.

Este Servicio de Ambulancias de Calgary, como ya he dicho en otras ocasiones, es lisa y llanamente insuperable, pues el personal es muy eficiente y cortés y, por lo demás, tiene gran consideración por el paciente. De manera que no tengo palabras para encomiar a esa gente como se merece. Estoy seguro de que tanto Cleo como Taddy Rampa besarían gustosas a todas esas personas para que pudieran decir que las han besado gatas siamesas, lo cual constituye una bendición, ¿no es cierto?

Como digo, pues, a poco se oyó un ulular de sirenas que se extinguió de pronto cuando la ambulancia frenó en la puerta, y sin pérdida de tiempo se presentaron dos personas con sendos maletines negros. No eran de esos individuos que de ordinario constituyen la dotación de

las ambulancias, sino personal de actividades paramédicas, que es lo mejor de todo el equipo. Hicieron algunas preguntas, y sin abrir siquiera los maletines trajeron rodando una camilla, la situaron junto a mi cama y con sumo cuidado me colocaron en ella. Después me bajaron en el ascensor y ya en la calle me introdujeron en el vehículo en menos que canta un gallo. Mamá San Rampa se sentó adelante con el conductor, y el otro profesional se colocó a mi lado. Había tenido la suerte de que me enviaran una ambulancia flamante, pues era la primera vez que se usaba y todavía olía un poco a pintura fresca y a desinfectante recién colocado.

Después de recorrer las calles de Calgary llegamos a un hospital cuyo nombre no voy a dar porque, en mi opinión, es el peor de Alberta, de manera que lo llamaré San Marmitón por designarlo de algún modo. En realidad podría encontrarle un nombre más apropiado, pero mucho me temo que entonces mi *respetado editor* se sonrojaría (*¿son capaces* de sonrojarse los editores?) y querría que enmendase la plana.

A poco la ambulancia entró en lo que al parecer era una oscura y lúgubre caverna. Desde mi punto de observación, echado de espaldas como estaba, me pareció que me introducían en una fábrica a medio terminar con una plataforma para cargas a un costado. Por lo demás, adentro hacía un frío espantoso. Cuando al fin nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad, el personal de la ambulancia me sacó del vehículo y me llevó en la camilla rodante a lo largo de un lóbrego corredor donde todos cuantos veía me parecían atacados de morriña. "Ay, Dios mío", pensé entonces; "Me han traído por error a una funeraria"'

Mamá San Ra-ab desapareció dentro de un mísero cuartucho donde tuvo que proporcionar todos mis datos, después de lo cual me empujaron hacia el Servicio de Urgencia que, al parecer, era un amplio recinto con barras niqueladas de las cuales pendían cortinas que no en todos los casos estaban corridas, y allí me colocaron en una especie de catre.

Uno de aquellos auxiliares de la ambulancia, que conocía mis impedimentos, le dijo a una enfermera:

— Enfermera, hace falta una barra de mono.

La barra de mono —dicho sea de paso— es eso que se eleva a un metro más o menos por sobre la cabecera de la cama y tiene una pieza metálica triangular, forrada de plástico, que pende de una cadena corta. Sirve para que los parapléjicos —como yo— se puedan incorporar y sentar. Yo tengo una en casa desde hace años y nunca me ha faltado cada vez que estuve en algún hospital; pero aquella vez, cuando el auxiliar le dijo a la enfermera que yo necesitaba una, la mujer lo miró con una acritud que excedía lo normal y le espetó:

— ¡Ah! , así que le hace falta una barra de mono, ¿no? Pues, ¡*aquí* no hay! —dicho lo cual se volvió y salió del cubículo.

Los dos auxiliares me miraron compadecidos al par que meneaban la cabeza.

— ¡Siempre es así! —me dijeron.

Entonces hubo un compás de espera. Me dejaron en aquel minúsculo cubículo donde a cada lado de mi cama había otras. Jamás me volvía a mirar cuántas había, no obstante lo cual podía oír una serie de voces pues a todos les hacían exponer sus problemas en público. Algunos tabiques de lona no estaban corridos, pero como de todos modos había aberturas arriba y abajo, no exist´a intimidad alguna.

En aquel momento se produjo un hecho terriblemente gracioso. . . es decir, gracioso para mí. En la cama de mi derecha había un anciano al que acababan de traer de la calle, y a él se aproximó un médico.

— ¡Ay, Dios mío, abuelo! ¿Otra vez *usted*? Ya le he dicho que no bebiera más porque, si continúa bebiendo, el día menos pensado lo van a recoger muerto.

Hubo unos gruñidos y rezongos hasta que al fin el anciano estalló para bramar:

¡Yo no quiero que me curen de la bebida, maldita sea! ¡Quiero que me curen del temblequeo.

El médico se encogió resignadamente de hombros —Lo vi con toda claridad— y dijo:

—Está bien. Le voy a dar una inyección que por ahora lo compondrá para que pueda ir a su casa. ¡Pero no vuelva a aparecer por aquí!

Unos minutos después, mientras me hallaba acostado en aquel catre, por el corredor apareció de mal talante una enfermera que se zambulló en mi cubículo. Sin pronunciar palabra alguna y sin mirar siquiera para ver quién era yo y qué podía necesitar, me quitó la sábana que me cubría, me dio un tirón del piyama y clavó una aguja hipodérmica en mis desprevenidas nalgas. Después, casi sin solución de continuidad, me arrancó la aguja de un tirón, giró sobre sus talones y se fue. Tan cierto es esto que desde entonces siempre me pregunto si acaso no me habrá aplicado la inyección que debía administrarle al anciano beodo de la cama próxima a la mía. Todo cuanto sé —pues no se me dijo una sola palabra de lo que me iban a hacer— es que me aplicaron *algo* en el. . . pues ya lo saben ustedes, con perdón de las damas.

Al cabo de un rato acudió un peón y, sin que mediara palabra alguna, tomó el catre por un extremo y comenzó a empujarme hacia afuera.

— ¿A dónde me lleva? —le pregunté con todo el derecho del mundo, según mi opinión; pero él se limitó a mirarme de mal modo y continuó empujándome a lo largo del corredor.

— Ya lo verá cuando lleguemos —me respondió al fin—. Y sepa usted que no soy un peón cualquiera, sino que estoy ayudando. En realidad, yo presto servicios en. . . y entonces mencionó otro departamento.

Siempre creí y siempre se me dijo que una de las obligaciones del médico, de los enfermeros y de toda persona vinculada con el tratamiento, es comunicar al paciente qué es lo que se hace con él y por qué, puesto que si bien se piensa es algo muy serio ensartarle una aguja en las posaderas y dejarlo pensando qué puede estar sucediendo.

Ibamos por el corredor cuando se me acercó una

especie de clérigo. Me observó y en seguida adoptó una gélida expresión de robot y volvió la cara. Evidentemente, yo no era oveja de su rebaño, de modo que él se fue por un lado y a mí me empujaron hacia el otro.

— ¿Es él? —preguntó una voz chillona cuando la camilla se detuvo. El peón se limitó a afirmar con un movimiento de cabeza y se marchó, dejándome en la puerta de lo que en resumidas cuentas vi qué era la sección de rayos X.

Poco después llegó alguien que le dio un empellón a mi camilla —como si fuera una locomotora que empujase unos vagones— y entré rodando en la sala de rayos X.

—Súbase allí —me dijeron cuando la camilla estuvo junto a una mesa.

Me ingenié entonces para colocar la parte superior de mi cuerpo sobre aquella tarima y después me volví hacia la muchacha desmirriada que estaba allí. La miré y me pregunté qué estaría haciendo una chiquilla como aquélla en semejante lugar, con medias blancas y unas faldas tan escuetas que se le veía... pues, digamos que el lugar donde a mí me habían pinchado con una aguja hipodérmica.

— ¿Tendría usted a bien ayudarme a poner las piernas aquí? —le dije—. Yo solo no puedo.

Se volvió y me miró con la boca abierta, llena de estupor.

— ¡Oh, no! —me dijo con gran arrogancia—. ¡Yo soy una técnica! —añadió llena de espanto y con toda dignidad—. ¡No soy la indicada para ayudarlo!

Así pues, a costa de grandes penurias, de esfuerzos realmente espantosos, me las compuse para asir mis tobillos con la mano derecha y ponerlos sobre la mesa.

Sin decir esta boca es mía, la *técnica*, se puso a manipular su máquina de rayos X, a pulsar botones, etc., y después se colocó detrás de una pantalla de vidrio esmerilado.

— Respire —me dijo—. Contenga la respiración. Espire.

Allí estuve más o menos diez minutos mientras se impresionaba la placa, hasta que al fin llegó alguien que,

sin decir palabra, volvió a colocar la camilla junto a la tarima.

—¡Suba! —me dijo, y otra vez con tremendo esfuerzo tuve que arreglármelas para colocarme en aquel catre, después de lo cual la mujer lo empujó para sacarlo de la sala de rayos hasta que fue a dar contra una pared.

Hubo una nueva espera y por último llegó alguien que, después de mirar la tarjeta que estaba prendida a la camilla, me empujó sin pronunciar palabra hasta el Servicio de Urgencia donde me metieron en uno de los cubículos como quien mete una vaca en el redil.

Así, al cabo de tres o cuatro horas me examinó un médico, pero entonces me enteré de que no podían hacer nada porque no había camas vacantes en el hospital, excepto una en la sala de mujeres. Con todo, cuando les manifesté que por mí no había inconveniente alguno, no les pareció apropiada mi opinión.

De manera, pues, que me dijeron que regresara a mi casa porque no me podían atender y porque "en ella estaría mejor".

— En su casa podrán atenderlo mejor —me dijo alguien; y créanme ustedes que no tuvieron necesidad de persuadirme de ello.

Entre tanto, Mamá San Ra-ab había permanecido todo ese tiempo sentada en una sala de espera sumamente fría, en un banco durísimo, sintiéndose —me imagino— como un náufrago en una isla desierta. No obstante, al fin le permitieron aproximarse al Servicio de Urgencia y entonces llamaron a la ambulancia para que me llevara a casa.

Desde ésta hasta el San Marmitón hay dos kilómetros y medio, y de aquí a casa otros dos y medio, de modo que en total son cinco kilómetros, si los cálculos no me fallan. Ese inútil viajecito, sin embargo, cuesta setenta dólares. La culpa no la tiene el personal de las ambulancias, sino que eso es lo que factura la municipalidad por un llamado de urgencia.

En resumidas cuentas, ahora estoy buscando otro lugar que no sea Calgary, con preferencia alguna otra pro-

vincia, porque me siento asolado por la brutalidad del trato médico que se dispensa aquí. Además, me deja estupefacto lo que se cobra en los medios sanitarios de Calgary.

Y esto me da pie para otra reflexión. Yo creo que la medicina debería practicarla sólo gente que se consagrara a ella por entero; creo que se debería extirpar como hierbas malas a los advenedizos, así como a quienes eluden sus responsabilidades, porque muchos pacientes gustan ir al hospital de urgencia y sentarse en la sala de espera como si se tratara de un club campestre, con la salvedad de que ningún club de este carácter es tan fastidioso.

Creo, además, que los médicos y los enfermeros —sí, y también el personal de servicio— deberían tener más consideración por los pacientes, y que si adoptaran y practicaran la Ley de Oro de "proceder con los demás como se desea que los demás procedan con uno", el mundo no sería tan malo al fin y al cabo, ¿no es cierto?

Incluso habría servicios de urgencia donde se respetase la intimidad, puesto que yo pude enterarme de la historia de aquel anciano que se hallaba a mi derecha, y también llegó a mis oídos la de una joven situada a mi izquierda, quien —por decirlo con toda delicadeza— tenía problemas de carácter sexual con su esposo y eso la tenía, digamos, un poco atormentada. En aquella oportunidad, el médico que la atendió —al que tampoco le importó demasiado la reserva debida del caso— le formuló preguntas muy íntimas y le dio consejos en voz alta, de modo que no me cabe duda de que la pobre mujer se encontraba tan incómoda como yo.

Así, una vez en casa con Mamá San Ra-ab, Buttercup Rouse, Cleo y Taddy, sentí un "llamado" para que me pusiera a escribir otro libro —el decimoséptimo—, el cual debía llamarse *Yo creo*.

Y ahora, pues, creo que éste es el momento de dar por concluido ese libro.

INDICE

Esta 5ª edición, consta de 5.000 ejemplares,
y se terminó de imprimir, en Establecimiento Gráfico SAN JAVIER S.A.,
en la calle Chile 987, Avellaneda, Buenos Aires, Rep. Argentina,
en el mes de Abril de 1984.

Todo escritor se caracteriza por determinadas obsesiones, determinados caminos que lo llevan hacia una fuente mayor, el lugar donde todo se gesta, donde la letra viva se identifica con el panorama de la existencia, pero cuando una literatura deja de lado el plano de la búsqueda y se asoma ya en las aguas inmortales, es una literatura adulta, donde solo queda el plano de la revelación. Algunos de los hombres que han intentado esto, han fracasado; a otros se los conoce poco. Los que han alumbrado los abismos donde el tobogán del mal se enfrenta con el del bien han tenido centenares, miles de seguidores. Esto es lo que le pasa a un escritor, se diría mejor un revelador.

El decimoséptimo libro de Rampa muestra el sendero a seguir después de la muerte, el desprendimiento de cuerpo astral, tal como lo enseñaban las sabias palabras de la civilización egipcia; la vuelta a la vida cuando la muerte es provocada por el suicidio, vuelta a la vida debido a que el retorno es dado para cumplir con el plazo establecido. Hay algo violento en la nueva obra de este escritor, pero querer ocultarlo, cuando la realidad está sembrada de ello es innecesaria. Esta es la historia de Allan Bond, médico que en otra existencia se suicidó y debe cumplir su aprendizaje de treinta años sobre el planeta.

Sin embargo el sentido del humor de Rampa circula adecuando cosas; el sentido animista hace hablar a los relojes, un aire de culturas desaparecidas circula, hay un soplo extraño en donde el rostro del dios se va pareciendo cada vez más al del diablo.

Editorial Troquel / Buenos Aires